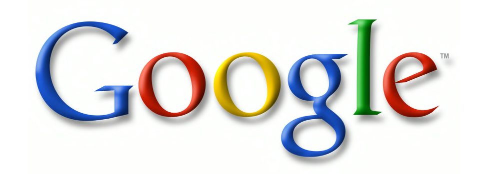





Library of
VET TES TAM
NOV TAM
Dei
Sub Numine
Viget
Princeton University.



MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DEL MASUR.

TOMO II.



MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DEL MASUR;
ó
VICISITUDES DE LA INDIA
EN EL SIGLO XVIII;

PROCEDIDAS DE LOS ESTABLECIMIENTOS INGLESES Y FRANCESES SOBRE AQUELLAS COSTAS; ESCRITAS POR DICHO SULTAN, Y TRADUCIDAS AL FRANCES DEL IDIOMA MALABAR.

PUBLICADAS

POR EL CIUD. FRANCES DESODOARDS.

Y VERTIDAS AL CASTELLANO

Por el Teniente Coronel D. Bernardo Maria de Calzada, Individuo de varias Sociedades.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

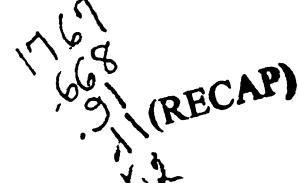
AÑO DE 1800.

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DE MASUR.

PARTE TERCERA.

I.

Ya no exîstia la monarquía Mogola, en el Indostan, el año de 1766. Los miembros esparcidos de aquel gigante imperio, lejos de formar un todo político (cuyas provincias se auxîliasen mútuamente para sobrellevar las cargas públicas, y para promover la circulacion de los efectos por medio de cambios recíprocos, concurrien-




Library of
Dei
Sub Numine
Viget
Princeton University.



MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DEL MASUR.

TOMO II.

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DEL MASUR;

Ó

VICISITUDES DE LA INDIA

EN EL SIGLO XVIII;

PROCEDIDAS DE LOS ESTABLECIMIENTOS INGLESES Y FRANCESES SOBRE AQUELLAS COSTAS; ESCRITAS POR DICHO SULTAN, Y TRADUCIDAS AL FRANCES DEL IDIOMA MALABAR.

PUBLICADAS

POR EL CIUD. FRANCES DESODOARDS.

Y VERTIDAS AL CASTELLANO

Por el Teniente Coronel D. Bernardo Maria de Calzada, Individuo de varias Sociedades.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1800.

reconocer á los Emperadores Mogoles, pero con mas derecho á la independencia, y aun á la soberanía de la India, que la familia Tártara de Tamerlan, extrangera y usurpadora.

La prosperidad de los Seikes nunca fué tiránica como la de Abdalak, ni traficadora de sangre humana como la de los Máratas, ni establecida en favor del comercio como la de los Ingleses. La tienen fundada sobre el primer derecho, esto es, sobre la libertad natural. Entre ellos se encuentra, sin alteracion, la equidad del antiguo sistema político de los Indios, que es el gobierno mejor, y el monumento mas bello que exîste en el mundo. No nos quedan de los pueblos antiguos mas que bronces y mármoles, que solo hablan á la imaginacion, y que solo producen conjeturas, intérpretes poco fieles de las costumbres y usos que ya no exîsten. Transportado un filósofo al pais de los Seikes, se hallaria repentinamente testigo de la vida que hacian, muchos millares de años ha, los primeros habitadores de las orillas

del Gánges; hablaria con ellos; seguiria los progresos de aquella nacion, que fué tan célebre; veria como se iba formando un gobierno, que, teniendo por base preocupaciones felices, costumbres puras y sencillas, propension al bien de los pueblos, y buena fe en los Xefes y Magistrados, ha sobrevivido á las innumerables legislaciones, que han ocupado, como relámpagos, la tierra, y desaparecídose juntamente con las generaciones que han atormentado. Veria, que aquel gobierno era mas sólido, y mas durable que aquellos edificios políticos, que, como formados por la impostura y el entusiasmo, son las plagas del género humano, y estan destinados á perecer con las locas opiniones que los fabricáron. Advertiria que el gobierno de los Seikes, como obra del cuidado que pusiéron en cumplir con las leyes naturales, se estableció y se mantuvo sobre unos principios que no mudan, sin haber sufrido mas alteracion que la de sus principios mismos.

La posicion singular de aquel pais ha

conservado á sus habitadores en su felicidad primitiva, y les ha mantenido su benigno carácter, y guarecido del riesgo de ser conquistados, y de manchar sus manos con sangre humana. La naturaleza los ha circundado con aguas, que inundan, á tiempo, sus posesiones: para esta operacion basta abrir los diques de los muchos rios que riegan su pais. Los exércitos enemigos, enviados para subyugarlos, han sido inundados tantas veces, que los Emperadores Mogoles renunciáron al proyecto de reducirlos.

La libertad y la propiedad son inviolables en la República de los Seikes. Jamas se oye hablar allí de robos particulares ni públicos. Apenas ha entrado qualquiera viagero en aquel pais, quando ya las leyes cuidan de su seguridad. Se les dan gratuitamente guias, que los acompañan desde un lugar á otro, con responsabilidad de sus personas y efectos. Y quando mudan de conductores, los nuevos dan á los que relevan un testimonio de su conducta, el qual se registra y se envia al Se-

tado. Todo el tiempo que el viajador está sobre el territorio, se le alimenta y se le lleva, con sus mercancías, á expensas del estado, á menos que no pida permiso para detenerse mas de tres dias en un mismo lugar. Entonces está precisado á pagar sus gastos, como la detencion no sea por enfermedad, ó por algun otro accidente involuntario. Aquella beneficencia que usaban con los extrangeros era conseqüencia de lo mucho que los ciudadanos se amaban entre sí. Tan distantes estan de perjudicarse, que el que halla alguna cosa de precio, la cuelga en un árbol, y avisa de ello al cuerpo de guardia mas cercano, el qual lo anuncia al público á son de tambor. Las rentas del gobierno suben á ocho millones, sin que padezcan la industria ni la agricultura; y lo que no se consume en los indispensables gastos del estado, se emplea en sus mejoras.

En aquel pais hubo, en lo antiguo, una ciudad, llamada Palybothra, que ya hoy no exîste: era de tan remota antigüedad, que Diodoro de Sicilia no temia asegurar

que fué edificada por aquel Hércules, á quien los Griegos atribuian quanto se habia hecho en el mundo de grande y de prodigioso. Sus riquezas, en tiempo de Plinio, eran célebres en todo el universo: estaba reputada por el mercado general de los pueblos situados á las dos orillas del rio, que bañaba sus murallas.

Los Seikes, gobernados por los Bramas hasta mediados del siglo décimo séptimo, hermanaban una virtud purísima con supersticiones groseras, y con extravagantes ritos, que anunciaban la suma antigüedad de aquella nacion. El culto que se daba á las vacas, aunque descuidado en lo restante del Indostan, se conservaba todavía allí con toda la crédula sencillez de los primeros tiempos. Quando moria alguna de las vacas sagradas, se vestia de luto todo el pais. No era extraño aquel estilo en un pueblo, que creia, que, en tiempos remotos, fuéron trocadas en vacas y en hombres algunos millares de potestades celestes. Los Européos, entregados á vanas conjeturas, imagináron que el culto de la

vaca India traia su orígen del del buey Apis Egipcio; como si no fuese evidente, que los bellos paises de la India fuéron civilizados mucho tiempo antes que el Egipto saliese del seno del Nilo; bien que pudo muy bien darse que los Sacerdotes Indios y Egipcios hubiesen sido igualmente ridículos, sin haberse imitado.

Los Lamas del Thibet diéron nuevas leyes civiles y eclesiásticas á los Seikes, á fines del siglo pasado. Hoy no creen ya que Mahomet recibió un libro, harto mal escrito, del Angel Gabriel, ni tampoco que Dios dictó á Brama el Schas-Tabab. Como ni son Musulmanes, ni Bramas, ni Lamistas, no reconocen mas que un solo Dios. El tal Sacerdote Lama fué, sin duda, un sabio verdadero, quando no abusó de la confianza de los Seikes para engañarlos y dirigirlos. Dió á conocer á los hombres, que ellos mismos pueden gobernarse por medio de la razon; y, en vez de procurar subyugarlos, los exhortó á que conservaran cuidadosamente su libertad. Libres permaneciéron y dichosos hasta que

los satélites del Subá de Benarés, auxîliados por los Ingleses, superiores en número y favorecidos de las circunstancias, fuéron, con cimitarra en mano, á hacerlos esclavos como ellos. Del mismo modo que los mastines, armados con sus collares de hierro, despedazan á los perros que hallan sin aquella defensa.

VI.

Los paises que gobernaban los Subás de Dekan, de la familia de Nizan-el-Moluk, no gozaban de ventajas tan preciosas. El pueblo, que estaba agoviado baxo los dos yugos del despotismo y de la supersticion, ni aun conocia el derecho de la propiedad. Todas las tierras pertenecian al Subá, y á algunos particulares privilegiados. Aquella situacion precaria de desnudez no tenia por compensacion el sosiego del ánimo. Mas de cincuenta años habia que aquellas provincias eran el teatro de la guerra. Veíanse, sin cesar, devastados por los

Franceses, ó por los Ingleses, ó por los competidores, cuya crédula política favorecia á los ambiciosos extrangeros; de manera, que los desdichados Indios nunca sabian para qué Señores araban y sembraban sus tierras. Sucedia, que, quando una abundante cosecha iba á pagarles lo debido á sus fatigas, llegaban unos enemigos bárbaros, y se la esparcian lastimosamente entre los pies de sus caballos, ó se la entregaban á las voraces llamas, sin cálcular, que, por hacer daño á sus contrarios, entregaban á los horrores de la hambre á un pueblo inocente.—El Carnáte, tenido por la provincia mas rica de Dekan, y á la qual Dupleix dió leyes, obedecia las de Mohammet-Aly-Kan, baxo la proteccion de los Ingleses, poseedores inmediatos de una parte de aquel territorio. Rájah-Zaëb, competidor de Mohammet-Aly-Kan, forzado por la fortuna á abandonar el patrimonio de sus padres, fué á acabar, entre los Máratas, su vida tumultuosa.

La corte de Aurengabad era lucida. Sa-

labet-Zind era muerto dos años habia. Tuvo por sucesor á Nizan-Daula, que acababa de casarse con Zoleuka, hija de Heyder-Aly-Kan. Empezaba este Príncipe á cansarse del yugo de los Ingleses, quienes, baxo el nombre de aliados, lo agoviaban á peticiones, tan exôrbitantes, quanto era insaciable su avaricia. Heyder-Aly-Kan, que tenia á su sueldo un pequeño exército Frances, le puso á la vista los recursos de la táctica Europea, sin ninguna de aquellas condiciones vergonzosas, que la Compañía Inglesa imponia en las circunstancias mas críticas.

VII.

Los Máratas, pueblo belicoso y emprendedor, habitaba, en otros tiempos, los paises montuosos hácia el Oeste de la península de la India, que era un terreno cortado por hondos valles, cuyos pastos nutrian los mejores caballos del Indostan. Profesaba esta nacion la religion de los

Bramas, sin sujetarse á las costumbres impertinentes ó incompatibles con el exercicio de las armas, que los habian hecho temibles. Insensiblemente habian extendido su dominacion desde un mar al otro; esto es, desde las puertas de Surate hasta la bahía de Bengala, y desde las cercanías de Agra hasta el rio Crisena, en una extension de mas de ochocientas leguas de circunferencia. Este pueblo obedeció algun tiempo á sus Reyes, los quales tenian en una mano el cetro, y en otra el incensario; pero, fastidiados muy luego de aquella especie de gobierno ambidextro, dexáron á la familia Real solo las funciones del sacerdocio que la pertenecian, en calidad de Xefe de los Bramas del pais. Quedó confiada la principal direccion de los negocios á ocho administradores ó Ministros, nombrados por las ocho principales provincias, cuya reunion constituia la República de los Máratas. Aquellos ocho Regentes elegian un Canciller, á quien daban el título de *Peishau*: en lo sucesivo pudo la astucia hacer aquella dignidad hereditaria,

y entonces tuvo el derecho de presidir el Consejo, y de representar á la República en las ocasiones ruidosas. El Consejo de Estado residia en la ciudad de Poonah, edificada sobre las orillas del rio Mula-Mutha, á pocas leguas de Sattara. El Consejo de guerra nombraba los Generales, disfrutaba del derecho de declarar la guerra, y de hacer la paz, y administraba tambien las rentas públicas; pero no podia establecer ningun impuesto nuevo, ni aumentar los antiguos, sin el consentimiento especial de los pueblos que habian de sufrirlos.

Aquel pueblo, donde todos son soldados, podia poner en campaña doscientos mil caballos. Estos, aunque de corta alzada, eran fogosos, y los montaban hombres acostumbrados, desde su niñez, á las operaciones militares. Qualquiera que podia pagarlos estaba seguro de la victoria; bien que se pagaban caramente sus servicios; pero quando llegaba el caso de vengar los intereses del Imperio, se les veia salir en tropas de las montañas y bosques del De-

kan, y llevar la desolacion á los paises inmediatos, con la furia y velocidad de un huracan.

Acababan los Ingleses de quitar á los Máratas las islas de Salceta y de Bassein, sin mas pretexto que la suma utilidad de que servian al establecimiento de Bombay; pues la una suministraba á sus habitadores las provisiones que necesitaban, y la otra á su arsenal, que era el único que tenian en la India, quanta madera de construccion habian menester.

Esta conquista, que se facilitó por disensiones domésticas, sobrevenidas entre las diferentes provincias que componian la República, abrió los ojos á aquel pueblo, mas acostumbrado al estrépito de las armas, que á las astucias de la política. Penetraba las miras ambiciosas de los Ingleses, que fomentaban, cincuenta años habia, con un arte muy pérfido, quantas dificultades originaba el interes entre los Príncipes Indios, para perder á los unos por medio de los otros, y elevarse sobre las ruinas de todos. Miraban á los Ingleses en

Poonah con desabrimiento y antipatía. No estaba determinada la guerra entre ambos pueblos; pero no faltaba mas que una centellita para encender una vastísima hoguera.

✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦

VIII.

Los estados de Heyder-Aly-Kan, menos extendidos que los de los Máratas, eran mucho mas importantes por su posicion geográfica. Estaban ceñidos por el mar, al Oeste y al Sur, en una extension de doscientas leguas: la naturaleza los queria para mucha prosperidad, produciendo en aquellas comarcas la madera de sándalo, el azafran de la India, la carnamina, el gengibre, la canela falsa y la pimienta. Sus límites, por parte de tierra, eran las altas montañas de los Gates, que les servian de murallas casi inexpugnables. No exîstia una barrera tal contra los Máratas. Los predecesores de Heyder-Aly-Kan pagaban á dichos pueblos un considerable subsidio, así para preservarse de sus correrías, co-

mo para proporcionarse una milicia temible, en un pais cuyo voluptuoso clima desviaba á sus naturales del penoso exercicio de la guerra; pero Heyder llegó á desembarazarse de aquella carga, formando, á fuerza de cuidado, paciencia y dinero, uno de los mejores exércitos que habia en la India. Principalmente consistia en un cuerpo de dos mil hombres de infantería Francesa; en veinte y cinco mil Cipayas, armados, vestidos y disciplinados, á la manera Européa, y mandados por Oficiales Franceses; en veinte mil cacaballos excelentes; y en un parque de artillería de quarenta cañones de campaña, manejados por artilleros Européos.

IX.

Así que Heyder-Aly-Kan quedó seguro sobre el trono, dexó la ciudad de Seringpatnam, para fixar su residencia en Heyder-Nagur, cuyo pueblo no se cansaba de hermosear. No tardó mucho aquella ciudad

en ser una de las mas bellas de la India, por la afluencia de los grandes propietarios, que se afanaban en edificar sobre su terreno, atraidos por la inmediacion y por los placeres de una corte lucida. El castillo, separado de la ciudad, la servia de fortaleza; y su parque, que era de una vasta extension, reunia, por medio de un artificio dichoso, las bellezas esparcidas en todos los jardines del Asia. Y en el centro de aquel retiro descansaba Heyder-Aly-Kan, al lado de Azeyma, de las fatigas de la guerra, y se preparaba para nuevas expediciones.

X.

Despreciaba Heyder la etiqueta melancólica y taciturna, que ostentan los Príncipes del Oriente, y olvidaba, tratando familiarmente con sus amigos, todas las vanas distinciones de clase y de poder. La ruina de Pondichery llenó su corte de Franceses. Estos componian su fuerza principal. Presentábase en sus batallones co-

mo un particular sencillo, daba justas alabanzas á la precision de sus maniobras, hablábales de venganza, y nada menos les prometia, que llevarlos victoriosos á sus ciudades, por entre las ruinas humeantes de las de los Ingleses.

Educábase su familia á su misma vista; y se componia de tres hijos. Yo fuí el primogénito, y mi madre me puso Typpoo-Zaïb, que es el nombre que siempre he tenido. Mi hermana Zoleuka estaba entrada en los quince años, y acababa de casarse con Nizan-Daula, Subá de Dekan. Amin-Zaëb, segundo hijo de Heyder, apenas salia de la infancia; pero manifestaba ya aversion á los negocios y amor al retiro; de lo que se siguió hacerse Faquir; y el dia de su instalacion en aquel órden produxo un suceso muy extraordinario, que se referirá á su tiempo.

Entre los sugetos de quienes se fiaba Heyder-Aly-Kan, tenia la preferencia el valeroso Hussein. Muchas veces, en sus confianzas con aquel antiguo amigo, caia la conversacion sobre las extrañas

aventuras de su juventud, sobre el valle de Dinam, sobre la esclavitud de Basora, y sobre la aparicion de Mirsa Mula en la corte de Agra. Informábase la tierna Azeyma hasta de las menores circunstancias de aquellas aventuras. Heyder y Hussein la repetian lo que tantas veces habia oido, y lo que siempre escuchaba con la atencion, hija de la novedad. Lastimábanse del infeliz Ferisha, cuya suerte todavía era un enigma, no obstante las innumerables pesquisas hechas por Heyder. Hussein pensaba en continuarlas; y esta esperanza misma enxugaba las lágrimas que hacia brotar la amistad.

XI.

Heyder era amabilísimo en el trato particular, y en su vida pública sencillo, noble y franco, que eran prendas desconocidas, hasta entonces, entre los Príncipes del Indostan. Su despejada fisionomía infundia la confianza. Era accesible para todos, de manera, que el último de sus vasallos te-

nia seguridad de hablarle, pidiendo audiencia por medio del Suquedar, ó Xefe de los Uxieres.

Casi nunca llevaba pedrería en su turbante, ni en sus vestidos; y ordinariamente lo iba de muselina blanca, y su ropage cortado, á poco mas ó menos, como el de las mugeres Européas, que lo llevan á la Inglesa. Se ajustaba mucho el cuerpo y los brazos con cordones; y lo demas del vestido lo llevaba muy ancho y muy plegado, con una larga cola. En el exército llevaba Heyder un vestido militar, que él habia inventado para él y para sus Generales. Era un uniforme compuesto de una chupa de raso blanco, con flores de oro, forrada de amarillo, y ajustada con cordones del mismo color; calzones de lo mismo que la chupa; botas de terciopelo amarillo; una faxa de seda blanca en la cintura; un turbante roxo y color de aurora; el sable en un tahalí de terciopelo bordado de oro, cogido á la espalda con un gafete del mismo metal, y guarnecido de pedrería.

Siempre que los negocios, ó los placeres, no estorbaban á Heyder-Aly acostarse á su hora regular, se levantaba á las seis de la mañana. Sus Ayudantes de Campo le daban parte de lo sucedido por la noche. Recibian entonces las órdenes que habian de llevar á los Ministros ó á los Generales. Traíanle los correos las cartas, y despachaba los asuntos urgentes. Entre ocho y nueve salia de su quarto, y pasaba á un salon, donde ya se hallaban sus Ministros y Secretarios, para responder á las cartas que habia recibido. Venian luego su familia y amigos, y asistian á su desayuno, en el que se hablaba de los negocios generales. Algunas veces salia Heyder á un balcon, y entonces recibia el saludo de sus elefantes y tigres de caza, que iban cubiertos con una gran manta, que arrastraba, de seda verde, rayada de oro.

Despues del desayuno, que finalizaba á eso de las diez y media, daba Heyder audiencia pública, rodeado de sus parientes y amigos. Mandaba que le leyeran todas las solicitudes presentadas, y respondia al

instante. Muchos Secretarios, sentados á lo largo de la pared, escribian las respuestas, que se enviaban á los Ministros, para poner en ellas el sello del estado. Esta audiencia duraba hasta la hora de comer.

XII.

A la entrada de la noche, se juntaban en palacio los Grandes, los Ministros y los Embaxadores. Aquella era la hora de la ostentacion. Segun el estilo, se entraba sin armas y sin zapatos. Heyder, que era poquísimo zeloso de la etiqueta, permitia á los Européos que no se descalzasen, sin embargo de que, por lo regular, estaban cubiertos, con muselina blanca, las mas bellas alfombras de la Persia. Era tanto lo que este Soberano gustaba de lo blanco, que mandaba cubrir, con muselina clara, los techos pintados, dorados é incrustrados, y hasta los sofás y los almohadones de texido de oro.

Casi todas las noches se representaban

comedias en los teatros de la corte. Mezclábanse en el espectáculo cantos y danzas; y no habia mas actores que las baliadaras. Ningun hombre entraba en sus juegos. Una directora compraba muchachas, de cinco á seis años, las inoculaba, y las daba maestros de canto, de bayle, y de tocar instrumentos. Acostumbrabáselas á executar conciertos seductores, bayles lascivos, y posturas que produxesen los deseos del placer, y los hechizos del deleyte. A los once años se presentaban sobre la escena. Por lo general tenian, ademas de facciones delicadas y finísimas, ojos negros y grandes, cejas bien arqueadas, boca pequeña, labios encarnados, y bellísimos dientes. Sus negras melenas tocaban en el suelo. Su tez era de un moreno claro, no como el de las mulatas, que oculta el rubor, si no como el de las labradoras, que lo tienen algo tostado, conservando en él las rosas de sus mexillas, aunque marchitadas por el sol. Su vestido era una simple gasa bordada de oro. Llevaban las cabezas coronadas de flores, mezcladas con pedre-

ría. Las comedias que representaban eran regularmente piezas de enredos y de manejos ocultos: como, por exemplo: mugeres que se ligaban para engañar á un celoso, ó jóvenes que burlaban la vigilancia de sus madres, para favorecer á sus amantes. No era posible representarse con mas arte, ni con mas naturalidad.

Las baylarinas hacen muestra de habilidades desconocidas en los teatros de la Europa. En estas mugeres todo bayla y todo representa á un mismo tiempo. Sus cabezas, sus ojos, sus brazos, sus pies, y todo su cuerpo, se mueven con la seguridad de hechizar. Ninguna baliadara de la tropa cómica del Príncipe pasaba nunca de diez y siete años. A esta edad se las reformaba, y se iban á recorrer las provincias, ó á fixar su residencia en las pagodes.

A las once se retiraba Heyder á cenar con su familia y con sus amigos. Este modo de vivir, que era diferente en el exército, como puede creerse, se interrumpia freqüentemente en la corte con cacerías y paseos, ó con la asistencia á las maniobras de

sus exércitos. Pero entiéndase, que los placeres de la paz nunca desviáron á Heyder-Aly de los trabajos de la guerra. Miéntras decoraba su ciudad de Heyder-Nagur de mercados, de fuentes, y de otros monumentos públicos, y mientras daba fiestas, y se mostraba totalmente ocupado en el adorno de su persona y palacio, envió secretamente dos Negociantes de Pondichery á la corte de Versalles, con el encargo de inclinar á Luis XV á que enviára prontamente fuerzas marítimas á la India, asegurándole, que era llegado el tiempo de tomar de los Ingleses una venganza ruidosa.

XIII.

Heyder-Aly-Kan, que era enemigo implacable de los Ingleses, y testigo de los horrores con que habian manchado su victoria, juzgó de los otros por sí mismo, y se persuadió á que la corte de Francia se aprovecharia, con ansia, de la ocasion

de afligir á sus enemigos con los mismos males que ellos acumuláron sobre los Franceses establecidos en la India. Calculó el tiempo que entraria en los preparativos; y lo largo de la navegacion arregló sus procedimientos sobre aquellos datos, que miraba como ciertos. No previó que Luis XV estaba sumido en una voluptuosa indolencia; que era un Soberano sin energía, y sin carácter; y que no tenia mas pasion que la de cazar, enamorar y beber; y que hubiera sacrificado, no solamente los Franceses de la India, sino tambien todos sus vasallos, al temor de que sobreviniese una guerra, que perturbase la dulzura de sus privados placeres.

Habia formado Heyder una marina harto considerable en los puertos de Mangalor y de Calicut; y así, miéntras llegaban las esquadras Francesas, empleó el año de 1766 en conquistar las Maldivas, para vengar los insultos hechos á algunos vasallos suyos, que comerciaban en aquellas islas.

XIV.

Forman las Maldivas una larga cadena de islas, al Oeste del cabo Comorin; y se dividen en trece provincias llamadas Atollónes. Aquella division es obra de la naturaleza, la qual circundó á cada Atollón de un banco de piedra, que le sirve de defensa natural contra la impetuosidad de las olas, ó de los acometimientos enemigos. Los naturales del pais suben hasta doce mil el número de dichas islas; las mas chicas no presentan mas que montones de arena, que se sumergen en las mareas altas; y las mas grandes tienen una cortísima circunferencia. De los canales que las separan, solo hay quatro, bastante hondos, que puedan recibir navíos. Difícilmente se encuentran en los demas sobre tres pies de agua. Es probable que aquel archipiélago formaba, en tiempos pasados, una sola isla. El esfuerzo de las corrientes, de las olas, ó de algun otro

accidente grande de la naturaleza, la habrá dividido en muchas porciones.

XV.

Los Indios fuéron los únicos que habitáron mucho tiempo las Maldivas. Los Arabes lleváron despues á ellas su religion, y usurpáron el Imperio. Ambas naciones formaban una, quando los Portugueses, poco tiempo despues de su llegada á la India, la subyugáron. Duró poco su tiranía. La débil guarnicion, que las tenia sujetas, fué exterminada, y las Maldivas recobráron su independencia, sin conseguir otra mayor felicidad. Apoderáronse los Bramas de todo el poder, llevando á su cabeza un Rey, elegido en su mismo cuerpo, el qual residia en Malé. Aquella administracion Sacerdotal, junta con la esterilidad del pais, que produce solamente cocoteros, hacia miserables á los pueblos. Resistiéron, pues, muy poco á los soldados de Heyder, armados

y disciplinados á la Européa. El Rey de las Maldivas fué hecho prisionero por el Almirante Misoreáno, quien mandó rebentarle los ojos. Presentáron este Príncipe á Heyder, y se lastimó de su desdicha. Señalóle uno de sus castillos, para que habitára en él, le envió todas sus mugeres, que se hallaban dispersas, y le dió un trato capaz de proporcionarle aquellos placeres, que su estado le permitia disfrutar.

Tales eran, en general, los Soberanos que dominaban en el Indostan, el año de 1766. Los Franceses, que, baxo el gobierno de Dupleix, habian excitado la envidia con su gran prosperidad, no representaban, entre aquellas grandes potencias, mas que un papel secundario, como los Portugueses, Daneses y Holandeses.

XVI.

Los Portugueses, que fuéron, en otro tiempo, vencedores del Oriente, no con-

servaban, sobre la costa de Malabar, mas que á Goa, único resto de sus inmensas conquistas. El comercio, que produxo á Venecia entre sus lagunas, y á Amsterdan entre sus pantanos, hizo á Goa centro de las riquezas de la India, y uno de los mercados mas famosos del mundo. Pero el tiempo; las revoluciones tan freqüentes en el Asia; el orgullo inseparable de las grandes fortunas; la molicie que acompaña á la opulencia, facilmente adquirida; la concurrencia de las naciones mas ilustradas; y, sobre todo, una administracion tiránica é intolerante, precipitáron y aniquiláron aquella magnífica ciudad. Nada es hoy. La suma corrupcion de sus ciudadanos, y cierta inoportuna influencia en las resoluciones públicas, no permiten esperar su restablecimiento. Goa está despojada de las fértiles provincias, que recibian ciegamente sus leyes, y no le queda otra cosa que el recuerdo de su antigua potencia, la islita en que la edificáron, y las dos penínsulas que forman su puerto, abandonado ya de los navegantes.

XVII.

Los Holandeses, enemigos implacables de los Portugueses, les quitáron sucesivamente sus principales posesiones asiáticas. Por algun tiempo hiciéron solos casi todo el comercio de la India; pero, antes de mucho, traxéron la decadencia de la Compañía Bátava aquellas causas mismas que arruináron á los Portugueses. Los primeros Administradores de Batavia eran, sobre próvidos y exâctos, de costumbres tan sencillas, que los miembros del Gobierno, vestidos, en el curso regular de la vida, como unos marineros, no se distinguian con otras ropas hasta que habian de presentarse en el lugar de sus juntas. Aquellos republicanos guerreros venciéron y conquistáron para la patria, y enviáron al tesoro público los despojos de las naciones, sin reservarse para sí cosa alguna; pero la admirable austeridad de sus principios cedió pronto al

exemplo de los pueblos Asiáticos. Introdúxose, pues, la relaxacion en Batavia, adonde, de todas partes, confluian las materias de luxô; y adonde, creyendo que la administraccion debia ostentar mucha magnificencia, hiciéron comunes los refinamientos del adorno, y la superfluidad de los muebles. Aquel gusto corrompió las costumbres, y aquella corrupcion hizo iguales todos los medios de acumular riquezas. Llegó á tanto el desprecio de los miramientos pundonorosos, que un Gobernador general, viéndose convencido de haber dilapidado excesivamente las rentas, no temió justificar su conducta, mostrando plenos poderes firmados de la Compañía. Desde entonces fuéron entregados al pillage los fondos públicos. Los Administradores se persuadiéron á que sus empleos no eran mas que unos emolumentos quantiosos. Los encargos mas importantes se pusiéron al cuidado de un Secretario, que, con título de Abogado, extractaba todos los despachos que llegaban de la India; y escribia las res-

puestas. Esta guia, poco ilustrada algunas veces, muchas corrompida, y peligrosa siempre, arrojó en el precipicio á los que guiaba.

Los Estados Generales, que estaban encargados de exâminar, cada quatro años, la situacion de la Compañía, nunca cumplian con sus obligaciones, porque los tenian poderosamente sobornados. Siempre quedaba aprobada la exîstencia de la Compañía, á pluralidad de votos, y sin la mas ligera discusion. Abandonóse la defensa de las plazas á vagamundos, alistados por fuerza ó por astucia, tan mal alimentados, tan mal vestidos, y tan cansados del servicio, que eran incapaces de tener ninguna buena voluntad. El menosprecio que un pueblo, acostumbrado á la opulencia del comercio, muestra á los guerreros, que se votan á una pobreza forzada, acaba de envilecerlos y desanimarlos. Las fortalezas Bátavas quedáron indefensas, y su marina imposibilitada de protegerlas. Aquellos Republicanos, tan temibles otras veces, serian echados de todos sus

establecimientos de la India, si no supliesen las fuerzas que les faltan con una paciencia suma, que les hacen tolerables las humillaciones con que los ultrajan Ingleses y Franceses, á medida que una ú otra nacion adquiere la preponderancia.

XVIII.

Nunca tuviéron los Daneses establecimientos importantes en la India. Primeramente se situáron en Chincurat, sobre las orillas del Gánges. Las desgracias sobrevenidas á su Compañía Asiática los apartáron brevemente de aquella opulenta region. Presentáronse de nuevo en ella el año de 1755, y quisiéron ocupar á Bankibasar, que habia pertenecido á la Compañía Imperial de Ostende. Los celos del comercio trastornáron sus miras. Edificáron en las cercanías de aquella ciudad la de Federico-Nagur, la qual abandonáron muy luego, por falta dè medios para sostenerse en ella. Tenian una esca-

la en Calicut, sobre la costa de Malabar; pero nunca llegáron á sacar de ella arriba de unos sesenta millares de pimienta: bien que su principal establecimiento es Trinquebar, sobre uno de los brazos del Caveri.

Esta colonia, que se fundó en el año 1618, es un excelente pais: llegó á ser, en poco tiempo, un considerable mercado. Su poblacion llegó hasta treinta mil habitadores. Diez mil ocupaban la ciudad. Algunos mas habia en una aldea grande llena de manufacturas. Los restantes trabajaban útilmente sobre un territorio de cerca de dos leguas de diámetro, que los Príncipes Indios cediéron á la Compañía Danesa, mediante una compensacion anual de dos mil pagodes, que aun hoy dia pagan. Trescientos obreros, que eran factores, comerciantes ó soldados Daneses, dirigian aquel establecimiento, cuyas rentas, que serian como unas cien mil pesetas, cubrian todos los gastos. Aquella prosperidad, no tanto era un resultado del ingenio de los Dinamarqueses, quan-

to el de un concurso de circunstancias favorables. Los Portugueses, que gemian baxo un yugo extrangero, se esforzaban débilmente para conservar sus colonias Asiáticas. Los Españoles solamente enviaban navios á las Molucas, ó á las Filipinas. Los Holandeses se ceñian á hacerse exclusivamente señores del comercio de la especería. El comercio de los Ingleses en la India participaba de las turbulencias de su patria en Europa. Todas estas potencias miraban con ceño á un nuevo competidor; pero ninguna se le oponia. En breve, no obstante, cambiáron las cosas. La Compañía Holandesa tomó una superioridad debida á sus riquezas, y echó á los Dinamarqueses de los mercados en que habian tratado con mas ventaja. Siguióse de esto el desórden que se introduxo en la Compañía de Trinquebar, la qual produxo menos costando doble; y de aquí la vino el desprecio de los naturales del pais, que estiman á los Européos á proporcion de sus riquezas. Una mejor administracion, un aumento de ter-

ritorio, y otras causas particulares, han mejorado algo su suerte; pero nunca será de las mas apetecibles.

XIX.

Los establecimientos, que los Ingleses volviéron á los Franceses sobre las costas de Bengala, de Orixa, de Coromandél y de Malabar, eran de bastante consideracion; pero estaban desmanteladas todas las plazas, y no tenia la Compañía Francesa de la India las sumas que habia de costar su restablecimiento. Pero así que sus Agentes se presentáron en Pondichery, en 11 de Abril de 1765, acudiéron á ellos los desventurados Indios dispersados, quando la destruccion de aquella ciudad. La preocupacion en que aquel pueblo se educa, de que la mayor felicidad del hombre es acabar su vida en los mismos parages que habitó en su infancia (que es una preocupacion tan dulce quanto útil), no permitia dudar que

volverian los Indios, inmediatamente que la plaza estuviese circundada de murallas.

XX.

Juntáronse en Paris los Accionistas para pensar en los medios de renovar sus especulaciones en la India. Atreviéronse á decir al Gobierno, que él era quien debia imputarse las desgracias de la Compañía, supuesto que todos los negocios de la India se habian dirigido por su influencia; que la Compañía no prosperaria mientras no fuese libre; que las relaciones debian ser inmediatas entre los Accionistas y los Administradores; que quantas veces se inxiriera el gobierno, sirviendo de intermediario, sucederia, que las órdenes dadas, por una parte, y las representaciones hechas, por la otra, recibirian necesariamente, pasando por sus manos, la impresion de sus particulares miras; que, de aquel modo, siempre seria él el verdadero y el único Administrador de la

Compañía; que un Administrador de tal naturaleza, siempre sin interes, y freqüentemente sin luces, sacrificaria de continuo el bien y las ventajas reales del comercio á los pasageros resplandores de su administraccion, y al favor de los empleados; y que, por el contrario, debia esperarse todo lo mejor de una administracion libre, elegida por los propietarios, ilustrada por ellos, de acuerdo con ellos, y lejos de la qual se procuraria tener siempre toda idea de embarazo y de inspeccion nacional.

A pesar de esto, desde el año de 1723, eligió la misma corte de Paris los Directores de la Compañía de la India. Aun no contenta con aquella influencia, introduxo, en el año 1730, un Comisario del Rey en la administracion, y desde entonces se dirigió todo segun las intenciones de los Ministros de Luis XV. El misterio, que es el velo peligroso de las administraciones arbitrarias, cubrió las operaciones de la Compañía. Congregáronse, finalmente, los accionistas en el año de 1744. Fuéron

autorizados para celebrar cada año una junta general, y para nombrar Síndicos que estipulasen sus intereses; pero la corte nombró siempre los Directores, y añadió al primero un Comisario segundo para que presidiese las asambleas; de manera que los Síndicos, elegidos por los accionistas, no tenian poder alguno.

Los muchos Comisarios reales suscitáron nuevos embarazos en la marcha de los negocios. Cada qual tuvo su partido. De ello resultáron divisiones y tramas ocultas, cuyo foco estaba en Paris, y cuya reaccion se sintió en la India, de un modo funestísimo para la nacion. Pareció á la corte que remediaria los abusos nombrando un tercer Comisario; pero las cosas fuéron de mal en peor. Hubo en la Compañía tres partidos en vez de dos. La oprimió el despotismo baxo la direccion de un solo Comisario Real. Baxo dos de aquellos Magistrados se introduxo la division. Pero luego que hubo tres, todo degeneró en una verdadera anarquía. Cansado, pues, el Gobierno de aquella

interminable lucha, autorizó á la Compañía para que deliberára sobre su situacion.

Congregada la Compañía de la India, en 16 de Junio de 1764, cedió al Gobierno el puerto del Oriente, y sus fortificaciones y almacenes, sobre la costa de Africa, y las islas de Francia y de Borbon. Impúsose el Gobierno la obligacion de fortificarlas y defenderlas. Con este acomodamiento se vió la Companía libre de un gasto anual de dos millones de pesetas, y sin que el comercio exclusivo, de que disfrutaba mas allá del cabo de Buena-Esperanza, hubiese tenido perjuicio alguno. Primer medio de prosperidad.

Exîstian, á la sazon, cincuenta mil doscientas sesenta y ocho acciones. Luis XV, que, en los años de 1746, 1747 y 1748, abandonó á los accionistas el producto de las acciones que le pertenecian, les entregó entonces las mismas acciones, en número de once mil ochocientas treinta y cinco, para indemnizar á la Compañía de los gastos de la guerra. Anuladas estas ac-

ciones, no quedarón mas que treinta y ocho mil quatrocientas treinta y dos. Nuevo recurso.

Por fin, la corte de Francia aseguró á la Compañía libertad indefinida por un edicto solemne. Quedó autorizada para tomar, á gusto de los votantes, y sin la asistencia de ningun Comisario Real, las disposiciones que la pareciesen mas convenientes.

XXI.

Desenvuelta ya la Compañía de las trabas del Gobierno, se dexó dirigir por un comerciante Ginebrino, que marchaba rápidamente por el camino de la fortuna, cuyo nombre llegó despues á ser famoso por sus raros talentos para el agiotage.

Necker (que así se llamaba este negociante) era feliz hablador, como lo son todos los que tratan en manejos ocultos: presentó un plan, el qual pareció tan luminoso, que quedó unánimemente aceptado. Los Síndicos y los Directores, que

se nombráron, no debian ser mas que los adjuntos y los cooperadores del Ginebrino Necker. Este empujó el entusiasmo y el charlatanismo hasta fixar la época en que las acciones empezarian á beneficiar. Esta seguridad causó su efecto sobre los tontos, que siempre son la parte mayor en las grandes concurrencias; pero la tardía verdad desvaneció aquellas agradables quimeras. Conociéron que la restauracion, anunciada por Necker, seria solo para él; y conociéron tambien, que ocultaba un vicio radical, y un principio de destruccion, que acarreó la ruina de aquel vasto establecimiento.

El dividendo de las acciones de la Compañía de Francia varió como el de las otras Compañías de comercio. Fué de cien pesetas en el año de 1722. Desde 1723 hasta 1745, fué de ciento y cincuenta pesetas. Desde 1746 hasta 1749, de setenta pesetas. Desde 1750 hasta 1758, de ochenta pesetas. Desde 1759 hasta 1764, de quarenta pesetas. El dividendo y el valor de la accion estaban sujetos á

las casualidades del comercio, y á las variaciones de la opinion pública. De allí, aquellas disparidades prodigiosas, que ya levantaban y ya baxaban el valor de los efectos; los quales desde doscientos doblones se reducian á ciento en el mismo año, para subirlos y rebaxarlos con la mayor prontitud. Pero entre aquellas vicisitudes eran casi siempre los mismos los capitales de la Compañía; aunque este es un cálculo que nunca hace el público; porque, así en sus confianzas como en sus temores, pasa siempre los términos debidos.

Las necesidades de la Compañía determináron una declaracion de quatrocientas pesetas por accion. Mas de treinta y quatro mil acciones fuéron su conseqüencia. Las quatro mil, que se dispensáron de esta formalidad, quedáron reducidas á los cinco octavos, conforme al edicto que autorizó la declaracion; y el número total, por efecto de esta operacion, no fué ya mas que de treinta y seis mil novecientas y veinte acciones enteras, y cinco octavos, segun el cálculo de Raynal.

XXII.

Hiciéron los accionistas nuevos fondos para volver á entablar el comercio, y por eso no quisiéron correr los riesgos de ver disminuida su fortuna, en un dia, de una mitad. Votáron que, en todo tiempo, tuviese la accion una renta segura, fixa é independiente de todo acaecimiento futuro del comercio. Fixáronse las acciones al capital de mil y seiscientas pesetas, con un interes fixo de ochenta.

Debia, pues, la Compañía, en el año 1764, (por treinta y seis mil novecientas veinte y cinco acciones, y cinco octavos, sobre el pie de ochenta pesetas de renta por accion), un interes de dos millones, novecientas cincuenta y tres mil seiscientas y sesenta pesetas. Pagaba, por el interes de sus diferentes contratos, dos millones, setecientas veinte y siete mil quinientas y seis pesetas, lo qual componia, cinco millones, seiscientas ochenta y un mil cien-

to sesenta y seis pesetas de rentas perpetuas. Y, ademas, componia tres millones, seiscientas y catorce mil seiscientas y cinco pesetas de rentas vitalicias.

Para hacer cara á unos empeños tan considerables, tenia la Compañía nueve millones de renta perpetua sobre el estado. Tenia tambien la esperanza de la extincion de las rentas vitalicias. Disfrutaba, ademas, de algunos derechos útiles. El Gobierno Frances le componia tambien cincuenta mil pesetas de renta, en indemnizacion de la venta exclusiva del café. Concediósela, asimismo, en el año 1720, el derecho exclusivo de suministrar negros á las colonias de América. El vicio de este sistema precisó muy luego á Luis XV á permitir este comercio á todos los negociantes, á condicion de que pagasen á la Compañía un doblon por cada negro. Suponiendo, pues, que las islas Francesas recibiesen quince mil negros por año, resultaba para la Compañía una crecida renta. Esta compensacion, que se le dió por un comercio que ya no hacia, quedó

suprimida aquel año, pero reemplazada por un equivalente. Tenia, sobre esto, desde su formacion, una gratificacion de cincuenta pesetas por cada tonel de mercadurías que exportaba. Subió aquella gratificacion hasta setenta y cinco pesetas por cada tonel de exportacion, y hasta ochenta por cada uno de importacion. Estos objetos daban á la Compañía por mas de un millon al año, contando cincuenta mil pesetas, que recibia anualmente en cambio de la venta del café.

La nueva administracion de la Compañía, favorecida por todos estos medios de prosperidad, lució algun tanto. Por todas partes se notó una grande actividad. Subiéron las ventas anualmente, desde el año 1765 hasta el de 1769, á cerca de diez y ocho millones. No fuéron de tanta consideracion en los tiempos que se tuviéron por mas prósperos; pues desde el año 1736 hasta el de 1756 inclusive, no subiéron mas que á quatrocientos treinta y tres millones, trescientos setenta y seis mil doscientas ochenta y quatro pesetas, esto es, á

catorce millones, ciento y ocho mil novecientas y doce cada un año.

XXIII.

Pero aquella prosperidad era aparente. Cada dia se iba endeudando mas la Compañía, de manera, que no podia pagar sus dividendos sin el socorro del Gobierno. Quando quisiéron averiguar las causas de este fenomeno, halláron que la Compañía, al restablecimiento de su comercio, estaba mas endeudada que se habia creido; y es lo que regularmente sucede á todos los grandes cuerpos comerciantes, cuyos negocios complicados y extendidos estan distantes. Casi nunca tienen una justa idea de su situacion. Sea que estos vicios se atribuyan á la infidelidad, á la negligencia ó á la incapacidad de los agentes, lo cierto es que generalmente exîsten.

Los administradores computáron, que los gastos necesarios para la exîstencia del comercio, y los de la soberanía, no pasa-

rian de quatro millones anuales; pero pasáron de ocho; y los últimos gastos podian subir á mas en lo sucesivo, segun las miras políticas de Luis XV, único juez de su importancia y de su necesidad. Pero la causa principal de la caida de la Compañía Francesa, fué la enorme diferencia política entre ella y la Compañía Inglesa: la ruina de la consideracion Francesa en la India, y el poder exôrbitante de la nacion conquistadora, acabáron de sojuzgar aquellas apartadas regiones. Multiplicó inútilmente Necker cálculos erróneos. Todos los buenos observadores tenian por demonstrado, que aquel gran cuerpo se habia de arruinar antes de mucho.

Atribuyóse el Consejo de Calcuta el privilegio exclusivo de la venta del algodon, procedente del extrangero. Los Franceses comerciaban en la India llevando mucho dinero; mientras que los Ingleses se servian del que sacaban de las provincias del Indostan, cuyos Soberanos eran. Los Franceses, quando llegaban á las costas de la India, se veian en todas partes detenidos

por el régimen prohibitivo establecido por los Ingleses; los que llegáron á tanto como impedir el comercio, en lo interior del pais, á todas las naciones de la Europa. Los comerciantes Franceses, que no pudiéron completar sus carguíos en Pondichery, en Chandernagor, en Mahé y en Karikal, se viéron precisados á comprar de los Ingleses la mayor parte de las mercadurías que necesitaban; y es evidente que, desde entónces, debiéron quedar debaxo por la concurrencia de los Ingleses, quienes, habiendo elegido los géneros, y adquirídolos de primera mano, habian de suplantar á sus competidores en todos los mercados.

Necker explicó infielmente todas las especulaciones de la Compañía, procurando inspirar la confianza, para elevar su particular fortuna, antes de que cayera totalmente la de los accionistas. Diéron esperanzas de que las ventas subirian á veinte y cinco millones de pesetas cada año; pero solo llegáron á diez y ocho. Aseguráron que las mercadurías de la Europa se

venderian en la India á cincuenta por ciento de provecho; pero apenas diéron de sí su precio originario. Estas trabacuentas echáron el edificio abaxo. En lo sucesivo se verá cómo fué suspendido, en el año de 1769, su privilegio exclusivo.

XXIV.

Heyder-Aly-Kan, que ignoraba todas estas particularidades, y que solo conocia á los Franceses por las relaciones militares, no dudó de que, á la muzon del año de 1767, se presentaria delante de Pondichery, que empezaba á salir de sus cenizas, una esquadra de aquella nacion. Al mismo tiempo que dicho Príncipe amaba, con preferencia, á los Franceses, odiaba cordialmente á la Compañía Inglesa, que era el objeto de los celos y de los terrores de todas las potencias de la India. La conquista de Bengala; la esclavitud en que los Ingleses tenian al Subá de Benarés Suja-Dula; las vergonzosas cadenas que for-

járon para la familia del Emperador Mogol; la autoridad que, insensiblemente, fuéron tomando en Carnate, de cuyo pais Mohammet-Aly-Kan, su protegido, no era mas que Soberano titular; y especialmente la insolencia con que usaban de unos derechos, que no tenian mas cimientos que la violencia y el ultraje; pusiéron sobre sí á los estados que conservaban su independencia. Pero Heyder, al frente de un exército, el mejor que habia en la India, se lisonjeaba, por medio de un esfuerzo vigoroso, aniquilar, de un solo golpe, su peligrosa influencia.

XXV.

El Consejo de Madrás, sin disimularse lo grande del peligro, se juzgó capaz de evitarlo solo con astucias políticas. Propusiéron á Heyder, que recibiese una embaxada solemne, compuesta del Coronel Call, ingeniero en Xefe, y del Consejero Boschier, hermano del Gobernador de Ma-

drás. Como Heyder conocia tan bien el sistema de los Ingleses, no permitió dexarse seducir con las pomposas honras con que pretendian deshonrarlo. No quiso recibir la embaxada, y con tanta mas razon, quanto no ignoraba que, en aquel mismo tiempo, excitaban los Ingleses, baxo mano, á los Máratas y á Nizan-Dula, Subá de Dekan, para que le declaráran la guerra.

XXVI.

Dueños los Ingleses, sobre la costa de Orixa, de las quatro provincias Chicacola, Elur, Mutafanagar y Ragimandri, baxo las mismas condiciones con que aquellos establecimientos fuéron cedidos á los Franceses, baxo el mando de Dupleix, mantenian, en la corte de Aurengabad, mil y doscientos Européos, y un cuerpo de Cipayas. El General Smith, que mandaba aquellas fuerzas, estaba encargado de avivar los celos del Subá sobre las conquistas, harto extendidas, de Heyder-Aly en

Malabar. Este negociador ofreció todas las fuerzas Inglesas para concurrir á despojarlo de ellas. Ponderó, con arte, los grandes tesoros que el Sultan de Masur debia haber adquirido en las expediciones que acababa de terminar felizmente en Calicut y en las Maldivas. Segun él, era imposible que Heyder pudiera sostenerse contra las fuerzas reunidas de los Ingleses y del Subá; y la posesion de todas sus riquezas habia de ser conseqüencia de su victoria.

XXVII.

Circunstancias particulares favorecian aquel proyecto. Mirsa-Kan, pariente de Heyder, encargado, por este Príncipe, de guardar las fronteras del lado de los Máratas, olvidó las leyes del honor, á la voz del interes, y atraxo á dicho pueblo á su gobierno, á condicion de que se le diese una pequeña parte á título de Soberanía.

XXVIII.

No puede explicarse el delirio del Consejo de Madrás, quando tuvo aquella inesperada noticia. Mucho tiempo habia que envidiaba la buena suerte del de Calcuta, que disponia, como dueño, de los tesoros de Bengala. Parecióle que habia llegado el instante de participar de tan próspera fortuna. Las cartas para el tribunal de los Directores de la Compañía, en Lóndres, iban llenas de quiméricas esperanzas. No se prometian nada menos que la conquista de toda la parte meridional de la península de la India. Las acciones de la Compañía subiéron entonces con tanta rapidez, que llegáron á doscientas setenta y cinco libras esterlinas; pero se supo, en el año de 1768, que Heyder-Aly-Kan estaba á las puertas de Madrás, y las posesiones Inglesas, en Coromandél, en una crísis fatalísima.

Diéron poco cuidado á Heyder los su-

cesos de la guerra contra el Subá de Dekan, cuya indolente molicie conocia muy bien. Su exército, ademas, estaba indisciplinado, inerme, y mandado por Xefes, que le eran adictos, y le advertian secretamente de quantos movimientos queria exeçutar el General Smith; pero la irrupcion de los Máratas era cosa de mayor conseqüencia. El ingenio de Heyder, que era vasto y fértil en recursos, parecia creado de propósito para situaciones críticas y embarazosas. Resolvió con prontitud; y, dexando á su cuñado Moctum Zaëb, y á su amigo Hussein, para que hicieran frente á los Ingleses y á las tropas de Dekan, se encargó él mismo de defender, palmo á palmo, sus estados contra los Máratas; bien convencido de que aquel pueblo, acostumbrado á prontas expediciones, se cansaria presto de una guerra en que no podria satisfacer su aficion al pillage.

XXIX.

Pero, no obstante, imploró Heyder la asistencia de quantos pueblos habitaban el Indostan. Sus Embaxadores demostráron la urgencia de una coalicion general contra los Ingleses. Mandaba la confederacion la mas imperiosa de todas las obligaciones, esto es, la necesidad. Los Ingleses invadiéron en la India los derechos de todos los Soberanos y de todos los pueblos. Para mantenerse estos extrangeros en sus usurpaciones, y aumentarlas, acompañáron á la audacia con la astucia, y á la crueldad con la perfidia. Entráron en todas las guerras, ó como enemigos, ó como auxîliares, y, en ambos casos, los vencedores y los vencidos quedaban baxo su proteccion, ó baxo su esclavitud Hiciéron degenerar en injusticias y opresiones las ventajas que debiéron á la indulgencia de los Indios, ocultando, baxo la apariencia de un comercio ventajoso, los instrumentos

de la desolacion y de la muerte. Los paises, que los recibiéron como comerciantes, los viéron, con admiracion, hechos déspotas. En vez de trocar con los naturales del pais las producciones de su clima, de sus manufacturas y de sus superfluidades, despojáron al Indostan de su numerario, de sus habitadores, y de su fertilidad y de su honor. En cambio del oro, que transportáron á Europa, inundáron las orillas del Gánges y del Crisena con sus vicios, y con sus vergonzosas enfermedades. Los Príncipes, que, ó por su desgracia ó por su credulidad, cayéron en sus manos, fuéron tratados como objetos de comercio. No los valuáron en mas que en lo que pudiéron servir para los intereses de la Compañía. Sus dolos y traiciones igualáron á sus negociaciones insidiosas; y sus falsas protestas de amistad, y sus empeños mas solemnes, solo tenian cumplimiento en quanto convenian, ó no, á los intereses de su comercio ó de su política.

XXX.

Representaciones de una evidencia tan notoria reuniéron, baxo las banderas de Heyder-Aly, los mas de los Príncipes Indios, atraidos á la alianza por el convencimiento de su riesgo comun. Los Máratas diéron el exemplo, mediante algunas sumas que se les distribuyéron. El Subá de Dekan, abandonado de las tropas en que mas confiaba, se determinó á tratar con Heyder. Entabláronse las negociaciones con mucho secreto. Sin embargo, las penetró el General Ingles, y fué sumo su embarazo; porque, si se quedaba en el campo de los Mogoles, podia ser entregado á Heyder con su corto exército. No era menor su peligro, si daba á entender al Subá, que sabia su inteligencia. El disímulo era lo que únicamente podia salvarlo. Lo dificil de la subsistencia le proporcionó un pretexto para separarse del exército Mogol. Despidióse, pues, de Nizan-Dula, y,

atravesando rápidamente las montañas de los Gates, se puso sobre el territorio de Madrás.

++++++++++++

XXXI.

En el corto espacio de dos meses naciéron y acabáron los vanos proyectos de engrandecimiento, que no hubieran seducido al Consejo de Madrás, si hubiera estudiado mejor el carácter de los aliados con quienes contaba, y particularmente el superior talento del enemigo, cuya ruina proyectó. ¿Cómo podia justificarse en Inglaterra de responder por sí solo de los sucesos de una guerra tanto mas onerosa, quanto era probable que las posesiones Inglesas fuesen el teatro de ella? Boschîer, Gobernador de Madrás, no halló expediente de mayor crédito para Lóndres, que el de atribuir á los ocultos manejos de los Franceses de Pondichery la ruina de sus esperanzas, y las plagas de la guerra, que estaban ya para caer sobre su territorio. Pero lo cierto es, que los socor-

ros que los Franceses diéron á Heyder se reduxéron únicamente á algunos buenos Oficiales, y algunos artilleros, que se incorporáron secretamente á su exército como desertores, sin comprometer á la nacion Francesa, cuyo interes era, no obstante, aprovecharse de la ocasion, que se presentaba, de humillar á la potencia Inglesa en la India.

Continuó Heyder-Aly-Kan en la persuasion de que la corte de Francia no permaneceria espectadora indiferente de una guerra, cuyo éxîto debia proporcionarla las mayores ventajas. Creia, que, si el mal concepto que se tenia del valor de los Indios, quando guerreaban contra un exército Européo, estorbaba al corto número de Franceses que habia en Pondichery tomar abiertamente su partido, recelosos de atraer sobre la colonia, casi indefensa, el resentimiento de los Ingleses; cesaria su indecision quando coronase sus armas la victoria, y quando las esquadras Francesas llegasen á terminar una expedicion empezada por su valor. Con estas miras, no

descuidó procurarse en Carnáte las ventajas políticas, que, hasta entonces, habian determinado los procedimientos de los Franceses y de los Ingleses con los Príncipes Indios.

XXXII.

No se oyó hablar mas de Rajah-Zaëb, desde el sitio de Pondichery. Este antiguo Nabab de Arcáte pasaba obscuramente su vida, ya entre los Máratas, y ya en la corte de Aurengabad. Su competidor Mohammet-Aly-Kan gozaba tranquilamente de la Nababía, baxo la proteccion del Consejo de Madrás, que dominaba efectivamente en Carnáte, mientras el Nabab solo tenia el vano título de Soberano. Heyder-Aly hizo al Subá de Dekan ricos regalos, y lo determino fácilmente á dar la investidura de aquella Nababía á uno de sus hijos. Entonces tenia yo diez y seis años, y el nombre de Typpoo-Sultan no habia adquirido aun celebridad alguna; pero, con todo, fuí elegido para ocupar

aquella dignidad. Hiciéronme casar con la hija de Anaverdi-Kan, predecesor de Chanda-Zaëb en la Subadía; y, para reúnir en mí todos los derechos, me cedió tambien Rajah Zaëb todas sus pretensiones, á condicion de que, despues de la victoria, se le pondria en posesion de Tanjur, de que seria despojado el Rajah, en castigo del asesinato de Chanda-Zaëb.

XXXIII.

Luego que supo Heyder, que Typpoo-Sultan habia sido declarado Nabab de Carnáte por la corte de Aurengabad, encargó á su residente en Madrás una memoria para el Consejo, en la que, despues de haber protestado sus intenciones pacíficas, y despues de haber puesto en oposicion las diferentes muestras de adhesion que habia dado á la Compañía Inglesa, y las odiosas tramas que ésta acababa de urdir para quitarle sus estados, añadia: „Jamas „ignoré que Mohammet-Aly-Kan es á

» quien debo la horrorosa injusticia con
» que la Compañía ha pagado mis buenos
» procedimientos: este usurpador es la causa
» única de las turbulencias que, tanto
» tiempo ha, agitan la península. Debe ser
» castigado por ello. Mis tropas estan en
» marcha. Separad, pues todavía es tiempo,
» vuestra causa de la de ese traidor.
» Abandonad á un hombre, cuya ambicion
» ha ensangrentado el pais tantas
» veces, y cuyas usurpaciones os habeis
» visto precisados á contener algunas.
» No es mi intencion atacar á los Européos;
» pero si deseais conservar la paz,
» dad la prueba de ello, retirando todas
» las guarniciones que teneis en las plazas
» dependientes de la Nababía de Carnáte.
» Sé que dichas plazas son, en vuestras
» manos, una prenda de las sumas que os
» debe Mohammet-Aly: evacuadlas con
» lealtad, que yo me encargo del pago de
» vuestros créditos legítimos; pero os prevengo,
» que, en quantas partes encontrare
» á mis enemigos, los perseguirá mi
» cimitarra."

XXXIV.

Acostumbrada la administracion Inglesa á mirar con desprecio á los Príncipes Indios, quedó extrañamente sorprehendida de un manifiesto en que se atrevian á usar el idioma de la libertad. Ya se ha observado, que Mohammet-Aly-Kan solo tenia el nombre de Nabab de Carnáte: vivia en Arcáte con una pension de cinco millones, que le pagaba la Compañía Inglesa, para mantener su casa, sus Ministros y sus guardias. El Consejo de Madrás exercitaba realmente el poder soberano, militar y civil, baxo la humilde denominacion de arrendador general de las rentas públicas de Carnáte. Tenia en sus manos todas las plazas de guerra: pagaba las tropas, mandadas por Ingleses, ó por Oficiales, que los Ingleses protegian; y si la Compañía dexaba á un Príncipe Indio las muestras exteriores del poder soberano, era porque (convencida por expe-

riencia de que los pueblos, acostumbrados á las fórmulas antiguas, aman los nombres quando ya las cosas no exîsten), queria habituar á los pueblos de Coromandél á la mudanza de dominio, por medio de insensibles transiciones.

La declaracion de guerra hecha, en apariencia, contra Mohammet-Aly-Kan, miraba, pues, directamente á las posesiones Inglesas; y estas no tenian que perder instante en ponerse en estado de defensa. Heyder sacaba otra ventaja de aquel modo indirecto de declarar la guerra al Consejo de Madrás. Se sabe que las dos ciudades de Madrás y de Pondichery fuéron edificadas sobre la extension de la Nababía de Carnáte, con la carga de que los negociantes Européos, recibidos á título de hospitalidad, emplearian sus fuerzas en defensa de los Príncipes del pais, á la primera requisicion de su parte. De aquí los ocultos manejos, las violencias y las perfidias, sucesivamente empleadas por las Compañías Inglesa y Francesa, para tener con los Nababes de Carnáte un crédito, á fa-

vor del qual tomaba su comercio un semblante mas ó menos favorable. Heyder-Aly-Kan, que hizo reconocer á su hijo Typpoo-Sultan Nabab legítimo, por el Subá de Dekan, que tenia el Señorío de Carnáte, poseia el derecho de pedir á los Franceses los socorros, estipulados por los tratados, contra el Consejo de Madrás, mirado como rebelde á la autoridad pública, si tomaba las armas contra él. Este modo de discurrir dió á la corte de Francia un medio de socorrer al Sultan del Masur, Nabab de Carnáte, como auxîliar, sin romper directamente con los Ingleses.

XXXV.

Entró Heyder en campaña, al frente de veinte mil caballos excelentes, contando entre ellos ocho mil Máratas. Su infantería consistia en un cuerpo de ochocientos Franceses, mandados por el Coronel Hughel, y en cinco mil granaderos, divididos en diez batallones de á quinientos hom-

bres. Desde los Oficiales, que mandaban esta tropa, hasta el último cabo, todos eran Franceses. Los granaderos fuéron elegidos por el mismo Heyder, quien no tanto se paró en la alta estatura, quanto en el ayre marcial, en el porte suelto, y en el temperamento robusto. Como exercitados, muy de antemano, en la táctica Européa, y como llenos de valor y de buena voluntad, estaban dispuestos á marchar á la primera órden de su Soberano, que no habia perdonado fatiga ni diligencia para ponerlos en el mejor estado. Dió á cada esquadra, compuesta de siete hombres, incluso en ellos un Sargento, un cocinero, y un buey para que llevase la tienda y el bagage. A cada compañía habia agregados diez jóvenes, de diez y ocho á veinte años, destinados á la guardia del campo, y al reemplazo de los granaderos que faltasen. Estos granaderos executáron en lo sucesivo aquellos movimientos puntuales y rápidos, á que se atribuyéron la mayor parte de sus buenos sucesos.

Podia Heyder contar tambien con

veinte mil Cipayas, armados con fusiles, cuya mayor parte se compráron á los mismos Ingleses. Lo restante de su exército consistia en trabajadores, de quienes se esperaba poquísimo servicio en un dia de accion.

XXXVI.

Decíase, que el Subá de Dekan tenia un exército de cien mil hombres; pero, á la verdad, no constaba arriba de quarenta mil combatientes, esto es, diez mil infantes y treinta mil caballos. Apenas habia dos mil hombres armados con fusiles de servicio. Los demas solo tenian mosquetes con baquetas de madera y mechas. El General, que los mandaba, habia servido á las órdenes de Bussi y de Dupleix. El mismo deploraba el mal estado de su tropa, muy mal pagada sobre todo. La caballería era hermosa; pero mas á propósito para una parada que para un choque. Cada Xefe, como propietario de sus tropas, se-

guia al Subá solo como vasallo del Imperio; y no tenian muy dispuesta la voluntad para aventurar sus soldados y caballos, sino quando los animaba la esperanza del saqueo.

Seguian al exército combinado, segun la costumbre del pais, turbas de negociantes, de artesanos, de mugeres, de vivanderos y de criados, cuyo gentío hacia extendidísimo el campo, y expuesto á ser sorprehendido por los Ingleses, á no haber sido por la vigilancia y actividad de Heyder.

Un tren de artillería de ciento y diez cañones aumentaba la fuerza de aquel armamento temible. La artillería de Heyder era la mas numerosa, la mejor provista de municiones, servida por artilleros Franceses, y llevada por excelentes tiros; pero de sesenta piezas las treinta eran de hierro. La artillería del Subá era, al contrario, toda de fundicion: treinta de sus cañones se fundiéron en Francia: fuéron arrojados sobre la costa, juntamente con una esquadra, por un huracan, en la bahía de

Masulipatnam; y aquel accidente los puso en poder de Nizam-Dula, cuyos predecesores eran dueños de aquella costa. Pero una artillería tan bella era inútil, por falta de municiones, de afustes, de bestias para llevarla, y, sobre todo, de buenos artilleros.

XXXVII.

La potencia de los Ingleses, en la India, estaba entonces en su mas alto grado. Se asegura, que las rentas territoriales de sus vastas posesiones llegaban á doscientos millones. Sus fuerzas no subian á menos de noventa mil hombres. Componíanse de ocho Regimientos de infantería Inglesa, de mil hombres cada uno; de sesenta y quatro Regimientos de Cipayas; de mil y doscientos artilleros; y de mil y doscientos inválidos, destinados á la guardia de algunas fortalezas. Su caballería apenas llegaba á quatro mil hombres, entre los quales solo habia quatrocientos Européos. Dichas fuerzas estaban repartidas en los tres

principales establecimientos Ingleses de Bengala, de Coromandél y de Malabar. Pero la gran distancia de unos á otros impedia el que pudiesen prestarse mutua asistencia.

El General Smith, que mandaba sobre la costa de Coromandél, despues de dexar suficientes guarniciones en todas las plazas, tenia á su disposicion cinco mil Européos; dos mil y quinientos Cipayas; y dos mil y quinientos caballos, de los que doscientos eran Européos; dos mil Indios exercitados á la Européa, mandados por Oficiales Ingleses; y diez y ocho mil caballos Mogoles, mandados por el Nabab Mohammet-Aly-Kan. A estas fuerzas podia añadir Smith cerca de veinte mil hombres pertenecientes al Rajah de Tanjur, y á algunos Paliagares Indios ó Máratas. Y podia tambien obrar una diversion útil, haciendo que atacáran las costas del Masur las tropas Inglesas, que se hallaban en el establecimiento de Bombay.

XXXVIII.

El General Smith estaba al frente de un exército mejor disciplinado y mejor instruido de las diferentes combinaciones militares, que el de su enemigo. Mandaba un cuerpo numeroso de Européos, mirados hasta entonces como invencibles. Tenia ingenieros hábiles, y una artillería muy bien servida; pero la suma inferioridad de su caballería le precisaba á desviarse de las vastas llanuras, y á escoger, para teatro de sus operaciones, los paises montañosos. Por esto no podia impedir á sus contrarios, que devastasen las campiñas, y cortasen sus convoyes; y aun muchas veces le era imposible procurarse el número de bueyes suficientes para conducir su artillería y sus bagages; lo qual le quitaba el oponer una artillería proporcionada á la de Heyder, y le forzaba á economizar sus provisiones de guerra y de boca, mas de lo que hubiera sido necesario

para la prosperidad del exército, y para la actividad del servicio.

Tambien era una desventaja para el exército Ingles el que, mientras Heyder, señor de sus operaciones, se aprovechaba, á gusto suyo, de las ocasiones favorables, tan preciosas en la guerra, Smith estaba subordinado al Consejo de Madrás, cuyas órdenes solian ser, á veces, contrarias á sus miras, y cuya avaricia hacia dependiente la subsistencia del exército de los cálculos de una sociedad de comerciantes, y cuyos socorros eran tan precarios y tan lentos, como sus órdenes solian ser contradictorias ó impracticables.

XXXIX.

Mientras Heyder publicaba sus manifiestos, hacia sus preparativos con mucha diligencia. Pero la inmensa provision de municiones de todos géneros, que acompaña lentamente los exércitos de los Príncipes Indios, ha dado siempre una gran

ventaja á las legiones Européas al principio de las hostilidades. Entró el General Smith en campaña; y, previendo que Heyder-Aly, despues de haber salvado los desfiladeros de los Gates, caeria sobre Arcáte, (para dar allí á reconocer á Typoo-Sultan, Nabab,) se apoderó de los pasos, y de algunas plazas poco fuertes que en ellos habia. Establecidos ya en los desfiladeros, habian sitiado los Ingleses á Kisnagerri, fortaleza harto importante, quando supiéron, que los exércitos de Heyder-Aly, y de Nizam-Dula, se habian reunido, el 24 de Mayo de 1767, sobre las fronteras de Masur, y que se avanzaban para forzar las gargantas de los montes, y entrar en Carnáte. Levantáron los Ingleses el sitio precipitadamente, y se encamináron á los Gates para disputar su paso. El gran talento que, en aquella ocasion, desplegó Heyder, debió convencer al Consejo de Madrás de lo mal que habia hecho en emprender aquella guerra, y de los riesgos que la acompañarian. Tres gargantas se presentaban delante del exército combinado.

La primera, desembocaba sobre Velur y sobre Arcáte. La segunda, sobre Caveri-Patnam, ciudad fuerte, situada sobre el Palier, de la que los Ingleses eran señores. Y la tercera, era totalmente impracticable para la artillería. Los Ingleses se apostáron en términos de defender el paso de Velur. Para ellos era importantísimo estorbar que el exército Indio penetrára por aquella parte en Arcáte, capital de la Nababía de Carnáte. Celebró Heyder un consejo de guerra, en el que se determinó, que era necesario caer sobre Caveri-Patnam; é inmediatamente se puso el exército en marcha para executar la decision. Los Ingleses, que lo supiéron por sus espías, abandonáron la garganta de Velur, y pasáron, atravesando las montañas, al terreno que habia de recorrer el exército combinado; pero aquella marcha era un engaño, cuyo secreto sabia únicamente el Coronel del batallon Frances, que mandaba la vanguardia. Apenas marchó el exército dos horas, quando los Européos, una parte de los granaderos, y algunos regimientos de

Húsares, volviéron rápidamente sobre la derecha, y se apoderáron de la garganta de Velur, donde Smith no habia dexado mas que tropas de Carnáte, las quales huyéron á la vista de la caballería de Heyder. Por lo diestro de esta maniobra pasáron sin obstáculos los exércitos de Heyder-Aly, y de Nizan-Dula, un desfiladero largo, estrecho y tortuoso, en el que un destacamento de dos mil hombres podia detener á un exército numerosísimo.

XL.

Engañados los Ingleses con aquella inesperada evolucion, abandonáron la ciudad de Arcáte, y se retiráron á Singueman, donde empieza una cadena de montezuelos, transversales de los grandes, que van á terminarse en las cercanías de Pondichery. Smith se vió continuadamente provocado, en su retirada, por la caballería enemiga, la qual le hizo algunos prisioneros, y le robó casi todos los bagages. Una triste

experiencia convenció al General Ingles de que los guerreros que tenia al frente no se parecian á los otros Generales Indios con quienes hasta entonces habia guerreado; pero considerando que Heyder-Aly-Kan no vendria á atacarlo, sin haber sitiado á Caveri-Patnam, ó á Vaniam-Bari, cuyas guarniciones podian interceptar los convoyes destinados á la subsistencia de los exércitos combinados; le pareció que el honor nacional le prohibia continuar una retirada con muchos visos de fuga. Su campo, que estaba bien fortificado, tenia por defensa la fortaleza de Singueman, una gran laguna y un rio. El Consejo de Madrás envió á su socorro un cuerpo de quince mil hombres, mandado por el Coronel Wood. Resolvió, pues, aguardar en su posicion la union de los dos exércitos.

XLI.

Despues de haber salvado Heyder-Aly-Kan los desfiladeros de Velur, fue á cam-

par á legua y media de Caveri-Patnam, cuya posicion fué inmediatamente atacada por su caballería. La ciudad está circundada con una muralla vieja, y algunas torres redondas; pero la fortaleza se halla en buen estado, y el Palier lava una parte de sus murallas. Este rio, cuyo cauce es anchísimo, no tenia entonces mas que tres pies de profundidad. Espantados los habitadores de los numerosos exércitos que cubrian la llanura, se apresuráron á llevar los efectos á la ciudadela; y algunos quarteles de la ciudad ardian ya, quando los Indios asaltaban por todas partes para correr al saqueo. Los Ingleses dirigian sobre ellos el fuego de las murallas, y mataban á muchos; pero aquella pérdida no podia retardar la de la fortaleza. Desde aquella noche misma se preparó una batería de veinte piezas de á diez y ocho y de á veinte y quatro. Los Ingleses empezáron á defenderse con bastante vigor; pero, viéndose incomodados por diestros tiradores, que Heyder colocó detras de algunas casillas quemadas, enarboláron la

bandera blanca, despues de un cañoneo de tres horas, y sin haber padecido sus defensas. Maravillado el mismo Heyder de la prontitud de su éxîto, mandó que se accediera á quantas proposiciones se hiciesen. Saliéron las tropas con los honores de la guerra. Los Ingleses obtuviéron el permiso para retirarse á Madrás, seguros de que no los incomodasen en su camino. Los Cipayas quedáron libres para ir donde quisiesen; mas casi todos se alistáron en el exército victorioso.

XLII.

Persuadido el General Smith á que el sitio de Caveri-Patnam duraria, á lo menos, seis semanas, y que tendria tiempo de aguardar, en su campo de Singueman, la llegada del Coronel Wood, quedó sorprehendidísimo al saber que Heyder, despues de haber pasado el rio Palier, marchaba á él con su caballería, su artillería, y una parte de su infantería. El proyecto

de este Príncipe era, luego que llegase lo restante de su infantería, apoderarse de las alturas, entre Singueman y Vandivachi, y estorbar la union de los dos exércitos Ingleses. Hubiera podido Smith verse precisado á rendir las armas, á no haber sabido, á tiempo, las intenciones de Heyder por los muchas espías que pagaba, particularmente en el exército de Nizan-Dula.

En aquel apuro, decampáron los Ingleses, con el mayor silencio, mientras la noche del uno al dos de Setiembre de 1767, para tomar otra posicion mas ventajosa. Mandó Heyder montar á toda su caballería; tomó las armas la poca infantería que habia llegado; y los Húsares y los Dragones saliéron del bosque, al amanecer, para reconocer el exército Ingles. Estaba ya puesto en marcha sobre una sola columna á lo largo del rio, y cubriendo sus bagages. La caballería, dividida en dos cuerpos, formaba la vanguardia y la retaguardia. La columna se dirigia hácia la cima de un collado.

XLIII.

Marchaba Heyder sobre dos columnas. La de Nizan-Dula formaba la derecha. Determinóse el ataque del exército Ingles. Este era dueño del collado por la torpeza de las tropas de Nizan-Dula, encargadas de tomarlo, que se mantuviéron siempre muy desviadas del enemigo. Smith tenia baxo sus órdenes tres mil Ingleses, diez mil Cipayas, dos mil caballos, y cinco mil hombres de las tropas de Carnáte, mandadas por Mohammet-Aly-Kan. Este exército estaba en batalla sobre una sola línea. Los Ingleses en el centro, á excepcion de seiscientos granaderos ó voluntarios, separados en dos cuerpos, que cerraban la línea á derecha é izquierda. La artillería, compuesta de veinte y quatro cañones de campaña, estaba colocada delante de los regimientos. La caballería, dividida en dos cuerpos, protegia los bagages, colocados á la retaguardia del exército. El collado pre-

sentaba una pendiente muy suave; pero estaba cubierto, en toda su longitud, de matorrales que detenian la caballería, y retardaban la marcha de la infantería.—A todo esto, los cinco mil granaderos de Heyder ganaban terreno, y con un denuedo, que pasmó á los Ingleses. Iban sostenidos por sesenta piezas de grueso calibre, apuntadas por hábiles artilleros, que hacian grandísimo estrago en la infantería Inglesa, totalmente descubierta; á tiempo que la artillería de los Ingleses incomodaba poco á la infantería de Heyder, por la dificultad de apuntar bien hácia abaxo. A pesar del corto servicio que Heyder sacó aquel dia de la caballería, es cierto que Smith hubiera sido derrotado, si el exército del Subá de Dekan hubiera auxîliado á los Misoreános. Solo la noche puso fin al fuego de ámbos exércitos. Quedáron á la vista, con señales de continuar el choque al salir el sol; pero, á eso de las once de la noche, notáron que los Ingleses se retiraban silenciosamente. Prohibió Heyder perturbar su retirada, ya porque su

infantería necesitase precisamente de socorro, ya porque hubiera sido expuestísimo que su caballería atacase á la infantería Inglesa de noche. Al apuntar el dia, todo el exército se puso á perseguir á los fugitivos.

Para apresurar su marcha los Ingleses hácia Vandivachi, donde habia de unírseles la division del Coronel Wood, echáron sus provisiones de guerra y de boca en el Palier, de donde los Indios sacáron los barriles de balas, y los sacos de arroz. Abandonáron tambien casi todos los equipages del exército, y hasta la vaxilla de plata del General; pero, por medio de estos sacrificios, se aseguráron en el campo retrincherado de Tirnmalé, á tres leguas de Vandivachi, sin mas pérdida, supuesta la primera, que la de algunos soldados débiles, que se quedáron atras, y dos cañoncillos de hierro, que abandonáron en el camino.

LXIV.

Llevándose Heyder á los Ingleses por delante, fué á campar á una legua y media de Tirnmalé, en un puesto que la naturaleza hizo casi inexpugnable. Estaba colocado el campo en el centro de un agradable valle, circuido de rocas, que le servian de baluartes. Dos aberturas, que parecian hechas por manos de hombres, daban entrada á él; una al Oeste, hácia el pais de Masur, y otra al Este, hácia el lado del enemigo. Heyder construyó, delante de esta última abertura, un ancho reducto, coronado de cañones.

Los dos objetos del General Smith eran verificar su union con el Coronel Wood, á quien aguardaba de dia en dia, y venir á una accion general, quando hallase una ocasion en que los Indios no pudiesen usar de su caballería. La division que subsistió casi siempre entre el Subá de Dekan y Heyder-Aly, quitó á este impe-

dir aquella union, que aumentó muy presto el exército Ingles hasta treinta mil hombres, entre los quales se contaban cinco mil Européos. Pero el General Smith no se atrevia á exponerse en la llanura. Multiplicó, sí, las marchas y contramarchas, persuadido á que el Subá de Dekan se cansaria luego de aquella guerra de astucias, lo acometeria imprudentemente, y entonces la dispersion de su exército le proporcionaria la ocasion de lograr alguna ventaja importante sobre el de Heyder-Aly. Así sucedió.

Persuadidò Heyder á que, sin pelear con sus enemigos, los reduciria á las últimas extremidades, devastando todas las campiñas de los alrededores, encerrado en su campo de Tirnmalé, desde donde estaban libres sus comunicaciones hasta el Masur; empleó su numerosa caballería en destruir una parte de los convoyes, que enviaban de Madrás al General Smith. Determinó, pues, cortar totalmente aquella comunicacion, comisionando un cuerpo de caballería, que llevase la devastacion

hasta las mismas puertas de Madrás.

XLV.

Aun no habia yo tenido mando alguno. Confióme Heyder para aquella expedicion cinco mil caballos de su mejor caballería. Hussein recibió la órden de dirigir mi inexperiencia. Marcháron los Indios con tanta celeridad, que Boschîer, Gobernador de Madrás, el Ingeniero en xefe Call, y algunos miembros del Consejo, que estaban desayunándose en el campo, en los jardines de la Compañía, estuviéron á pique de caer entre sus manos. El criado de un emisario, que tenian en el campo de Heyder, apenas tuvo tiempo para anunciarles la llegada de Typpoo-Zaïb. Cortóseles la retirada á Madrás, y debiéron su salvacion á un barquillo, que, por casualidad, estaba á la orilla del mar, junto al jardin. Aquella inesperada invasion consternó infinitamente á la plaza. Los habitantes del pueblo negro, sobre-

saltados con lo que les decian los fugitivos, que ponderaban, segun costumbre, las fuerzas de los enemigos, abandonáron sus casas, y se refugiáron, de tropel, al fuerte San Jorge. En un instante se viéron llenas de gente las calles, las plazas y los fosos. Costó mucho al Gobernador abrirse paso para entrar en su casa. No podia dar órden alguna por lo atribulado de su ánimo. La guarnicion no era mas que de doscientos Européos y de seiscientos Cipayas. El Coronel Call mandó tomar las armas á quantos Européos pudo juntar; pero siempre se ha dado por cierto, que, si los Indios se hubieran presentado á las puertas de la ciudadela mezclados con el pueblo que huia, la plaza hubiera sido infaliblemente tomada.

Libróse Madrás, porque las órdenes precisas de Heyder eran contentarse con asolarlo todo en torno de la plaza, sin intentar tomarla; y que los Generales no se atreviesen á aventurar mi vida exponiéndome baxo el cañon de la plaza. Y debo ahora confesar, que mi inexperiencia pre-

servó á los Ingleses de una pérdida de mas de quinientos millones que hubieran sufrido (sin habernos expuesto á riesgo alguno) con solo quemarles el pueblo negro. Y aun es de presumir, que se hubiera forzado al Consejo á hacer la paz, baxo las condiciones mas duras, habiéndolo amenazado con dicho incendio.

XLVI.

Entre tanto que la caballería Misoreana destruia totalmente las magníficas casas de placer que rodeaban á Madrás, continuó Heyder apoderándose de los convoyes enviados al exército Ingles, campado en Tirmmalé. Ya se daba á sentir en él la hambre, quando las tropas del Subá de Dekan, aburridas de la inaccion en que las tenian, y juzgando de la debilidad de los Ingleses por su prudente conducta, resolviéron atacarlos el dia 22 de Setiembre de 1767, á las dos de la tarde. Heyder, que vió empeñada la batalla, se vió constreñi-

do á tomar parte en ella. El mismo iba mandando su infantería, al tiempo que vió toda la de Nizan-Dula huir á carrera, á los primeros cañonazos tirados por los Ingleses. No tardó la caballería en hacer otro tanto. Todos aquellos fugitivos atravesáron por el exército de Heyder, sembrando en él el terror y el desórden. Llegó Heyder á temer alguna traicion, esto es, que, mientras él peleaba, fuese su campo saqueado por el exército de Dekan. Aumentó su consternacion la noche, que ya estaba cerca. De nada podia servirle su caballería en un terreno cortado y peñascoso. Sostuvo, no obstante, el esfuerzo de los Ingleses hasta la noche. Entonces mandó tocar la retirada, y llevó las tropas á su campo, sin dexar á Smith, por señal de su victoria, mas que un cañon de hierro. Los Ingleses lo siguiéron hasta los reductos; pero no se atreviéron á atacarlos.

XLVII.

Estaba el campo de Heyder desordenadísimo. Los criados y adherentes del exército, asustados de la precipitada fuga del Subá de Dekan y de su exército, huyéron tambien, sin abatir siquiera las tiendas. Nizan-Dula dexó en poder de los Ingleses la mayor parte de su bella artillería y de sus bagages; y no hubo cosa que lo detuviera en su fuga hasta que se vió seguro en Caveri-Patnam. Nada se le dió á Heyder del contratiempo que acababa de sufrir, pues no le costaba mas que quatrocientos hombres; pero una parte de sus soldados se mostraba como sorprehendida y vacilante; y, fuera de esto, la estacion de las lluvias iba á inundar el valle en que campaban. Tomó, pues, la resolucion de enviar á Caveri-Patnam su artillería y municiones, baxo la escolta de una parte de su caballería, mientras que, con lo restante de sus tropas, pasaba la

noche al frente de su campo, por la parte del enemigo. Presentáronse los Ingleses al alba para volver al ataque; pero se contuviéron por lo bueno de su posicion, y por lo denodado de su ayre, de manera que no se atreviéron á intentar el ataque. Entre tanto, su artillería y bagages atravesaban los desfiladeros, y ganaban la llanura. Replegóse entonces Heyder á su exército, haciendo él mismo la retaguardia con sus granaderos, los que no quisiéron ceder este puesto de honor á la caballería hasta que se acabáron de pasar los desfiladeros.

Corrió rápidamente por toda la India el éxîto de la batalla de Tirnmalé. Las circunstancias tomaban cuerpo, en razon de la extension del pais que recorrian las noticias, variándolas relativamente á los amigos y enemigos de los Ingleses. El fuerte San Jorge, siempre bloqueado por la caballería de Heyder, anunció el suceso con cien cañonazos; y distribuyó relaciones ponderadas de las ventajas logradas por el General Smith. Aun no habian tenido los

Generales Indios noticias oficiales de la accion. Sin embargo, celebráron un consejo, cuyo resultado fué juntarse con el exército en Caveri-Patnam.

La estacion lluviosa obligó á todos los exércitos á tomar quarteles de acantonamiento. Los Indios estaban distribuidos en Caveri-Patnam, Kisnagerri, Taule, y Banguelur. Los Ingleses, despues de haber puesto fuertes guarniciones en Trinomali, Vaniambari, y Ambur, amenazadas por los Indios, alojáron á lo demas de sus tropas en las cercanías de Velur y de Vantavachi.

XLVIII.

Mientras el quartel general de Nizan-Dula y de Heyder-Aly-Kan, estaba en la llanura, á cinco leguas de Caveri-Patnam, conviniéron ambos aliados en la separacion de sus exércitos, y en que, mientras Heyder guerreaba en Carnáte con Mohammet-Aly-Kan, el Subá de Dekan atacaria á los Ingleses, por la parte de Masu-

lipatnam, para dividir sus fuerzas. Heyder se intimidó poco por la pérdida de la batalla de Tirnmalé, que atribuyó justamente á la indisciplina de las tropas del Subá de Dekan; pero sí receló las conseqüencias de aquella indisciplina, y de sus efectos, para sus propias tropas; y este recelo le hizo desear con ansia la separacion. Y el Subá, que veia la conquista del pais de Arcáte mas lejos de lo que habia creido, buscaba las ocasiones de terminar la guerra; pero no queria perder las grandes sumas que le habia prometido Heyder, porque armara en favor suyo. Se propuso que el Subá dexaria á Heyder seis mil hombres de infantería á su eleccion, para que dispusiera de ellos á su arbitrio; y que, con lo restante de sus tropas, obraria Nizan-Dula segun lo juzgase conveniente á los intereses comunes. Adoptáronse estas proposiciones, con aparente cordialidad, por unos Príncipes cuyo carácter era recíprocamente antipático. Se diéron, con abundancia, protestas mútuas de amistad y de estimacion, y ocultáron, con mucho

arte, la desconfianza que fermentaba en sus corazones, con el excesivo luxô y esplendor, que alternativamente ostentáron, como en señal de su recíproco afecto y consideracion.

XLIX.

Apenas las lluvias, que comenzaban á cesar á fines de Noviembre, permitiéron á los caminos afirmarse, quando ya estaba unido el exército de Heyder, preparándose á borrar la memoria de su derrota con alguna considerable hazaña. La primera plaza que se presentó fué Vaniambari. A favor de casas viejas, de tapias y de árboles, que habia alderredor de aquella plaza, hubo modo de aproxîmarse, sin precision de abrir trinchera. Consistia la guarnicion en un regimiento de Cipayas, y en un destacamento de treinta Européos. Catorce cañones, que fuéron prontamente desmontados por los sitiadores, formaba toda su artillería. Habia provisiones de guerra y de boca en abundancia, y no fal-

taban trabajadores para reparar los afustes quebrantados por el cañon enemigo. Con todo, Vaniambari fue tomada casi sin resistencia. Los Européos prometiéron no servir en un año contra Heyder, y casi todos los Cipayas se alistáron en su exército. Marcháron inmediatamente los Indios para embestir á Velur, que era una plaza célebre por la batalla ganada, en sus cercanías, á Anaverdi-Kan, padre de Mohammet-Aly, por los Franceses, mandados por D'Auteuil, y por las tropas de Muza-Fer-Zind.

L.

Habia juntado la Compañía Inglesa en Ambur inmensas provisiones de guerra y de boca, para favorecer sus operaciones sobre las fronteras de Heyder-Aly. Estaba la plaza fortificada por el arte y por la naturaleza. Al pie de la ciudadela, edificada sobre la cima de una montaña inaccesible, habian construido otro fuerte, circundado

de baluartes, con caminos cubiertos y explanadas. Dicho fuerte cubria una ciudad bastante grande, cercada con un muro de ladrillo, con baluartes redondos, y con un foso seco. Tambien estaba defendida la mitad de la plaza con una gran laguna, en cuyo extremo habian construido un reducto. Animadas las tropas de Heyder con la toma de Vaniambari, se lisonjeáron de tomar á Ambur por asalto. Encontráron, en efecto, poquísima resistencia sobre las murallas de la plaza. La guarnicion habia puesto toda su confianza en el fuerte y en la ciudadela. Fué acometido inmediatamente el fuerte con tal viveza, que los Ingleses, temiendo ser prisioneros, lo abandonáron al instante. Se halláron en él diez y ocho cañones de bronce, tres mil fusiles, y muchas municiones de guerra y de boca.

No fué tan dichosa la tentativa contra la ciudadela. Maravillado el mismo Heyder de la facilidad con que tomaba las plazas Inglesas, porfió en aquel sitio, á pesar de los avisos, que le llegaban de todas par-

tes, de que se reunian los Ingleses en las inmediaciones de Velur. Sus mejores Oficiales le aconsejaban, que marchase sin detencion sobre Velur, de donde solo distaba diez leguas. Hallándose, como se hallaba entonces, en el centro de los quarteles Ingleses, dispersados á mas de treinta leguas en contorno, hubiera interceptado la reunion de sus fuerzas, que eran de tanta mayor consideracion, quanto les llegaba de Bengala un refuerzo de seis mil hombres. Pero tambien, por otra parte, haciéndose los Indios dueños del castillo de Ambur, se apoderaban de todos los preparativos que los Ingleses habian hecho para la campaña próxîma, y hacian imposibles, por mucho tiempo, todas las disposiciones ofensivas de su parte. Continuábase el sitio con ardor; y como los fosos de la plaza servian de trinchera, favorecian los aproches; pero apenas se descubrian las baterías sitiadoras, quando las del castillo las desmontaban. Los guerreros mas valerosos iban siendo cada dia víctimas de aquella temeraria empresa. Do-

minaba una roca al castillo; y Heyder consiguió situar en ella algunos cañones; pero los Ingleses levantáron, en dos dias, un caballero, que inutilizó los trabajos de los sitiadores; de manera, que, al cabo de diez y siete dias de vigorosos esfuerzos, no estaba el sitio mas adelantado que á los principios. En aquellas circunstancias, supiéron, que el exército Ingles, reunido en Velur, marchaba al socorro de la plaza. Vióse Heyder precisado á levantar el sitio, y á llevar su exército á Vaniambari, donde, en un puesto ventajoso, resolvió aguardar á los Ingleses.

LI.

El exército de Smîth, compuesto de treinta mil hombres, entre los quales se contaban cinco mil Européos, se presentó delante de Vaniambari el dia 8 de Diciembre. Heyder tenia á sus órdenes cincuenta mil combatientes. La caballería, que formaba la mitad de su fuerza, servia

de poco en un pais montañoso. No contaba tampoco mucho el General con los seis mil infantes que le dexó Nizan-Dula; y así su exército era realmente inferior al de los. Ingleses, que, ademas, contaba con una artillería muy bien servida.

El exército de Heyder tenia su derecha apoyada á la ciudadela de Vaniambari; y su izquierda defendida por un terreno pantanoso, que no era posible pasar. Por su frente corria el Palier. Las orillas de la parte del rio Vadeable estaban defendidas con reductos. Empezó la batalla á medio dia por un fuego de cañon, que duró tres horas, sin que pudiera preverse de qué partido seria la victoria. Hughel, Comandante del batallon Frances, admirado de las bizarras acciones de una columna Inglesa, que arrollaba la izquierda del exército, avanzó, sin ser sostenido, para atacarla. De un cañonazo matáron el caballo á Hughel, quien se vió al instante rodeado, y hecho prisionero, por los dragones Ingleses. Este contratiempo, y el fuego superior de los Ingleses, hiciéron á

los Franceses retroceder. Heyder, sin obstinarse inútilmente, tocó la retirada, que se verificó en buen órden. Quedáron los Ingleses dueños de Vaniambari, y los Indios se retiráron á Caveri-Patnam.

LII.

Mezcláronse proposiciones de paz con los horrores de la guerra. Quando Heyder-Aly-Kan empezó sus expediciones, se lisonjeó de que una esquadra temible, enviada por la corte de Francia, favoreceria, por mar, sus operaciones de tierra, y le proporcionaria los artilleros, que empezaban á faltarle. Choiseul tenia, á la sazon, con Luis XV un crédito únicamente contrarrestado por el de la favorecida Dubarry, muger bellísima y de poco talento; pero dirigida por unos hombres, á quienes nada importaba el bien y el honor de la Francia. El Ministro, que era activo, laborioso é inteligente, se hacia necesario á su dueño, por la facilidad con

que trabajaba, y por su escrupulosa atencion á evitarle hasta el menor esfuerzo del entendimiento. La favorecida le dominaba con los atractivos de los deleytes de que henchia su alma inactiva y desocupada. Todo el mundo convenia en que si la Francia tomaba abiertamente el partido de Heyder-Aly-Kan, era llegado el instante de humillar á la orgullosa Inglaterra. Hablábase de ello en las cenas privadas de Choiseul, de Trianon, y de Bellevue. Los exquisitos vinos y licores, vertidos por las manos de las gracias semi-desnudas, hacian inmediatamente diversion á tan cruentas ideas. No querian, por una gloria incierta, dexar de coronarse de flores. Amenazado el Ministro de ser despedido y vuelto al polvo de sus estantes, se reduxo á trocar la trompeta guerrera por la lira de Anacreon. Pero el resultado de sus combinaciones políticas iba á traer aquella guerra, que á todos los cortesanos importaba evitar. Unas contestaciones sobrevenidas entre Ingleses y Españoles, sobre la isla de Falkland, subministraban el pretexto; y el

fuego de la discordia, que se manifestaba entre los Ingleses y sus colonias Americanas, aseguraban el éxîto. Las tortuosas maniobras de un oculto manejo trastornáron los proyectos de la política. El mismo Choiseul, á pesar de su gran talento, quedó envuelto entre los escombros de la caida de su sistema. No recibiéron entonces los Ingleses el justo castigo de las atrocidades que cometian en Bengala, y de que pronto se hablará; pero el miedo que tuviéron de que los Franceses abrieran los ojos, y se juntáran con Heyder-Aly para echarlos enteramente del Indostan, los forzó, antes de mucho, á hacer, con aquel guerrero, una paz que le fué ventajosa.

LIII.

Como Heyder estaba tan distante de la Francia para ver, ni aun para concebir, los ocultos resortes que movian al Gabinete de Versalles, se maravillaba de no ver llegar á las costas del Indostan á los Fran-

ceses, á quienes su valor proporcionaba una ocasion, acaso única, de vengarse completamente de sus enemigos, y de recobrar su gloria y su pasada fortuna en aquellos ricos climas. Convencido, pues, de que, sin ser dueño de la mar, era imposible prevalecer sobre una potencia marítima, le pareció prudente dexar, para otro tiempo, la execucion de sus proyectos vastos, y prepararse para otra nueva guerra, entre los ocios de la paz. El Subá de Dekan, que era menos odioso al Consejo de Madrás, fué comisionado para dar los primeros pasos. Tambien en aquella ocasion empleáron los Ingleses aquel dolo y aquella duplicidad con que prendiéron en sus redes á casi todos los Príncipes Indios. Baxo pretexto de que los intereses del Subá de Dekan, y los del Sultan de Maysur, eran del todo diferentes, propusiéron seguir, con separacion, las dos negociaciones. Concluyóse presto la paz con el Subá de Dekan. Prometiéronle grandes sumas de dinero, que nunca le pagáron. Reconoció, por su parte, á Mohammet-Aly,

Kan, Subá de Carnáte, y confirmó á la Compañía en la posesion de las quatro provincias, que le fuéron cedidas al Norte de Masulipatnam. Entonces se multiplicáron las dificultades relativas á los artículos de pacificacion, que concernian á Heyder-Aly-Kan. Smith y Wood recibiéron órdenes para continuar la guerra con el mas grande vigor, mientras entretenian á los Plenipotenciarios con proposiciones ociosas; y mientras Nizan-Dula, que miraba la paz general como próxîma, no enviaba ya á su aliado los socorros prometidos. Lisonjeáronse los Ingleses de que, por medio de aquella supercheria, se realizarian las brillantes quimeras que origináron las hostilidades, y dominarian, ó por la astucia ó por la fuerza, sobre la parte meridional de la península.

LIV.

Mientras Smith y Wood, con sus fuerzas divididas, atacáron, por dos partes,

los estados de Heyder-Aly-Kan, (que no hacia uso de todos los recursos que le quedaban en sus vastos estados, porque creia próxîma la paz) una esquadra Británica, que salió de Bombay á principios de Marzo, con ocho mil hombres de desembarco, acometió la rada y el fuerte de Manguelor, donde casi toda la marina de Heyder estaba congregada. El fuego de las bombas, arrojadas por los Ingleses, consternó al momento á los habitadores de una ciudad, dada únicamente á las pacíficas especulaciones del comercio, y con natural horror á las plagas de la guerra. Temerosos de ver sus almacenes incendiados, rehusáron unirse á la pobre guarnicion, dexada para custodia de la fortaleza. Fué tomada despues de tres semanas de sitio. Las fuerzas marítimas de Heyder, que consistian en un navío de cincuenta cañones, y algunos buques del pais, cayéron en poder del vencedor; quien tambien halló en la plaza una artillería numerosa. Así que el Consejo de Madrás lo supo, rompió súbitamente las negociaciones pacíficas, y

declaró que Heyder-Aly no tenia paz que esperar, mientras no entregase á los Consejos de Bombay y de Madrás todas sus plazas de guerra, y mientras no se abandonase á la discrecion de la Compañía, para lo relativo á su subsistencia y la de su familia.

No era Heyder de aquellos guerreros que los contratiempos intimidan; antes, muy al contrario, su alma grande se mostraba superior á los riesgos en las ocasiones peligrosas. Yo fuí el comisionado para marchar delante con quatro mil caballos. Heyder mismo se puso en marcha al frente de la mitad de sus granaderos y de su artillería, dexando lo restante de su exército á Moctum y á Hussein, con órden de provocar á los dos exércitos Ingleses; pero de no aventurarse á nada decisivo hasta su vuelta.

LV.

Marché con el ardor de un jóven deseoso de adquirir gloria. Llegué muy pron-

to al Canará, cuyos pueblos, confiadísimos en el hijo de su Soberano, se alistáron, en turbas, baxo mis banderas. Adelantéme hácia Manguelor, seguido de las tropas que se juntaban de todas partes, y me hallé á la vista del campo ingles, antes de que sus Generales hubiesen recibido aviso alguno de mi llegada. Me aproveché del susto, que la aparicion súbita de mi exército causó entre los Cipayas é Ingleses, y me presenté, con sable en mano, sin dar reposo alguno á las tropas. Fuéron arrolladas las guardias avanzadas; derramóse por todo el campo un pánico terror; y persiguiéron los Indios á los Ingleses hasta en las mismas calles de Manguelor, donde la caballería de Heyder entró mezclada con los fugitivos. Maravillada la tropa de ver el campo Ingles abandonado, se dió al pillage. Fué tan completa la derrota de los Ingleses, que, en vez de aprovecharse, para reunirse, del desórden que ocasionaba la sed del saqueo entre los Indios, arrojáron sus armas. Algunos pocos se salváron en los

navíos, en donde, sin saber por que, introduxéron el terror; de manera, que se les vió hacerse inmediatamente á la vela, buscando su salvacion en una pronta fuga. Fuéron hechos prisioneros, con todas sus armas, el Genéral Ingles, seiscientos y ochenta Ingleses, y seis mil Cipayas; y, ademas, todos los equipages del exército. Heyder llegó á Manguelor al dia siguiente de la victoria; y solo se detuvo lo necesario para ponerla al abrigo de otro ataque; y, habiendo mandado llevar sus prisioneros á las ciudadelas de Sering-Patnam y de Heyder-Nagur, se volvió á sus exércitos de Carnáte, adonde llegó á los primeros de Julio de 1768.

LVI.

El exército Ingles, como ya diximos, se dividió en dos cuerpos. El uno, baxo las órdenes de Smith, hizo frente á las tropas que Heyder dexó á su cuñado Moctum. Y el otro, mandado por el Co-

ronel Wood, que no tenia contrario con quien reñir, tomó, casi sin resistencia, quantas plazas tenia Heyder-Aly en los valles que preceden á la gran cadena de las montañas de los Gates. Una sola plaza, llámada *Darmapuri*, mandada por el anciano Coronel Pinda-Kan, sostuvo un sitio porfiado. El Coronel Wood cometió, en aquella sazon, una falta, que no podrán subsanar todos los buenos resultados de su expedicion. Ya estaba la brecha abierta y el foso lleno; y los valerosos sitiadores enarbolaban la bandera blanca. A la vista de aquella señal de paz, mandó Wood dar el asalto. Toda la guarnicion, con el Comandante y su hijo, fuéron pasados á cuchillo. ¡Accion atroz, que atraxo á los Ingleses las mas terribles represalias! Algun tiempo despues, hizo Moctum matar, á sangre fria, un cuerpo considerable de Cipayas Ingleses en las llanuras de Ovitor; y el mismo Heyder aborrecia tanto al Coronel Wood, que siempre atacó con preferencia al cuerpo que él mandaba; y si le hubiera caido

entre las manos, lo hubiera castigado, sin duda, rigorosamente por la atrocidad con que se culpó.

Despues de la toma de Darmapuri, se unió Wood al exército de Smith, segun las órdenes que acababa de recibir del Consejo de Madrás. Ignorábanse todavía en aquella ciudad los reveses, que fuéron conseqüencia de los primeros sucesos de la esquadra de Bombay en Canará; y, persuadidos los Ingleses de que aquella division se habia apoderado de Heyder-Nagur, y de que bastaba solo salirla al encuentro para subyugar totalmente los estados de Heyder-Aly-Kan, mandáron á los Generales que se internasen en el pais. La invasion de Canará y de Masur parecia tan segura, que, para partir los imaginarios despojos, acababa de enviar el Consejo de Madrás al campo de Smith, con una pompa nunca vista aun entre los Indios, al Nabab Mohammet-Aly-Kan, al Ingeniero en Xefe Call, y al Consejero Mackis, en calidad de Comisarios plenipotenciarios.

LVII.

El exército, que se componia de treinta y cinco mil hombres, halló pocos obstáculos en el camino. Solo la fortaleza de Banguelur se opuso á su marcha sobre Heyder-Nagur y Siring-Patnam; pero aquella plaza exîgia un sitio formal, que podia ser largo. Nada les quedó que hacer á los Ingleses para acelerar su conquista. Diez y seis morteros, treinta y tres cañones de á treinta y seis, otros cincuenta de menor calibre, pólvora, bombas y balas en abundancia, se transportáron á Madrás. La dificultad de suministrarse bestias de carga y de tiro, para conducir un armamento tan grande, por un espacio de ochenta leguas de pais, no arredró á una Compañía, que miraba aquella expedicion como una operacion de comercio, en la que, á unos adelantamientos grandes, habian de seguirse provechos todavía mayores. Finalmente, llegáron la artillería y las muni-

ciones á Oscota, pueblo pequeño á seis leguas de Banguelor, donde los comisarios del Consejo de Madrás estableciéron su corte. Ya se preparaban á empezar el sitio, quando se esparció la nueva en el campo de que el exército de Bombay habia sido forzado á rendir las armas en Manguelor, y de que Heyder-Aly-Kan, victorioso, volaba al socorro de Banguelor con todas las fuerzas de sus estados.

LVIII.

El exército Ingles, que estaba muy bien provisto de municiones de guerra, empezó á escasear de subsistencias, porque el General Moctum-Aly-Kan interceptaba una parte de sus convoyes, y desbarataba otros, quando no podia llevárselos. Vino al instante el desaliento á aumentar la penuria. Todo suceso ulterior era evidentemente imposible, y la retirada, por entre montes altos, que era menester atravesar, podia ser, á cada instante, cortada por un

exército superior, favorecido por los habitadores del pais.

Propúsose el sitio del fuertecillo de Ballapur, edificado en el parage donde comienza á ser navegable el rio Paler, que entra en el Océano junto á Sadrás. Dueños ya de aquel fuerte los Ingleses, podian, con mas facilidad, proporcionarse las provisiones que les faltaban, ó, á lo menos, transportar al rio, fuera del teatro de la guerra, la artillería y bagages, cuyo peso retardaba la marcha del exército.

LIX.

No pudo lograr el infatigable Heyder impedir á Smith que llegase al frente de Ballapur, y que abriese la trinchera. Pero, asegurado de la buena defensa que haria el Comandante, levantó el campo en la noche del uno al dos de Agosto de 1768; y, por medio de una de aquellas marchas rápidas, que él solo sabia hacer, se presentó su exército, al amanecer, delante de

Oscota. Mandó atacar el arrabal de dicha plaza, defendido por un simple atrincheramiento de tierra, y por un foso, que acababan los Ingleses de abrir. Sacó de un hospital un gran número de soldados, que en él habia heridos ó enfermos; y, queriendo intimidar al Nabab Mohammet-Aly-Kan, cuyo pusilánime carácter conoçia, mandó preparar las escalas para asaltar la plaza. Anunciáron las trompetas en el campo recompensas grandes al exército, si se tomaba por asalto la plaza, y especialmente, si se conseguia hacer prisionero al Nabab Mohammet-Aly-Kan. Algunos prisioneros, cuya evasion se protegió, acabáron de amedrentar al Nabab de Carnáte y al Consejero Mackis, ponderando los preparativos de Heyder-Aly, y sus proyectos de venganza. El General Smith tenia el encargo de executar puntualmente las órdenes de los Plenipotenciarios. Fuéron inútiles todas las representaciones del Ingeniero Call. Mandóse tambien al General, que levantára luego luego el sitio de Ballapur, y que cubriese á

Oscota con su exército. Precisado Smith á obedecer, y á abandonar una empresa, cuyo éxîto prometia alguna felicidad á sus operaciones, resolvió, desde entonces, hacer dexacion de un mando, que no le producia mas que disgustos.

Estaba el exército en vísperas de carecer de arroz y de carne. La hambre que amenazaba, obligó á los Generales á destacar cuerpos de corto número, que fuesen á las montañas y á los valles á tomar las pocas subsistencias que hallasen entre sus habitadores. Algunas veces les salian bien sus correrías; pero muchas mas eran sorprehendidos y derrotados por la caballería de Heyder, que incesantemente los perseguia. Los tres Comisarios (cuya ridícula mision hubiera excitado los sarcasmos del exército, á haberle permitido chancearse su embarazosa posicion) temiéron caer en manos de aquel mismo, cuyos estados se habian encargado imprudentemente de dividir; y aguardáron, con inquietud, la vuelta de los correos despachados á Madrás, para saber á que habian de atenerse.

Llegáron, en fin, las órdenes para evacuar el Masur. Fué preciso abandonar en Oscota todo aquel monton de artillería y de municiones, que, en vez de fulminar á Banguelor, fuéron presa del vencedor. Estaba ya inmediata la estacion de las lluvias; y el exército Ingles no tenia tiempo que perder para pasar los desfiladeros de los Gates, antes de que las muchas aguas hiciesen su paso enteramente impracticable. Advertido Heyder de las disposiciones que se daban, se aprovechó de la diligencia que su caballería era capaz de hacer, en ciertas ocasiones, y, por medio de algunas evoluciones diestras, se apoderó de las gargantas, por donde era mas fácil conducir la artillería y los bagages. La retirada de los Ingleses, precipitada por la hambre, iba haciéndose mas y mas dificultosa; pero, al cabo, consiguiéron penetrar hasta las cercanías de Velur en el mes de Noviembre de 1768.

LX.

Hallábase entonces el exército Ingles en un estado muy deplorable. De treinta y cinco mil hombres que lo componian en la primavera, apenas habian sobrevivido doce mil á las fatigas de la campaña. Los soldados estaban desnudos y descalzos. Solo ocho cañones de campaña pudiéron salvar de toda la artillería. Todos los equipages quedáron á merced de los Indios; y el Sultan de Masur entró, sin disparar un tiro, en todas las plazas que le habia quitado Wood, mientras él fué á vencer los Ingleses de Bombay. Aquella expedicion novelesca (de la que los Ingleses se prometiéron nada menos que la conquista de todo un Reyno) les costó, al contrario, mas de doscientos millones; y el ser irreparables algunas de las pérdidas que tuviéron.

LXI.

Las grandes lluvias, que duráron hásta mediado Diciembre, mantuviéron en la inaccion á los Ingleses y á los Indios. Pero reynaba en Madrás la consternacion, y ocupaban el lugar de las desvanecidas esperanzas, las sangrientas inculpaciones. Esforzábanse los Plenipotenciarios á atribuir la ruina de su mal digerido plan al General Smith, que no cesó de demostrar sus inconvenientes. Lisonjeóse, sin embargo, el Consejo de trocar los sucesos, eligiendo un nuevo modo de execucion. Fuéron revocados los poderes de los Comisarios, y encargado Smith solo de la direccion general del exército, con tal que indicase algun plan, que pudiera indemnizar de los gastos de la guerra, y corresponder á las miras de la Compañía, al principio de las hostilidades.

Convencido el General de que ya no era tiempo de que él aceptára semejante

poder, hallándose los negocios totalmente desesperados, se guardó muy bien de caer en el lazo que le armaban; y así, sin obstinarse en una conquista imposible, se apartó del exército, dexando su mando al Coronel Wood. Tenia la Compañía formado un gran concepto de los talentos del General Smith, á causa de los buenos sucesos que habia logrado; pero Heyder, que lo sorprehendió y batió muchas veces, (porque no era amante de aquella disciplina exâcta, que únicamente dió á los Ingleses la superioridad que sobre él habian tenido) se lisonjeó de un logro completo así que supo la mudanza.

LXII.

Apenas la primavera permitió á las tropas entrar en campaña, quando Heyder-Aly dividió su caballería en tres cuerpos, dexando toda su infantería, su artillería y sus provisiones en el campo retrincherado de Tirnmalé. Tomó el mando del pri-

mer cuerpo, y dió el de los otros dos á Moctum, su cuñado, y á Hussein, su amigo. A cada division, compuesta de ocho mil caballos, acompañaban quinientos granaderos, á quienes llevaban á la grupa en las ocasiones que pedian mucha prontitud. La celeridad con que estos tres cuerpos caminaban hácia diversos puntos, parecia que los multiplicaba. Como llegaban de todas partes las nuevas de su aparicion, no sabia Wood que terreno era preciso proteger con preferencia. Su exército, que consistia principalmente en infantería, menudeaba inútiles marchas forzadas, que fatigaban excesivamente á las tropas, sin lograr encontrarse con el enemigo. Pero el exército de Heyder (que antes iba decayendo, y disminuyendo diariamente por el cansacio y por el tedio de una guerra defensiva, sin atractivo para las tropas, que llevaban por objeto el pillage) entraba entonces en operaciones conformes á su genio. Sus fuerzas y sus aliados se aumentaban juntamente con su reputacion. Las llamas, que salian de un sin nú-

miero de pueblos reducidos á cenizas, eran las voces, que, publicando sus triunfos, se oian desde muy lejos. Arruinando y asolando las tierras de Mohammet-Aly-Kan, no solamente se vengaba de lo resentido que se hallaba contra aquel Príncipe, sino que tambien confundia y amedrentaba á los establecimientos Británicos esparcidos en las cercanías de Madrás, y aumentaba tambien los celos con que los oprimidos por la política Inglesa miraban la prosperidad de aquella nacion, privándola, con aquello, de sus principales recursos para hacer la guerra.

Como sus exércitos consistian principalmente en caballería, era dueño de evitar la batalla tantas quantas veces el terreno no le era favorable. Eludia, sobre todo, una accion general, con tanto cuidado como Wood ponia en disponerla; pero acometia á las partidas sueltas, interceptaba los convoyes, destruia los almacenes, y disipaba poco á poco las fuerzas de sus enemigos, inspirando valor á los suyos.

Creyó Wood que debia dividir su exército, para seguir mas cómodamente los movimientos del de Heyder-Aly-Kan; y de ello le resultó, que un cuerpo de tropas, mandado por el Coronel Suizo Frichman, que aun no habia guerreado contra Heyder, fué enteramente derrotado. Este Coronel, cuyo destacamento constaba de quatro mil hombres, entre los quales habia seiscientos Européos, marchaba, en una larga columna, por una llanura casi circundada de bosques, para proteger un gran convoy, que conducia al exército. Dexáronse ver algunos caballos á lo lejos en la llanada, y sobre las colinas de alderredor. Los Oficiales superiores representáron al Comandante, que la caballería de Heyder estaba acostumbrada á ataques repentinos al gran galope, y que convenia acortar la columna, apoyarse en el bosque, y hacer atrincheramientos con los mismos carros del convoy. Pero Frichman, preocupado con las ideas de Europa sobre la pusilanimidad de los Indios, despreció las advertencias. „Sosegaos, les dixo, que ya

vereis como trato á los Negros." Ibase aumentando por todas partes la caballería. Era el destacamento que mandaba Moctum. Aguardaban los Oficiales en sus puestos las órdenes de su General. Levantóse repentinamente una polvareda, semejante á los torbellinos que preceden á una tempestad. Quiso Frichman dar órdenes. No era ya tiempo de obedecerlas. Ocho mil caballos cayéron sobre su pequeño exército, y todo quedó derrotado, pisado y destruido. El Coronel perdió el raciocinio y el ánimo, y se puso en fuga. Lo persiguiéron; pero la bondad de su caballo lo salvó. Moctum no pensó en contener el furor de su tropa, porque quiso vengar la carnicería de Darmapuri. Mas de cincuenta Oficiales Ingleses, que rindiéron las armas, fuéron pasados á cuchillo. El Capitan Robinson, reconocido entre ellos, quedó reservado para una muerte mas ignominiosa. Quando este Oficial volvió á las tropas de Heyder la plaza de Vaniambari, prometió no servir, en todo un año, contra él, y aun no habia espirado aquel

término. Fué en vano que dixera, para justificarse, que lo habia violentado á servir el Gobernador de Madrás. Fué tambien en vano que pidiera ser pasado por las armas como sus camaradas. Convencido Moctum-Aly-Kan de la precision de hacer un exemplar, que aterrase á los traidores, le mandó ahorcar en presencia de todo el exército, y de los prisioneros Ingleses recien hechos.

LXIII.

Insistia Heyder en seguir al Coronel Wood, que mandaba un cuerpo de doce mil hombres. Consiguió alcanzar su retaguardia, y la precisó á retirarse á los bosques. Quiso dicho Coronel poner guarnicion en una plaza, nombrada Elvanisur. Nombró por Comandante al Capitan que le tocaba en la lista del servicio. Fué inútil que le representaran, que aquel Oficial, aunque valeroso, tenia el defecto de gustar sobradamente del vino, y que esto le solia

inhabilitar para todo mando. Obstinóse Wood en su eleccion. Llegó Heyder, algunos dias despues, á las cercanías de la plaza, con un numeroso cuerpo de caballería, un batallon de granaderos, y algunos cañones de campaña; pero sin intencion de formar un sitio. El Comandante de la plaza, borracho como un cuero, montó á caballo, mandóse abrir las puertas, y fuese solo á presentar á los puestos avanzados. Lleváronlo al quartel general, y representó á Heyder-Aly, que él era el Comandante de la plaza, y que tendria á muchísima honra ser atacado por un Príncipe tan grande, cuyo aprecio queria merecer por la bellísima defensa que haria; y que así, él habia llegado á rogarle, que le mandase vender, ó dar *arrac*, de que estaban faltos en la plaza. Túvolo Heyder por un loco, y quiso que lo echaran de allí; pero, por algunos indicios que le diéron, pensó en asegurarse de su persona. Dióse órden para que le presentaran vinos y aguardientes. Bebió el Ingles con tanto exceso, que hubiéron de transportarlo.

Pero algunas personas de la plaza, que se hiciéron prisioneras en las inmediaciones, aseguráron que aquel era el Comandante de ella. Así que durmió su borrachera, le noticiáron que Heyder le conceptuaba espía, y que habia mandado que lo ahorcasen al montar la guardia; pero que, si verdaderamente era el Gobernador de la plaza, podia salvar su vida, mandando abrir las puertas á los Indios. Dió la órden sin dificultad; pero Heyder no esperaba que la obedeciesen. No obstante, una hora despues, le traxéron las llaves de la plaza. De manera, que, por la imbecilidad del que obedeció una órden tan mentecata, por la embriaguez del que la dió, y, aun mas por la torpeza del Coronel Wood, se hizo Heyder dueño, sin perder ni un hombre, de un Regimiento de Cipayas, y de una plaza fuerte, que le puso en el caso de extender sus contribuciones, y de devastarlo todo hasta las puertas de Madrás.

LXIV.

Temió el Consejo que Madrás fuese sitiada, ó, quando menos, que los Indios pegasen fuego al pueblo negro; y así, á fuerza de representaciones, consiguiéron del General Smith, que se encargase nuevamente del mando del exército. Obedeció el 1.º de Febrero de 1769. Recibiéronlo las tropas enagenadas de alegría; de manera, que la confianza que tenian en él hubiera podido ser feliz presagio, si las incalculables pérdidas padecidas en la campaña precedente, hubieran podido repararse con solo el talento de un General.

LXV.

Entre tanto que Madrás aguardaba un sitio, y que los principales habitadores embarcaban mugeres, hijos, y efectos preciosos, para transportarlos al Gánges, ancló

en la rada del fuerte San Jorge, el dia 1º de Marzo de 1769, un navío Ingles surtido del Támesis. Traxo á su bordo á Dupré, antiguo Consejero de Madrás, nombrado, por la Compañía de la India, Gobernador general de la colonia, en lugar de Boschîer, á quien enviaban á llamar.

La Junta de Directores se desengañó, por último, de las esperanzas quiméricas con que los lisonjeaban, tres años habia, los Administradores de Madrás. No se veia llegar á Lóndres otra cosa que letras de cambio, giradas por los establecimientos de la península de la India, en vez de las perlas y de los diamantes que se habian de haber encontrado en los tesoros de Heyder-Aly-Kan. Las acciones de la Compañía baxaban diariamente. Disminuia su comercio por la dificultad de completar los carguíos en unos paises asolados por exércitos contrarios y amigos, de donde continuamente desertaban fabricantes y artesanos, para buscar, en otra parte, morada mas tranquila. Solamente la paz podia desobstruir los manantiales de la abun-

dancia, que una guerra ruinosa habia cegado.

Sobre la tremenda situacion de las relaciones comerciales, cargaban tambien las mas graves consideraciones políticas. Las desavenencias entre la Gran Bretaña y sus colonias Americanas, que iban ya degenerando en hostilidades, podian hacer mas dificultosos los transportes á la India de los socorros de toda especie, que eran indispensables para continuar la guerra con alguna apariencia de fortuna. Las guineas (que la corte de Lóndres derramaba en Paris, para corromper á las mugeres, y á los hombres afeminados, que circuian al débil y dexado Luis XV) consiguiéron, á la verdad, persuadir al Monarca, que aquellos deberian ser considerados enemigos del bien general de la nacion, y de su particular sosiego, que propusiesen tomar parte en la guerra, que Heyder-Aly-Kan sostenia contra los Ingleses en el Indostan. Y aun se estaba en la persuasion de que Choiseul (que era el único que, en el Consejo, mostraba, muy de lejos, la glo-

ria y las riquezas que los Franceses podrian adquirir, socorriendo oportunamente al que se miraba como salvador de la India) seria infaliblemente sacrificado. Pero, no obstante, podia, de repente, saltar alguna chispa de aquel fuego eléctrico, que tantas veces animó á los Franceses; y no dexaban de conocer en Lóndres, que si, en aquella crísis instantánea, aportaba en Pondichery una esquadra, con tres ó quatro mil hombres de infantería, acababan los establecimientos Ingleses sobre las costas de Pondichery y de Malabar, y aun quizá en todo el Indostan.

LXVI.

Por estas consideraciones, fué Dupré expresamente encargado de significar, á los Consejos de Madrás y de Bombay, una órden para que hiciesen la paz á qualquiera precio. Heyder (que no veia llegar los socorros que aguardaba de Francia, sin los quales, no siendo dueño del mar, juz-

gaba imposible echar á los Ingleses de la vecindad de sus estados) no estaba lejos de una conciliacion, que le diese tiempo de hacer los preparativos necesarios para volver á la guerra en una ocasion mas favorable. Pronto se arregláron las condiciones. Se acordó, por un tratado concluido el dia 3 de Abril de 1769, que se volverian las plazas recíprocamente tomadas, y que se cangearian los prisioneros. La Compañía se encargó de construir y de enviar á Heyder-Aly-Kan un navío de cincuenta cañones, en cambio del que le quemó la esquadra de Bombay, quando su expedicion de Mangalor. Y Mohammet-Aly-Kan conservó la Nababía de Carnáte, con una carga anual de un millon y ochocientas mil pesetas para Typpoo-Zaïb, pagando el primer año adelantado.

LXVII.

Así se terminó una guerra empezada por los Ingleses, sin principio alguno de

política y de prudencia, conducida con crueldad; y cuya conclusion manifestó el grado de fuerza de que eran capaces los Príncipes Indios, y metió á la Compañía en unos apuros, de que salió con muchísima dificultad.

Los Administradores de Madrás ni calculáron el estado de sus rentas y de sus fuerzas militares, ni los recursos de su enemigo, y todavía menos los intereses de de sus comisionados. El tesoro de Madrás no bastaba para la suministracion de los gastos crecidos que exîgia una guerra ruinosa. Debiéron prever que su territorio quedaba expuesto á funestas depredaciones, que sus tropas se internarian en un pais apartado, y que el Nabab de Carnáte les daria tanto menores socorros, quanto mas acometido se viese él mismo por el enemigo. Fuéron sus proyectos tan poco verísimiles, que sin duda fundáron sus verdaderas esperanzas en que los pequeños Príncipes Indios, cuyas posesiones estaban mas expuestas á las incursiones depredatorias de los exércitos Ingleses, podrian

aumentar la fortuna de los miembros del Consejo, comprando secretamente excepciones.

El exército Ingles estuvo continuamente falto de provisiones, y las que le suministraban solian ser de mala especie. Los movimientos del General Smith casi siempre eran tardíos, por falta de bueyes para tirar de la artillería, que era lo que únicamente podia preservar á la infantería de los repentinos ataques de la numerosa caballería de Heyder-Aly-Kan. Ni aun Smith podia obrar segun sus propias luces. Una comision del Consejo seguia al exército, y arreglaba las operaciones de la campaña. Este manejo (pernicioso en quantas partes se adopte) solo se presentaba favorable á los negociantes principales interesados, los quales disponian los movimientos del exército, segun convenia á sus intereses. Sintió el exército muy en breve los malos efectos de este proceder. Disgustáronse los Oficiales mas experimentados. Algunos dexáron el servicio. Otros, que, por su pobreza, no pudiéron retirarse, ya no manifes-

táron el mismo zelo. Los inteligentes en manejos ocultos obtuviéron, con preferencia, los empleos de mayor importancia; y, de consiguiente, la guerra se manchó con acciones infames, que la acarreáron represalias sangrientas.

Dícese, que los miembros del Consejo de Madrás se dexáron deslumbrar con la seductora esperanza de realizar, como sus hermanos de Bengala, unas inmensas rentas territoriales. Su correspondencia, en la Junta de los Directores, pintó aquella perspectiva engañadora con hermosos colores. Iba la Compañía á adquirir la soberanía de la parte meridional de la India, en una extension de novecientas leguas de circunferencia, circundada, por tres partes, del Océano. Aquella conquista desarrolló maravillosamente los enredos de los agiotistas de Lóndres. Acostumbrada la nacion á las encantadas aventuras del Asia, fácilmente fué víctima de su credulidad. No dexó de causar su efecto aquel momentáneo delirio. Las acciones de la Compañía subiéron rápidamente, por el

deseo que ocupaba á cada uno de una prosperidad, cuya fruicion se anticipaban en idea; pero los agentes de Madrás, que conocian el local, y seguian de cerca los sucesos, ¿participaban, acaso, de una ilusion, que solo podia acreditar una gran distancia? Jamas se lisonjeáron de conquistar el Masur y el Canará; pero como conocian los hombres y los negocios, tenian seguridad de que, antes de que se desengañasen en Lóndres de la loca esperanza, que ellos habian sabido promoverles, absorberian, con contratos lucrativos, sumas inmensas para ellos y para sus amigos, sin dárseles nada de las conseqüencias que podian resultar de una guerra, cuyas pérdidas no habian ellos de pagar.

Aquella guerra hizo al Indostan el inmortal servicio de darle á conocer, que los Ingleses no eran invencibles peleando con los Indios. Sirvió para demostrar á todas las potencias, que dividian entre sí aquella comarca rica, la necesidad, la importancia y la posibilidad de una confederacion general. Les advirtió, que olvidáran los

odios inveterados, que diéron tal ascendiente á unos extrangeros en sus negocios de comercio y en su gobierno, de que insensiblemente se hiciéron dueños. En fin, les persuadió aquella sana máxîma política de que, en ningun pueblo del mundo, puede exîstir la confianza sin buena fe, ni la seguridad sin union.

LXVIII.

Estaba campado Heyder-Aly-Kan sobre el monte Santo Tomas, á las puertas de Madrás, quando, conjuntamente con Dupré y Boschîer, el uno, Gobernador futuro de Madrás, y el otro, hermano del actual Gobernador, firmó el tratado de paz con los Ingleses. Desde aquel instante sucediéron á las plagas de la guerra las dulzuras de la paz. Las subsistencias, que antes estaban interceptadas, llegaban ya sin impedimento á Madrás, y repartian la abundancia y el gozo entre los habitadores de aquella ciudad grande, que se creian

ya en el caso de ver incendiadas sus casas, y su patria reducida al estado de aniquilacion, de que apenas empezaba á salir Pondichery. Recibió Heyder-Aly, de parte del Consejo de Madrás, magníficos regalos, y correspondió á su magnificencia con magnificencia todavía mayor. Se alejó, quanto antes pudo, de las inmediaciones de Madrás, para volver á sus estados, y, de camino, pasó por Oscota y Banguelor, á fin de exâminar la inmensa cantidad de artillería, de armas y de municiones de toda especie, que los Ingleses habian juntado contra él, y que él tenia en poder suyo como propio.

LXIX.

Reunido ya Heyder á su familia, disfrutaba, por fin, en Heyder-Nagur, algunos momentos de reposo, despues de quarenta y seis años de una vida tempestuosa. El lucimiento y ventajas con que acababa de terminar una guerra, que todos

los Príncipes de la India opináron que feneceria con su destruccion, levanto su nombre sobre el de todos los Príncipes del pais, que adquiriéron mayor celebridad, y le lisonjeáron de una paz duradera, cuyos ocios destinaba para las felicidades de su pueblo. Repartió sus tropas en los lugares mas convenientes para restablecerse de sus fatigas, y completarse con mas facilidad. Y los Indios, que estaban dispersados por las desgracias de la guerra, atraidos por sus beneficios, y por el amor de la patria, baxáron en turbas de los montes, en que se refugiáron con sus ganados, para reedificar sus pueblos, cultivar sus tierras, ó volver á los trabajos de sus manufacturas.

Las devastaciones de la guerra dexan, en general, impresiones menos dolorosas y profundas en los paises favorecidos del cielo con un calor benéfico, que en aquellos que la naturaleza trata como madrastra, y donde los habitadores se ven precisados á multiplicar sus fatigas para proporcionarse los bienes, que el clima les

rehusa. Las casas, que los Indios habitan, son fabricadas de cañas, y cubiertas con hojas de bananos. Unas esteras recien hechas les sirven de cama. Algunas vasijas de tierra bastan para unas gentes á quienes la religion y los grandes calores recomiendan una comida refrigerante, y que prefieren, por lo mismo, á la carne y al pescado, el arroz, las frutas y la leche. Y estas casas, tan baratas de fabricar, solo sirven á sus propietarios de noche, y mientras la corta estacion de las lluvias. Los Indios, cuya riqueza principal son los ganados, pasan los dias en sus campos, baxo plantaciones de cocoteros, de aloës, de madera de sándalo, que forman, por las campiñas, bosquecillos de magnitudes diferentes, sembrados por todas partes, convidando, con su sombra, á preservarse de los rayos del sol.

Entraba yo en los diez y ocho años de mi edad. Mi hermano, Amin-Zaëb, tenia solos quince; y mi padre, que le destinaba para que llevase algun dia parte del peso de la administracion pública, procura-

ba curarle de aquella aversion insuperable que mostraba á los negocios, encargándole algunas comisiones análogas á su edad; como, por exemplo, la de la inspeccion de un camino, que mandó abrir desde Travancor, siguiendo la orilla del mar, hasta Siring-Patnam.

Los Generales que mas eficazmente contribuyéron al buen éxîto de la guerra, fuéron Hughel, Comandante del batallon Frances; Moctum-Aly, á quien mi padre dió en casamiento á su hermana Amyda; y Hussein, su compañero antiguo de viages. Estos tres hombres componian nuestra íntima sociedad en el palacio de Heyder-Nagur. Hussein, marido de la hermosa Zulia, hablaba de su próxîma vuelta al valle de Dinam, para cumplir lo prometido á los padres de su muger. Hughel, á quien mi padre queria proporcionar un establecimiento en su corte, se resistia á contraer un empeño incompatible con la aficion á viages y aventuras novelescas, tan natural á los de su nacion; y antes bien se proponia acompañar á Hussein á Di-

nam, para conocer un pais, de donde tantas maravillas se contaban; ó para buscar á Ferisha por todos los montes de la Asia alta, y contentar así á Azeyma, la qual nunca perdia las esperanzas de volver á ver á un hombre á quien su esposo tanto debia.

LXX.

Dominaban los Ingleses, como soberanos, sobre la costa de Coromandél. Mohammet-Aly-Kan, con el título de Nabab de Carnáte, no era mas que un vano simulacro, que la Compañía conservába sobre el trono, solamente por no irritar á los Indios, acostumbrados á la forma de administracion subsistente, desde tiempo inmemorial, en su pais; pero aquel figurado Nabab ni aun era libre de entrar en Arcáte, que era, en otro tiempo, su capital. Por asegurarse los Ingleses de si era fiel, le precisáron á que fixara su residencia en un lugarcillo, nombrado Chepaux, á una milla de Madrás. Las rentas públicas de Car-

náte subian á treinta y dos millones y quinientas mil pesetas. El Nabab pagaba un tributo de nueve millones á la Compañía Inglesa; otro de dos millones al Subá de Dekan; y otro de un millon y ochocientas mil pesetas á la corte de Heyder-Nagur, para indemnizarla de sus pretensiones á la Subadía. Los gastos de administracion civil y militar, que estaban á cargo de los Ingleses, ascendian á quince millones. Quedaba, pues, al Nabab una suma de quatro millones y trescientas mil pesetas para mantener su casa particular.

Los Franceses, competidores, en otro tiempo, de la prosperidad Británica en el Indostan, parecia que habian perdido, en aquellos climas, hasta la memoria de su antigua fama. Si hubieran resuelto socorrer eficazmente á Heyder-Aly, no se hubieran verificado los sucesos que detuviéron á dicho conquistador. Acaso hubiera experimentado la nacion Inglesa mas humillacion que la que acarreó á los Franceses en el año de 1760. En lo sucesivo se verá quan perjudicial le fué la moderacion

del Gobernador de Pondichery; pero la molicie de la corte de Versalles era tanta, que, lejos de pensar en el restablecimiento de sus posesiones Asiáticas, miraba, con suma indiferencia, como caminaba rápidamente á la decadencia su Compañía de la India.

Quando, en 11 de Abril de 1765, volviéron los Franceses á tomar posesion del sitio que habia ocupado Pondichery antes de su destruccion total por los Ingleses, acudiéron infinitos Indios á levantar sus derribadas habitaciones. El mayor número, que se refugió á Madrás, dobló la poblacion de aquella gran ciudad, en la que continuaban su comercio; pero las cadenas de la costumbre los hubieran llevado en tropas á su antigua patria, si sus fortificaciones se hubieran reedificado sólidamente. La Compañía no se hallaba en estado de executar tan vasta empresa.

Desgracias engendran desgracias. Pondichery abierta, y distantes de ella los texedores, que no se juzgaban seguros, los navíos de la Compañía, que no alcan-

zaban á completar sus carguíos en las escalas Francesas, se veian precisados á comprar los géneros á los Ingleses, quienes se los vendian de mala calidad, y al precio que se les antojaba. Los navegantes Franceses tenian que sufrir aquella dura ley, ó volverse á Francia de vacío. Lo cierto es que las operaciones de la Compañía eran ridiculísimas, y que solo podian continuarse por deslumbrar á los menos penetrativos. Mucho mejor era ir á comprar géneros á Lóndres desde la India, para revenderlos en Paris, que hacer un viage inútil, de cinco á seis mil leguas, para lograr una negociacion, que podia hacerse sin salir de Europa.

LXXI.

A pesar de las promesas magníficas del Ginebrino Necker, la Compañía de la India se sostenia únicamente con los socorros del Gobierno Frances, y así su caida era inevitable. El privilegio exclusivo de

que disfrutaba quedó suspendido por un decreto del Consejo de 13 de Agosto de 1769. Todos los navegantes Franceses tuviéron libertad de comerciar libremente á la parte de allá del Cabo de Buena Esperanza, en la India, y en la China, con tal de tomar pasaportes, que habian de dárseles gratuitamente, y de volver al puerto del Oriente. Tambien se estableció un derecho de cinco por ciento sobre quantas mercancías viniesen de la India y de la China; y de tres por ciento sobre las de la isla de Francia y de Mascareñas.

Conservaban los Accionistas, por el edicto de suspension, la libertad de volver á su comercio, quando lo juzgáran conveniente á sus intereses; pero, como no preveian la posibilidad, se determináron á una liquidacion, que asegurase la suerte de sus acreedores, y sus bienes particulares. Ofreciéron al Gobierno cederle todos los navíos de la Compañía, que eran treinta; todos los almacenes y demas edificios que les pertenecian en el puerto del Oriente, y en sus escalas de la India; la

propiedad de las escalas, y de los pueblos dependientes de ellas; todos los efectos de marina ó de guerra; y, finalmente, dos mil quatrocientos esclavos, que pertenecian á la Compañía en la India. Todos estos objetos se valuáron en treinta millones. Y los Accionistas reclamáron todavía diez y seis millones y quinientas mil pesetas, que pretendian deberles la corte.

Pareció al Consejo de Versalles (admitiendo la cesion) que debia disminuir su precio, no porque no tuviesen su valor los objetos que la componian, sino porque, pasando á manos del Gobierno, le resultaban nuevas cargas. En vez de quarenta y seis millones y quinientas mil pesetas, pedidas por los Accionistas, se creáron, para provecho suyo, un millon y doscientas mil pesetas de rentas perpetuas.

Este contrato sirvió de hipoteca á un empréstito de doce millones en rentas vitalicias, á diez por ciento, y por via de lotería, que la Compañía hizo, en el mes de Febrero siguiente, para hacer frente á sus empeños. Aquellos fondos no bastá-

ron. Decretáron los Accionistas, en su junta general, celebrada el 7 de Abril de 1770, ceder al Gobierno los muebles y bienes raices de la Compañía, salvo el capital hipotecado á las acciones. Los principales objetos de aquella cesion eran, la extincion futura de dos millones y doscientas mil pesetas de rentas vitalicias, en la casa de la Compañía en Paris, en los géneros de la India, que se aguardaban en los años 1770 y 1771, cuyo valor presumian llegaria á veinte y seis millones de pesetas, y en los créditos que se habian de cobrar de deudores en la India, en las islas de Francia y de Mascareñas, y en Santo Domingo. Los Accionistas se obligáron tambien á suministrar al Estado una suma de quince millones setecientas sesenta y ocho mil pesetas, por via de carteles que se fixáron, admitiendo acciones á quatrocientas pesetas cada una. Habia de aplicarse esta suma al pago de las deudas chîrográficas de la Compañía, encargándose el Estado de pagar todas las rentas, fuesen perpetuas, fuesen vitalicias, ó constituidas

por la Compañía, y las pensiones y semipensiones exîstentes, y el pago de todas las deudas contraidas por la Compañía mas allá del Cabo de Buena Esperanza; y tambien asignar una renta vitalicia de doscientas mil pesetas, que habia de dexarse á disposicion de los representantes de los accionistas, para ser distribuidas entre los varios sugetos, que merecian el agradecimiento de la Compañía.

A conseqüencia de esta deliberacion, se dió un decreto del Consejo, en el que, (aceptando el Gobierno las cesiones y renuncias hechas, en provecho suyo, por los Accionistas de la Compañía) mandaba, que el capital de cada accion, fixado, por el artículo 13 del edicto del mes de Abril de 1764, á la suma de mil seiscientas pesetas, que producian una renta de ochenta, se aumentaria hasta dos mil y quinientas pesetas, que producirian ciento veinte y cinco de renta; y que los accionistas disfrutarian del aumento de novecientas pesetas por accion, que producirian quarenta y cinco de renta, contadas des-

de 1.º de Enero de 1771, pagando quatrocientas pesetas en seis épocas, esto es, cincuenta antes del dia 10 de Mayo siguiente; cincuenta antes del 10 de Junio; ciento antes del 1.º de Julio; ciento antes del 1.º de Agosto; cincuenta antes del 1.º de Setiembre; y cincuenta antes del 1.º de Octubre.

Completáronse las quatrocientas pesetas, y quedó sujeta la renta de veinte y cinco pesetas al pago de un décimo, empleado anualmente en el reembolso de las acciones, por medio del sorteo, sobre el pie de su capital de dos mil y quinientas pesetas; de manera, que la renta de las acciones reembolsadas habian de aumentar el fondo de amortizacion hasta el total reembolso de las acciones. Las deudas chîrográficas de la Compañía fuéron fielmente pagadas al cumplimiento de sus plazos; y cada año se hizo el sorteo para el reembolso de las acciones, que eran doscientas y veinte.

LXXII.

La Compañía Inglesa de la India, que originó necesariamente la caida de la Compañía Francesa, abusó en el Gánges de los derechos de la victoria, pero de un modo tan horrible, que causa estremecimiento referir por menor sus circunstancias. Ya se habló de la administracion de las rentas, y de las persecuciones que el Consejo de Calcuta promovia contra los agricultores y artesanos. Quando aquellos desventurados se lamentaban de la opresion, tenian por jueces los amigos íntimos de los opresores, ó los opresores mismos. Si se atrevian á dirigirse al Consejo de Calcuta, los enviaban siempre á los tribunales encargados de juzgar á los Indios; y el Juez entonces, irritado de que hubiesen dudado de su integridad, quejándose á otra autoridad superior, los trataba sin consideracion.

Apropiáronse los Ingleses el comercio

exclusivo de la sal, del tabaco, del bétel, y de algunos otros objetos de primera necesidad para los Indios; mas, por algunos años, respetáron el arroz, que era el principal alimento de los habitadores.

¿Hay manantial tan abundante que pueda apagar la sed del oro? La facilidad, la certeza y la rapidez, son otros tantos objetos, que considera separadamente todo pícaro, que quiere hacer fortuna por qualquiera suerte de medios. Los agentes de la Compañía, atormentados con el ardiente deseo de volver pronto á su patria con grandes riquezas, graduáron los medios de enriquecerse, inventados hasta entonces, de fastidiosos y de larguísimos; y convencidos, por su experiencia, de que los Indios querrian mas morirse de hambre, que quebrantar los preceptos de su religion comiendo carne, almacenáron el arroz para venderlo al precio que quisiesen.

Escandalizado Raynal de que se manchase la fama de los Européos con semejante tacha, rehusó creer que los Ingleses fuesen culpados en tan odioso é infame

monopolio; pero no cabe duda en ello, pues es un hecho confirmado por los Ingleses mismos, en un libro intitulado: *Sucesos de la India, desde el principio de la guerra con la Francia, en el año de 1756, hasta la conclusion de la paz, en el de 1783.*

La corrupcion á que estaban entregados los Ingleses, la opresion que fué su conseqüencia, los sangrientos abusos que diariamente se multiplicaban, el profundo olvido de todas las buenas máxîmas y principios; y, en fin, una operacion infernal, que sacrificaba tranquilamente á todo un pueblo á la muerte mas cruel, todo esto junto forma un contraste increible con la constitucion de su Gobierno en Europa; pero se resolverá fácilmente, si se consideran con atencion los naturales efectos de los sucesos y de las circunstancias.

Como dominadores y déspotas, (en un pais que no les reconocia mas título que el de negociantes extrangeros, acogidos por hospitalidad,) era dificilísimo que no abusasen de un poder, cuya base no podia sujetarse á cálculo. El hombre, lejos

de su patria, no está refrenado por el temor de tener que avergonzarse á vista de sus conciudadanos: este temor saludable y sagrado lo contiene, al resbalar hácia el delito, por medio de la aprehension de la infamia. Ademas que, en un clima excesivamente cálido, donde los cuerpos no estan acostumbrados á tal temperatura, pierden su vigor, y tambien el alma su energía; y en un pais donde la naturaleza y los estilos inclinan á la molicie, se dexa el hombre dominar por ella; y en unas comarcas, finalmente, adonde solo se va por acumular tesoros, facilísimamente se olvida la justicia.

En una posicion tan arriesgada para la virtud, no habia en la India ley alguna, que pudiese dirigir ó constreñir á los Ingleses al cumplimiento de las obligaciones humanas, y á los principios de moderacion, que deben dirigir las acciones de los hombres. Los reglamentos, hechos, hasta entonces, por la Compañía, para la manutencion de sus negocios, no podian aplicarse, de modo alguno, al Gobierno de

un Imperio; y como el Parlamento Británico nunca consideró la conquista de Bengala, sino como un medio para aumentar el numerario de la Gran Bretaña, entregó á la Compañía de la India, por nueve millones cada año, el destino de doce millones de hombres.

LXXIII.

Aquellas desgraciadas víctimas de la avaricia Inglesa se viéron cercadas de quantas plagas puede inventar la tiranía. Como se viéron robar sus cosechas los labradores, cultiváron con indiferencia sus tierras. Este desaliento produxo la escaséz. Aumentóse el precio de los comestibles á proporcion de como disminuian. La porcion pobre y laboriosa del pueblo tuvo que alimentarse con raices, y con otras cosas á que no estaba acostumbrado; y de esto se siguió extenderse por el pais enfermedades epidémicas. Pero aquello no era mas que el principio de la catástrofe; co-

mo si los elementos, de acuerdo con los hombres, hubieran querido reunir, sobre un pueblo mismo, quantas calamidades desolan sucesivamente al universo. Una sequedad, de que no habia exemplo alguno en aquellos climas, agotó la humedad de los campos, y trocó, hasta las llanuras pantanosas, en desiertos de arena, y produxo una hambre espantosa en el pais mas fertil del universo.

LXXIV.

Tal es la bondad del clima, y la fecundidad del terreno de la península Indostana, que cada año da regularmente dos cosechas. La primera, que se hace en Abril, consiste en granos menudos, y la segunda, que es la de arroz, se coge en otoño. Las lluvias que caen, á la entrada del invierno, son el orígen de aquella abundancia. Faltáron, pues, estas en Bengala en los años de 1768 y 1769. La cosecha del arroz, en el de 69, fué ninguna, y lo mismo suce-

dió con la de los granos menudos en el de 1770. No obstante, se cultiva sobre las montañas un arroz de una especie particular, que no dexa de crecer, aunque haya sequedad; y fué harto abundante la cosecha, para bastar al alimento de los pueblos, si alguna policía hubiera presidido á su distribucion.

El hambre no era plaga desconocida á un pueblo que vivia sin provision; pero en aquel tiempo, en que un bárbaro furor de monopolio se juntó al de los elementos, resultáron unas escenas de penuria y de horror, tales quales nunca habian visto los Indios.

Así que la estacion avanzada anunció una escasez próxîma, los Ingleses, (que, de antemano, se ocupaban en asegurar su subsistencia y la de sus Cipayas) encerráron en sus almacenes todo el arroz que pudiéron comprar. Metiéronlo en vastos graneros, construidos en las inmediaciones de Calcuta. Un incendio destruyó la mayor parte. Aquella desgracia fué un bien para los monopolistas. El precio del gra-

no, que quedaba, se aumentó en razon de la necesidad urgente que el pueblo tenia de aquel género.

Dióse á sentir un hambre horrorosa en toda la extension de Bengala. Los Indios infelices, despues de haber vendido sucesivamente quanto poseian para procurarse subsistencias, acudiéron á la corte del Subá con sus quejas tan inútiles, quanto persuasivas y respetuosas. Aquel Príncipe no tenia mas influencia que la que le daba el Consejo de Calcuta, y este Consejo mismo era la causa parcial de la calamidad general. El Subá, los Grandes de su corte, y algunas familias ricas de Maxâdabad, mostráron la mas noble y honrosa magnificencia, distribuyendo gratuitamente arroz, mientras lo hubo en sus graneros.

Pero se agotáron aquellos recursos. Los Indios, que carecian de medios y de arbitrios, perecian á millares, faltos de todo alimento. Los que aun podian andar, se dirigian, de todas partes, hácia Calcuta. Las calles estaban llenas de Indios ham-

brientos, los quales, viéndose en la agonía de la necesidad y del despecho, cargaban de maldiciones, al espirar, á sus desapiadados verdugos.

Era en vano que las puertas de los ricos estuviesen guardadas por Cipayas armados, y defendidos con barreras dobles. A la imperiosa voz de la necesidad urgentísima, callaban todas las ideas de subòrdinacion. Quitaban y defendian un puñado de arroz, con ardor proporcionado á la esperanza de conservar la vida; y á la verdad, que unos miserables, que luchaban contra la hambre, no debian asustarse de tropas armadas. Las cabañas, los lugares, y hasta las ciudades de comercio perdiéron todos sus habitadores. Arrojó el hambre á los Indios de sus habitaciones, y fuéron á pacer al campo la yerba que podian hallar. Veíanse alrededor de las ciudades, y por lo largo de los caminos, montones de aquellos seres desdichados, pálidos, descarnados, lívidos, y parecidos á unas sombras errantes. Algunos de ellos, apurados de fatiga y de inanicion,

caian acá y allá por los caminos, extendian sus lánguidos brazos, y aguardaban, con impaciencia, el momento de acabar. Otros, que apenas se tenian en pie, iban arrastrando de una parte á otra, tristemente silenciosos, y en un estado horrendo de estupidéz. Si se encontraban con algunos Européos, imploraban su asistencia con lamentables gritos, y algunas veces con amenazas inútiles. ¿Cómo podria pintarse el penoso estado de angustia en que los jóvenes de ambos sexôs solicitaban los dones de la humanidad? ¿ó aquel mirar fixo y doloroso de los ancianos, los quales, viéndose engañados en sus esperanzas, besaban los pies de aquellos extrangeros, rogándoles que los recibieran por esclavos?

Estaban sofocados todos los sentimientos de la naturaleza, y rotos los lazos que unen á los hombres en sociedad; pues, ocupados únicamente de sus necesidades propias, no atendian á las agenas. Dexaban los hijos á sus padres. Abandonaban los maridos á sus mugeres y familias. Las madres moribundas veian, á los hijos que

criaban, espirar en sus mismos pechos. Y otros niños, que sobrevivian á sus madres, se quedaban pegados, por una presion convulsiva, al mismo seno, que debiera haberles servido de manantial fecundo de alimento y de vida.

Seis semanas duró aquel horroroso espectáculo. En este tiempo quedáron sembrados de cadáveres ciudades, campiñas y caminos. Empapóse el ayre de exhalaciones mefíticas. Multiplicáronse las enfermedades; y faltó poco para que, sucediendo á una plaga otra, se llevára la peste á los habitadores de aquel triste pais, que perdonó el hambre. Por fortuna, numerosas bandadas de aves de rapiña, y de animales carniceros, que atraxo el olor cadavérico, devoráron una parte de los muertos. Corrompiéronse las aguas del Gánges por los muchos que en él se echaban cada dia. Evitaban comer cerdos, gansos y ánades, porque estos animales se alimentaban de aquellas hediondas reliquias; y hasta los pescados llegáron á ser perniciosos á los que los comiéron.

En fin, el Consejo de Calcuta, para precaver la total despoblacion de Bengala, mandó comprar arroz en las regiones circunvecinas, y embargó, sobre el rio, muchos carguíos de aquel género, que habia juntado la avaricia. Cesó el hambre; pero, en menos de dos meses, perdió el Bengala tres millones de habitantes, esto es, la quarta parte de su poblacion. Este exemplo horribilísimo mostrará á las edades quan fatales pueden ser las ideas de la política comerciante; y depondrá en los anales del mundo, lo mucho que ultrajó la avaricia lo mas sagrado é inviolable que hay entre los hombres.

¿Quales deben ser hoy los sentimientos de aquellos monstruos, cuyas especulaciones origináron tan horrible catástrofe? Volvió el Lord Clive á Lóndres con sus riquezas, compradas con delitos, y chorreando sangre de los Indios; pero la dulce paz, sin la qual no hay dicha, quedó desterrada para siempre de su alma atroz. Estuvo atormentado, mientras vivió, por los espectros de los infinitos des-

dichados, cuya muerte causó. No hay en el mundo quien, ni aun por toda la India, se conviniese á sufrir los remordimientos que lo acompañáron hasta el sepulcro. En aquella sazon fué quando el célebre Hastings pasó á Bengala, para establecer algun órden en la administracion de aquel pais.

LXXV.

Quedáron exêntas de aquella calamidad las costas de Malabar y de Coromandél. Temíase que se rompiesen las relaciones de la Francia con la India, desde el edicto que suspendió el privilegio exclusivo de la Compañía. Lo cierto es, que hubiera sido conveniente, antes de mudar el régimen de aquel negocio, substituir insensiblemente, y por grados, los negociantes particulares á la Compañía; dar tiempo á los nuevos especuladores para que adquiriesen los conocimientos anticipados y necesarios sobre los diferentes ramos de

un comercio desconocido, hasta entonces, para ellos; y formar asociaciones mercantiles en los diferentes mercados del Indostan; y aun, acaso, hubiera sido menester ilustrarlos en su primeras expediciones. Pero se siguió la navegacion de la India, auxîliada únicamente con la industria nacional. Debió alguna prosperidad á las medidas tomadas por el Gobierno para poner los pueblos en estado de defensa; pues, con esto, se pobláron de muchos artesanos y trabajadores.

LXXVI.

Deliberóse en el Consejo de Versálles sobre el cómo se fortificaria Pondichery. Quando, en aquel tiempo, se trataba de construir sobre un terreno arenoso, donde necesariamente habian de ponerse los cimientos baxo del agua, no se sabia mas que establecerlos *sobre pozos*, que era una obra dispendiosísima, y, digamoslo así, interminable, siempre que los trabajos de

aquella especie eran de mucha extension. Bourcet, que era uno de los mejores Ingenieros de aquel siglo, prefirio la fábrica *sobre bermas*, con un revestimiento en tálud, de dos quintos, apoyando sobre un muro de tierras mojadas, batidas y comprimidas á mano. Aquellas *bermas* se usáron en la antigua construccion de la plaza; pero los muros que las sostenian eran bastante baxos para estorbar el asiento de la obra, que hubiera producido el hundimiento de las arenas escapadizas debaxo de los cimientos. El nuevo método no tenia esta ventaja. Pero de este modo se levantáron hasta mil toesas de revestimiento.

Las quejas que fuéron á Europa sobre el vicio de aquellos trabajos, determináron al Gobierno á enviar allá un Ingeniero de concepto. Diéron la comision á Desclaisons. Este Oficial, despues de haber exâminado la naturaleza del terreno sobre que era necesario construir, ni adoptó la fábrica *sobre pozos*, que era sobrado costosa, ni tampoco la de *sobre bermas*,

que podia no tener toda la solidez necesaria para esta especie de obras. Empezó á trabajar en Febrero de 1770, é hizo, en siete meses, un trabajo de seiscientas treinta y seis toesas de mampostería limpia de cimientos, sacados desde lo mas baxo en donde se pudiéron apurar las aguas. Su mampostería era sólida, y su revestimiento construido segun la práctica de los mejores maestros.

Pero aquel método era sumamente costoso. Llamó la corte á Desclaisons, y tomáron los planos de Bourcet. Y aunque los trabajos executados segun las máxîmas de este Ingeniero estuviesen ya quebrantados y llenos de grietas y aberturas, con todo se hizo una nueva obra de ochocientas toesas, que sufrió el mismo contratiempo.

Recurriéron de nuevo á Desclaisons en el año de 1775. Deseaba la corte que se encargara de acabar el circuito de Pondichery; pero conservando las fortificaciones que ya estaban en pie. No quiso prestarse á esta disposicion. Demostró, que el

trabajo *sobre bermas* era tan falso para la defensa, quanto para la duracion; que los revestimientos inclinados no podian dexar de quebrantarse, ú horizontal ú verticalmente; que un muro delante de *las bermas* las habia de destruir, y que aun podia acarrear el hundimiento y ruina total de los mismos revestimientos. Su opinion fué, que era menester circundar á Pondichery segun el método usado en Europa; y que era suficiente un recinto con baluartes sencillos, y algunas obras exteriores.

Este gasto podria subir á cinco millones; pero la corte, sin contradecir las razones del Ingeniero, no se convino; y la plaza quedó casi indefensa. Resultó de ello, que, atacada por los Ingleses algunos años despues, cayó en sus manos, quando la guerra empezaba apenas á declararse en Europa.

LXXVII.

En vano se lisonjeó Heyder-Aly-Kan de emplear, en útiles mejoras para sus pueblos, los serenos dias que le prometia la paz. Acabó de convencerse, por otra experiencia, de la poca solidez de las reconciliaciones políticas, dictadas por la necesidad, y borradas luego por otras miras ó conveniencias. Forzados los Ingleses por sus derrotas, y todavía mas por lo embrollado de sus negocios, á componerse con él, no por eso quedáron menos convencidos de que su potencia y la de los Máratas formaban los únicos obstáculos para el establecimiento de su dominacion exclusiva sobre las costas de Malabar y de Coromandél. Hacer, en aquellas circunstancias, que viniesen á las manos Heyder-Aly y los Máratas, era, sin duda alguna, la obra magistral de la política Inglesa. Ambas potencias se debilitaban recíprocamente en aquella guerra; mientras que los

Ingleses, juntando pacíficamente sus recursos dispersos, se ponian en estado de subyugar á una y á otra, aprovechándose de sus desgracias.

La situacion interior del Gobierno Márata favorecia sumamente las miras de los dos Consejos de Bombay y de Madrás. Acababa de morir el Canciller Balajei-Rou. Madurao, su hijo, debia sucederle en aquella dignidad; pero se la disputó su tio Ragoba. La Regencia de Poonah estaba partida entre estos dos competidores; y únicamente podian contener la guerra civil, que estaba para encenderse, algunas expediciones exteriores. El Residente Ingles en Poonah se sirvió diestramente de aquella oportunidad, para dar peso á la repulsa de Heyder-Aly sobre pagar tributo á los Máratas, á exemplo de los otros Soberanos de la península, y ponderó la facilidad de reducir á un Príncipe extenuado por la guerra que acababa de hacer; de manera, que determinó á los Administradores á hacer una irrupcion en el Masur.

Pasáron los Máratas el Crisena en el mes de Diciembre, en número de cincuenta mil infantes, y cien mil caballos. Entráron, sin estorbo, en el Canará. Heyder, que no se hallaba en estado de oponerse á aquel torrente, se retiró baxo el cañon de la fortaleza de Scivra. En aquella situacion, como dueño de muchos desfiladeros de los Gátes, protegía igualmente á Siring-Patnam y á Heyder-Nagur.

Los enemigos, cuya artillería era malísima, y malísimamente servida, no estaban para hacer sitios. Corrian los Máratas el pais, segun su costumbre; pero Madurao, que los mandaba, y que era incapaz de destruir, por solo el placer de hacerlo, puso algunos límites á sus tropas en quanto al pillage. Juntóse el exército de Heyder, que constaba de ocho mil caballos, y veinte mil infantes, armados y disciplinados á la Européa, y de una excelente artillería. Con estas fuerzas creyó Heyder que podia medirse con un exército de ciento y cincuenta mil hombres.

LXXVIII.

Diferentes operaciones aproxîmáron las tropas de Heyder á Siring-Patnam. Campó, á seis leguas de aquella plaza, el dia 2 de Setiembre de 1771, y resolvió tentar la suerte de las armas. No referiré las circunstancias de aquella accion, cuyas conseqüencias fuéron tan fatales, sin embargo de las valerosísimas hazañas de que fuí testigo.

La infantería enemiga quedó casi totalmente derrotada por el fuego de nuestra artillería; pero el modo irregular con que peleaba la caballería trocó la batalla en favor de los Máratas. Separábanse rápidamente, y caian despues, á galope tendido, ya por una parte, ya por otra, sobre nuestra infantería, sin haber logrado romperla. Pero estaba ya muy fatigada de los continuados ataques de los caballos enemigos. Habia sobre la derecha una montaña bastante escarpada. Los batallones,

que formaban la cabeza del exército, por aquella parte, pensáron, que, apoderándose de aquel terreno, en que la caballería no podia tan fácilmente maniobrar, aseguraban una victoria completa. Marcháron allá al momento al paso de ataque, sin romper sus filas, y llevando sus cañones de campaña, que continuáron tirando contra los que se opusiéron á su paso. Previó Heyder-Aly quales serian las resultas de aquel inconsiderado movimiento. Hizo esfuerzos inútiles para contenerlo. Entonces dió la señal para que todo el exército siguiese la misma direccion; pero en la natural y desigual progresion, ocasionada por una maniobra imprevista, se abrió la columna en muchas partes; de manera, que la retaguardia no pudo seguir á lo demas del exército, ni aun corriendo.

Así que la caballería Márata advirtió, que la confusion se introducia en las tropas de Heyder-Aly, las asaltó por todas partes. En pocos minutos quedó batido y disperso el exército Misoreano. El mismo Heyder fué herido. Algunos de sus

Generales perdiéron la vida, y, entre otros, el valiente Hughel, que mandaba el batallon Frances. Este batallon y dos regimientos de granaderos, formados en columna solida, y precedidos por quatro cañones de campaña, se hiciéron lugar por entre el exército enemigo. Estos guerreros valerosos protegiéron á algunos fugitivos, y llegáron felizmente á Siring-Patnam; pero Heyder-Aly-Kan perdió todo su exército, con banderas, artillería, fusiles, bagages y municiones.

Estuvo mi padre algunos dias, al pie de las murallas de su capital, sin exército y sin recursos. Aquellos fuéron los instantes mas críticos de su vida. Su pais devastado por sus enemigos. Sus principales fortalezas sufriendo su yugo. Y acometido por ciento y cincuenta mil hombres. Pero, lejos de entregarse á la desesperacion, se atrevió á esperarlo todo de su valor y de la fortuna.

LXXIX.

Siring-Patnam estaba harto mal fortificada; pero la fortaleza, levantada en una isla que forma el Caveri, podia mirarse como una de las plazas mas fuertes del Indostan. Los Máratas ni tenian el talento, ni los instrumentos necesarios, para formar un sitio de importancia. Contentáronse con un bloqueo, que ni tampoco fué tan exâcto, que impidiese entrar en la plaza tropas y víveres.

La costumbre, generalmente observada en el Indostan, de no hacer prisioneros á los soldados, ni aun á los oficiales subalternos, llevó sucesivamente á Siring-Patnam una parte de las tropas de Heyder; pero sin armas ni caballos. Aquellos soldados fuéron un recurso débil. Sabia mi padre que Madurao solicitaba del Consejo de Madrás, que le enviase un tren de artillería de sitio, y un destacamento de artilleros. Semejante disposicion, á la

qual no podia oponerse, debia serle sumamente funesta.

Aunque en aquella delicada coyuntura, le fuese Hussein necesario en la plaza sitiada, determinó Heyder privarse de aquel fiel amigo para enviarlo de Embaxador al Subá de Dekan, su yerno, y á Jacont-Zind, Nabab Pátano de Canul. Nadie queria mas á mi padre que Hussein; y, ademas de esto, su dulce eloqüencia lo hacia muy capaz de desempeñar las negociaciones mas espinosas. Representó mi padre á dichos Príncipes, que los Ingleses, que fomentaban nuestras divisiones intestinas, se aprovecharian luego de ellas, para destruirnos unos despues de otros; pero que si nuestras fuerzas se reunian, por medio de una alianza respetable, los exterminaríamos antes de mucho, y que, acaso, nos estaba reservada la gloria de volver á nuestra patria su antigua libertad.

En lo sucesivo supo Heyder, que el Consejo de Madrás no se habia atrevido á conceder públicamente á los Máratas los cañones que pidiéron, temerosos de

que la Francia no se aprovechase de aquella infraccion, para socorrer, por su parte, á las colonias Americanas, que entonces estaban abiertamente sublevadas contra la Gran Bretaña; pero que algunos artilleros, y aun Oficiales de artillería, fingiéndose desertores, entraban en el campo de Madurao para dirigir los ataques.

LXXX.

Seis meses habia que duraba el sitio, quando se presentó cierto dia un hombre á las puertas de la plaza. Pidió que lo presentáran inmediatamente á Heyder-Aly. El Oficial, que mandaba aquel puesto, como vió á un extrangero solo y desarmado, le mandó entrar en la fortaleza, y lo acompañó á palacio. Entregó el extrangero á Heyder un pliego sellado, que era de Hussein, concebido en estos términos:

„Encontré, Señor, por último, la oca„sion que buscaba, mucho tiempo ha,

» para escribiros. Ambdar, cuya fidelidad
» y zelo he experimentado mucha veces,
» se maravilló de que ninguno de los cor-
» reos que os he despachado, hasta ahora,
» hayan podido penetrar por el exército
» de los Máratas; y por lo tanto, me pro-
» metió llegar á vuestra presencia, á pe-
» sar de los enemigos que circundan á
» Siring-Patnam. Con toda seguridad po-
» deis honrarlo con vuestra confianza. La
» negociacion que me habeis encargado
» hacer con Jacont-Zind se ha termina-
» do felizmente. Va este Príncipe á po-
» nerse inmediatamente en campaña, para
» socorreros, al frente de quarenta mil
» hombres. El Subá Nizan-Dula está ar-
» mando pòderosamente. Podeis contar,
» Señor, con prontos socorros.

„Creo que mi presencia es hoy poco
» necesaria en Aurengabad. Con todo,
» estaré todo el tiempo que lo tengais por
» conveniente. Si juzgáreis á propósito lla-
» marme cerca de vos, os llevaré quatro
» mil hombres de excelente caballería; y
» como conozco muy bien todos los va-

» dos del Caveri, discurro que no me se-
» rá difícil entrar en Siring-Patnam, no
» obstante la vigilancia de los enemigos.
» Las empresas mas peligrosas me parece-
» rán siempre fáciles, en tratándose de ser-
» viros; y especialmente siendo la recom-
» pensa el gusto de verme á la inmedia-
» cion de vuestra persona."

La lectura de esta carta llenó á mi padre de gozo. Pasó á la habitacion de su esposa, donde tambien estaban Amyda y la amable Zulia, la qual vió la letra de su marido con la mayor complacencia. Respondió Heyder á Hussein: „que, aun-
» que tenia necesidad de su presencia en
» Aurengabad y en Canul, le daria gusto
» en volver lo mas pronto que pudiese,
» sin perjudicar á su negociacion con Ni-
» zan-Dula y Jacont-Zind."

Quisiéron las damas hablar con el extrangero. Lleváronlo á los quartos interiores del palacio. Le preguntáron ¿cómo habia tenido valor para penetrar por el exército contrario? Y el mismo modo ingenioso y osado con que engañó la vi-

gilancia de los Máratas, convenció á mi padre de que merecia la confianza suya, y la de Hussein. Díxonos: que estando ya casi á la vista de los puestos avanzados del enemigo, se arrojó al rio, despues de haber metido la carta que llevaba dentro de una caxa, cerrada de manera que no podia entrar el agua. Nadó entonces entre dos aguas, sin tomar para la respiracion mas ayre que el necesario, de tiempo en tiempo: que así se dexó llevar cerca de dos leguas, por la corriente, hasta el pie de la fortaleza. Y añadió: que se serviria del mismo medio para llevar á su dueño la respuesta que esperaba, y para hacer nuevos viages, si fuese necesario.

Partió Ambdar, por la noche, para volver á la presencia de Hussein. En dos meses no recibimos noticia alguna de fuera de la plaza. Empecé á sospechar, que el mensagero de Hussein habria sido apresado por los enemigos, y tambien que Hussein mismo habria padecido algun reves arrostrando al exército Márata para

pasar á Siring-Patnam. Empezaban á faltar los víveres, é iba ya siendo caso desesperado la salida del sitio. Ocupada mi imaginacion con tristísimas ideas, pasaba dias enteros sobre las mas elevadas torres del palacio, esforzándome á divisar á lo léjos algunas señales que me anunciasen la llegada de Hussein.

LXXXI.

Dia 16 de Abril de 1772, estaba yo haciendo la ronda por las murallas de la plaza, quando me pareció oir la voz de Hussein. La noche era obscurísima. Presté el oido con atencion, y conocí que era el mismo; porque un oculto presentimiento me lo advertia dentro de mi corazon. Corrí á la puerta, y abracé al amigo de mi padre. No tuve entonces otro sentimiento que el del placer. Olvidé que me circundaban muchos enemigos. Hussein, que advirtió la embriaguez de mi gozo, mandó, de mi parte, á la guardia que

encendiese muchas luces; y, abrazándome estrechamente, me dixo: Esperad grandes maravillas: vais á ver cosas que sobrepujarán vuestras esperanzas.

Heyder-Aly-Kan, á quien al instante avisé, vino corriendo. Apenas llegó donde estábamos, quando oimos el ruido de mucha caballería, que se acercaba á paso largo. Nada temais, nos dixo Hussein, porque son nuestros amigos. Al mismo tiempo se dió la órden á la guardia para que tomara las armas, y se dispusiera á todo evento.

Así las palabras como las acciones de Hussein me admiráron sobremanera. Hice extrañas reflexîones. Pero el estrépito iba en aumento, y no tardó mucho en llegar á la puerta la cabeza del esquadron. Aguardaba mi padre con impaciencia suma el maravilloso suceso anunciado, quando, esparciendo la vista sobre la caballería, vió, á la luz de las hachas, á su antiguo compañero Ferisha, que marchaba al frente de la columna. El atolondramiento que lo sobrecogió fué causa de que no repara-

ra en Mirsa-Mula, que lo acompañaba. Lo muy cansado que se hallaba mi padre de la fatiga del dia, le obligó á sentarse al lado de Hussein; pero luego que divisó á Ferisha, quiso levantarse para correr hácia él. No se lo consintiéron las piernas; y cayó sobre su asiento en una disposicion de ánimo tal, que no es fácil describir.

Tenia razon Hussein quando nos dixo que íbamos á ver cosas admirables. Apenas Ferisha dió algunos pasos en la plaza de armas, me hizo Hussein parar la atencion en Madurao, que venia acompañado de algunos Generales Máratas, escoltados por numerosa caballería, la qual atronó, á gritos de alegría, el recinto de la plaza, así que se cerráron las puertas.

LXXXII.

No pudo comprehender mi padre porque serie de sucesos se encontraban á un mismo tiempo en Siring-Patnam Ferisha, el Xefe de los Máratas, y la bella Zama,

baxo el nombre de Mirsa-Mula. Hallábase mi padre extrañamente cortado delante de aquella dama; pero Ferisha le dixo: „Haceis mal en turbaros: todos los ins» tantes de este afortunado dia debe se» llarlos el gozo." „No es enemigo el que » teneis delante, replicó entonces Mirsa» Mula; sino una tierna amiga, cuya con» ducta, que es mas infeliz que delinqüen» te, debeis perdonar, siquiera por aque» lla pasion que se apoderó de todas las » facultades de su alma. Sé vuestro matri» monio con Azeyma. No temais que yo, » con ternura indiscreta, perturbe la bue» na union que debe reynar entre vos y » vuestra esposa. Yo me tendré por di» chosa con solo que podais no aborre» cerme, y usar conmigo de la amistad, » en vez del amor que nos está prohibi» do." Tomó mi padre la palabra para asegurar á Zama, que nunca olvidaria lo mucho que le habia servido, pues, de lo contrario, seria reo de la mas negra ingratitud: que seria siempre señora de disponer de su fortuna y de su vida, porque la

debia una y otra; y que contase con reynar, como Soberana, sobre todas sus acciones, en no exigiendo de él mas que quantos servicios deben ser la conseqüencia de un agradecimiento sin límites.— Detúvolo Ferisha para recordarle, que Madurao estaba en su palacio; y que, aunque Moctum habria, sin duda, dado las órdenes convenientes y relativas á su recepcion, era del caso que él mismo se presentara á aquel Príncipe, para suavizar, con lo honrado de sus procedimientos, el pesar que tendria de verse prisionero en una plaza, cuyo dueño se habia lisonjeado ser.—No hay duda, continuó, en que estareis ansioso de saber como Madurao es vuestro prisionero, circundado de un exército tan formidable, que lo habia de preservar de qualquiera sorpresa. No es favorable el momento para contentar vuestra curiosidad justa. Sabreis las circunstancias de este singular acontecimiento, luego que tengamos alguna mas libertad.

Apartóse Heyder de Ferisha, suplicándole, que acompañára á Zama á su habi-

tacion, y que cuidára de que la tratasen con todos los miramientos que se la debian. Detúvose algunos instantes con su madre y con su muger para advertirlas de lo que pasaba; y desde allí fué á la habitacion de Madurao, á quien encontró entre muchos esclavos suyos, que lo estaban desnudando para entrar en el baño. Aquel Príncipe, que entonces tendria como unos veinte y dos años, se mostraba muy pesaroso de su suerte. Heyder-Aly lo alentó, esperanzándolo en que una paz feliz le proporcionaria muy pronto su libertad.

Desembarazado Heyder del incómodo ceremonial, pasó al quarto de su madre, donde ya estaban Azeyma, Amyda, Zulia y Moctum. Yo tambien acababa de llegar con Hussein y Ferisha. Así que nos vimos todos juntos, celebramos gozosísimos la felicidad que nos reunia. Azeyma se hallaba ya prevenida de que Heyder la habia de presentar á Zama, que no era su competidora como antes. Pasó, á este efecto, con Ferisha, al quarto de aquella dama, que acababa de vestirse como con-

venia á su sexô. Contemplábala mi padre con gusto, quando, volviendo casualmente los ojos hácia una muger, que estaba en pie á su lado, reconoció á Lucina, aquella preciosa esclava de Zama, que lo habia colmado de beneficios, mientras su esclavitud de Basora, donde, con amistad tierna y compasiva, suavizó los pesares que le aquejaban, no obstante los bienes de que continuamente lo llenaba Zama.

Los ojos de mi padre se arrasáron, sin querer, de lágrimas deliciosas, al encontrarse con los de aquella amable muger. Pidió al instante su libertad á Zama, quien se la concedió con el mayor garbo y fineza.—Mucho tiempo ha, le dixo esta Señora, que no miro á Lucina como esclava, sino como á una amiga cariñosa, cuyos servicios son muy superiores á mi gratitud.

Alargó mi padre su mano á Zama. Ferisha presentó la suya á Lucina. Fuéron llevadas estas Señoras á la habitacion de mi abuela, que las aguardaba para comer.

Mientras la comida, se habló de como habian de ser tratados los prisioneros. Conviniéronse en que, á pesar de la perfidia de Madurao, era menester usar generosamente de la ventaja que debiamos á la fortuna, porque aquel era el medio, no solo de hacer una paz gloriosa, sino de volver contra los Ingleses las mismas armas que habian dirigido contra el Masur.

LXXXIII.

Levantados ya de mesa, instó mi padre á Hussein y á Ferisha, de parte de las damas, para que nos contasen como habian tenido la felicidad de hacerse dueños de Madurao. Hussein tomó la palabra.

Luego que Ambdar, que os entregó mi carta, regresó, me dispuse para venir á veros. Dí aviso á la valerosa gente, que habia de acompañarme, para que estuviesen prontos á marchar de allí á ocho dias. Necesitaban de este tiempo para preparar su viage. En aquella sazon tuve la dicha de

encontrar á Ferisha, á quien nunca esperaba ya ver. Concertamos, entre ambos, los medios de sacar el mejor partido del refuerzo que os traiamos. La dificultad era entrar en Siring-Patnam, sin caer en manos de las partidas Máratas, que señoreaban todos los pasos. Ambdar nos propuso el expediente á que debemos la fortuna de haber hecho prisionero á Madurao á la vista de su exército, sin que haya podido socorrerlo. Este criado zeloso nos ofreció penetrar hasta el campo de los Máratas, y pasar algunos dias en él, para tomar lengua, é informarnos de quanto pudiese conducir al éxîto de nuestra empresa. Como yo conocia su inteligencia, no vacilé en aprovecharme de su buena voluntad. Ferisha y yo le aseguramos de que nuestro agradecimiento seria igual al servicio que iba á hacernos. Vistióse como un soldado Márata y partió.

Tres semanas estuvo Ambdar ausente, sin dar noticias de su persona. Empecé á temer que lo hubieran descubierto los Generales enemigos, y tratado como á una

espía; pero, en fin, lo ví llegar. Yo estaba con Ferisha. Nos refirió Ambdar, que el exército de los Máratas campaba á la derecha del rio Caveri, que casi circunda á Siring-Patnam; y que los enemigos solo tenian, sobre la izquierda del rio, algunas partidas para cortar las comunicaciones. Añadió, que, siguiendo la orilla izquierda, y andando sobre el mismo rio (cosa no dificil por su poco fondo) podriamos pasar entre el Caveri y los cuerpos de guardia enemiga, sin ser vistos; y especialmente si escogiamos el amanecer para el paso. Determinóse la marcha con arreglo al plan.

Llegamos ayer, á las dos de la noche, á vista de los fuegos de los Máratas. Seguimos el cauce del rio, que era angostísimo en aquel parage, llevando delante al fiel Ambdar, que conocia el local. Caminábamos con la mayor precaucion. Al apuntar el dia, ya habiamos dexado, felizmente, á nuestras espaldas los cuerpos de guardia avanzados de los enemigos; pero todavía nos quedaban tres leguas para

llegar á las puertas de Siring-Patnam. Era peligroso exponernos de dia á la vista de ciento y cincuenta mil hombres. Celebróse un consejo de priesa. Ibamos bordeando la isla que forma el Caveri, sobre Siring-Patnam. Propuse que nos refugiásemos á ella. Yo conocia un vado para atravesar el brazo del rio. La isla es abundantísima de árboles, y era de presumir que podriamos pasar el dia en ella sin ser descubiertos, y salir de ella, al entrar la noche, para volver á nuestro camino.

Siguióse mi dictámen. Al llegar á la isla, se metió nuestra caballería por lo mas espeso del bosque, donde resolvimos pasar la noche. Pareciónos el dia tanto mas largo, quanto que una parte de nuestros compañeros no tenia que comer. Pero se repartió lo que llevabámos lo mejor que se pudo.

Dos horas antes de ponerse el sol oimos fusilazos en la isla. Subiéronse algunos á los árboles, y yo con ellos, para descubrir lo que pasaba en la llanura. Juzgad de mi admiracion, quando divisé, casi á

la falda del bosquecillo, unos ciento y cincuenta cazadores, entre los quales me pareció que estaba Madurao. Advertí á mis compañeros que no se separasen. Nos adelantamos Ferisha y yo á una pequeña altura, y nos subimos á unos árboles, cuyas ramas espesas nos ocultaban. Entonces nos cercioramos de que el Xefe de los Máratas cazaba en la isla, acompañado de pocos Oficiales.

A la orilla del brazo mayor del Caveri estaban amarrados seis barcos grandes, guardados por unos trescientos Máratas. Inmediatamente se formó el proyecto de aprisionar á Madurao. No era de fácil execucion aquella empresa. Podiamos ser cortados y derrotados en nuestra retirada; pero ya que el suceso fuese dudoso, estábamos, á lo menos, seguros de cubrirnos de gloria. No se perdió momento para disponer el ataque. Todos estaban prontos para montar á caballo. Resolvióse, que dos mil y quinientos de nuestros compañeros, llevando á su cabeza á Ambdar, que no es menos valeroso que astuto, marcharian

inmediatamente hácia el vado por donde entramos en la isla. Podiase llegar á él sin salir del bosque. Habian de detenerse á la falda de él, pasar luego el brazo del Caveri, y formarse en batalla á la otra orilla, inmediatamente que oyeran la señal del ataque. Ferisha, al frente de novecientos hombres, fué comisionado para costear el bosque por el lado donde estaban las barcas, de las que habia de apoderarse al oir la misma señal. Yo tuve la comision de hacerla, y de prender al Príncipe, mientras Ferisha estorbaba que tomase las barcas, y mientras Ambdar cubria nuestra retirada, haciendo frente á los destacamentos de tropas Máratas, que podian presentarse para dar libertad á su General.

Dadas estas disposiciones, guardé mi puesto con seiscientos hombres que me quedaban. Este número era mas que suficiente para hacerme dueño de la persona del Príncipe y de los Oficiales que lo acompañaban. La noche es mas favorable que el dia para toda expedicion de sorpresa. Retardé, pues, quanto me fué posible, el

instante de hacer la señal convenida. Mis compañeros de á caballo estaban prontos á arrojarse; pero yo, sobre un árbol, seguia con los ojos á mi presa, que no podia escapárseme.

Finalmente, al ponerse el sol, conocí que los cazadores se disponian á ganar la orilla del rio; y que aquel era el momento decisivo. Mandé tirar siete mosquetazos, á los que me correspondiéron inmediatamente las otras dos divisiones. Aquella era la señal dada para obrar de acuerdo. Maravillado el Príncipe, sin duda, de aquella triple salva, tomó precipitadamente el camino de las barcas; pero, en un instante, le corté, y quedó su escolta rodeada. Madurao, que juzgó inútil la resistencia, se rindió con su comitiva. Ferisha se apoderó, al tiempo mismo, de las barcas atadas en la orilla. Los Máratas que las guardaban pidiéron en vano las vidas, pues nuestros compañeros los sacrificáron á nuestra seguridad.

El ruido que hicimos atraxo á la orilla los Máratas, campados cerca de ella. Gri-

táron espantosamente así que distinguiéron que llevábamos preso á su General y Xefes principales; pero el brazo del Caveri, que nos separaba, hizo inútiles los esfuerzos de su furor. Arrojáronse muchos al rio para pasarlo. Llevóselos la rapidez de la corriente, y con su muerte se calmó el valor de sus compañeros.

Mientras los Máratas juntaban barcos para perseguirnos, se unió Ferisha á mi tropa, cabalmente quando acabábamos de atravesar el brazo pequeño del Caveri. Todos juntos tomamos el camino de la plaza, marchando con quanta celeridad podian nuestros caballos. La noche que sobrevino cubrió nuestra marcha con favorables tinieblas. Los Máratas, campados en aquella parte, acudiéron, sin embargo, por varios lados. Ambdar y Ferisha, al frente de sus divisiones, arrostráron á quantos se lès presentáron, dándome tiempo así para alejarme con mis prisioneros. Por último, quando ya me juzgáron seguro, se retiráron á rienda suelta, y se me incorporáron al tiempo

que entrábamos en la plaza.

Así que Hussein acabó su narracion, abrazó mi padre de nuevo á sus dos amigos. Les pidió, que les presentasen al dia siguiente al fiel Ambdar, cuyo amigo queria ser, dándole un empleo de consideracion en sus tropas. No tardó en caer la conversacion sobre la felicidad que nos unia despues de tan increibles sucesos. La noche, que estaba ya muy avanzada, quitó á Ferisha el referirnos menudamente las aventuras encadenadas, que le conduxéron desde Basora á Siring-Patnam. Díxonos, no obstante, algunas circunstancias principales, y cada qual se fué á tomar el descanso que necesitaba.

Por la mañana, entró Luzina en el quarto de Heyer-Aly-Kan, luego que supo que estaba levantado. No le admiró su visita matutina, porque acostumbraba hacérselas á hora semejante, quando su esclavitud en Basora. Dicha muger dió quejás á mi padre de que no la hubiese conocido en Agra, donde se hallaba, vestida de hombre, en compañía de su ama. Le ase-

guró, que, á no haber sido por el expreso mandato de Zama, le hubiera advertido de todo; y tambien le aseguró, que si su ama la hubiera indicado la horrible catástrofe, que tan funesta les habia sido á ambos, no hubiera escuchado, en aquel caso, mas voz que la de la amistad.

Mi padre agasajó quanto pudo á la amable Luzina; y, juntamente con Hussein y Ferisha, que acababan de entrar, se desayunáron. Conocíasele á Luzina en los ojos la complacencia con que miraba á Heyder-Aly. Propúsola este, que fixára su residencia en el Masur, y que le proporcionaria un establecimiento digno de su mérito. Respondióle Luzina, que ella creia que Zama se quedaria en el Indostan, y que así no se separaria de ella; pero que, en caso de que quisiera volverse á Basora, aceptaria el partido que le proponia.

LXXXIV.

A las diez de la mañana, recibió mi pa-

dre la visita de Madurao. Yo estaba á su inmediacion. Tocáronse conversaciones varias sobre asuntos generales. Reclamó aquel Príncipe la libertad de comer todos los dias con los Oficiales de su exército partícipes de su prision. Aseguróle mi padre de que podia mirarse como dueño del palacio que habitaba, y disponer, á su arbitrio, de quanto gustase.

Extendióse, durante la noche, en el campo de los Máratas, la noticia de la prision de Madurao; de manera, que, al dia siguiente, era sumo el desórden que reynaba en las tropas que lo componian. Los soldados de la plaza, que observaban esto desde las murallas, pedian á voces el permiso de caer sobre unos enemigos consternados, y casi vencidos por el desaliento. Moderáron su ardor, ofreciéndoles, para la siguiente noche, una salida general, que fué muy afortunada.

LXXXV.

Entre tanto que yo asistia, juntamente con mi padre y el Márata Madurao, á un bayle (que se dió en los salones interiores del palacio, para que se divirtiera el prisionero en ver baylar á las Baliadaras), Moctum y Hussein, al frente de la mayor parte de la guarnicion, penetráron, casi sin obstáculo, hasta el campo de los Máratas. Casi toda la caballería huyó. Se apoderáron de la artillería, de las municiones, y de las provisiones, que entráron libremente en la plaza al otro dia, é introduxéron en ella la abundancia.

Aquel lucido exército, que amenazó conquistar toda la India, se disipó por sí mismo. Un espanto general se apoderó de todas las tropas; de manera, que, dos dias despues de la prision de Madurao, no se veia un solo esquadron en las inmediaciones de Siring-Patnam. Quantos fuertes tomáron los Máratas quedáron evacuados;

y, dentro de poco, no quedáron, de aquella invasion, mas vestigios que las devastaciones que acompañan siempre á los exércitos numerosos.

LXXXVI.

Ragoba, que se habia quedado en Poonah, para presidir el Consejo de la República Márata, miéntras Madurao mandaba el exército, envió una embaxada solemne á Siring-Patnam para tratar de la paz y del rescate de su sobrino. El ajuste era tanto menos difícil, quanto los Máratas tenian entónces una sangrienta prueba de la perfidia del Consejo de Bombay.

Para empeñar la Compañía Inglesa á aquellos pueblos á que se echasen sobre el Canará, les prometió restituirles la fortaleza de Bassein, y la isla de Salceta, de que se apoderó, muchos años ántes, una esquadra Británica. En vez de cumplirles la promesa, se aprovechó del embarazo en que la guerra tenia á la Re-

gencia de Poonah, para oprimir al desgraciado Emperador Mogol, Schas-Allum, quien, viendo, con evidencia, que los Ingleses habian ofrecido protegerle con la torcida intencion de echarse sobre sus despojos, se puso en manos de los Máratas. Los Administradores de Poonah conociéron profundamente una verdad, que Heyder-Aly les habia mil veces repetido, de viva voz y por escrito, esto es, que la potencia de los Ingleses no tanto dimanaba de sus fuerzas, quanto de la política insidiosa con que sembraban astutamente la desavenencia entre los diferentes Príncipes del Indostan, destruyendo á los unos por medio de los otros, y aprovechándose despues de la debilidad que seguia á las guerras civiles, para fundar su Imperio sobre la desventura de los indigenas.

Ragoba ofreció una suma crecidísima por el rescate de su sobrino. Heyder la rehusó, y, sobre esto, prometió enviar un cuerpo de diez mil hombres, en calidad de auxîliares, á Benarés, que esta-

ba acometido por los Ingleses, á condicion de que los Máratas se obligasen á socorrerlo, á su vez, quando atacase á los Ingleses, ó fuese atacado por ellos. Concluyóse este tratado á fines de Abril de 1772, y Madurao salió de Siring-Patnam para volver á Poonah, donde murió poco tiempo despues.

LXXXVII.

Diéronse entonces las necesarias providencias para volver á Heyder-Nagur. Sufrió mucho la ciudad durante la guerra; pero el castillo, defendido por una guarnicion valiente, no fué tomado. La felicidad, aquella famosa quimera, á la qual inciensan todos los hombres, y por la qual mi padre suspiraba tanto tiempo habia, esto es, el amor y la amistad, concurriéron juntamente para formar el texido de sus dichas. Una noche, despues de haber cenado en la habitacion de Azeyma con sus amigos, se uniéron las damas

á él para pedir á Ferisha, que nos contase la serie de sus aventuras.

LXXXVIII.

No es de maravillar, dixo Ferisha á mi padre, que hayais hecho infructuosas pesquisas, en las provincias inmediatas á la Iragüa, para romper mis cadenas. Me compró, en el mercado de Basora, un comercianre rico de Samarkanda, llamado *Keineb*. Partió mi amo, poco tiempo despues, para Bagdad, donde no nos detuvimos mucho. Se juntó con una caravana de comerciantes que iban al pais de los Usbecos. Hicímos felizmente un viage de setecientas leguas. La caravana se separó á las orillas del Oxô. Déxámos este rio para subir por el rio Jaxarte hasta Samarkanda. Confundiéronme con los demas esclavos; y, por mas que hice, no pude saber qué os habiais hecho.

Pasé tres años en casa de Keineb, sin esperanza alguna de recobrar mi libertad.

Tenia mi amo una casa de campo, á las orillas del Jaxarte, á dos leguas de Samarkanda. Habitábala con su familia todo el tiempo de los calores. Un dia de otoño dispuso ir á pescar al rio, como freqüentemente lo hacia.

No sé como, ó por qué, la barca se hundió estando en medio del rio. Iba yo remando con los demas esclavos, y casi desnudo. No me desconcertó aquel accidente. Agarré, por sus vestidos, á mi ama, que se ahogaba, y la llevé, con felicidad, á la orilla. Así que estuvo segura, me arrojé otra vez al rio para socorrer á mi señor, cuyas apuradas fuerzas no le permitian ganar la orilla. Fuí tan dichoso, que llegué á tiempo de salvarle la vida. Lo puse junto á su esposa, que empezaba á volver en sí, y me diéron allí mismo la libertad.

LXXXIX.

Los Usbecos son naturalmente buenos

y generosos. Luego que estuve algo familiarizado con mis amos, que me trataban ya como á su mejor amigo; y, sobre todo, luego que les hube contado algunas circunstancias de mi vida, empezáron á quererme tanto, que llegáron hasta ofrecerme á una de sus hijas en casamiento. Mi cariño fiel á Heyder, á quien miraba como á mi pupilo, me desviaba de todo establecimiento que pudiera quitarme la esperanza de volver á verlo. Rehusé, pues, los ofrecimientos de Keineb, y le pedí la licencia para regresar á mi patria. No quedó cosa que no intentáran para hacerme mudar de resolucion.

Viéndome Keineb incontrastable, me regaló muchos esclavos, y un camello cargado de víveres y de piezas de plata; y me acompañó hasta las puertas de Samarkanda, donde se despidió de mí, deseándome quantas felicidades son imaginables.

Salí del pais de los Usbecos, y tomé el camino de Cabul. Noticiáronme, en aquella ciudad, lo sucedido en la India desde mi partida. Llegué á Agra, y no

pude menos de saber vuestra llegada allí, porque no se hablaba de otra cosa. Al mismo tiempo supe, que habiais reñido un desafio con un señor extrangero, nombrado *Mirsa-Mula*, y que habiais muerto en la pelea. Solo me detuve en Agra por asegurarme de un hecho que me importaba tanto; y así que me convencí de que era cierta vuestra desgracia, acabé de desasirme del mundo con aquel trágico suceso; y determiné acabar mis dias en una soledad.

XC.

Partí de Agra sin haber visto á Nadim-Zaëb.—Absorbido estará en lo sumo de su dolor, me decia yo á mí mismo. ¿Qué consuelo puedo yo darle?—Como mis esclavos me eran inútiles, les dí libertad. Y montando despues en el camello, que llevaba todas mis riquezas, tomé el primer camino que se me puso por delante; y lo seguí, sin saber á qué pais me llevaria,

porque me eran todos indiferentes. Al cabo de quince dias de camino, me hallé á las orillas del Indo.

Los habitadores de aquellas comarcas son los antiguos Parsis, discípulos de Zoroastres. Viéndose estos precisados á dexar su patria, quando los Musulmanes, dominadores de la Persia, constriñéron á los habitantes de aquel Reyno á abandonar la religion de los Magos por el islamismo, quisiéron mas dexar la tierra donde reposaban las cenizas de sus antepasados, que abrazar un nuevo culto. Aquellos extrangeros construyéron diques á lo largo de los rios, y cultiváron hasta las mas escarpadas montañas. Multiplicáronse pasmosamente, en el mismo pais que supiéron fertilizar, y en el que viven sencilla y frugalmente, sin conocer mas necesidades que las indicadas por la naturaleza. Aquella morada elegí para retiro. Empleé una parte del dinero que tenia en la adquisicion de una bonita casa perteneciente á un comerciante de Tata.

XCI.

Estaba circundada dicha casa de un vasto terreno, que encontré casi inculto, y que no tardé en hacer útil. Ya habia un año que pasaba yo, en aquel retiro, una vida sosegada, quando una tarde, que me paseaba á la orilla del riachuelo Kiang, que bañaba mi habitacion, ví venir hácia mí quatro personas á caballo. El que parecia mas autorizado se me acercó cortesmente, y me rogó que le dixera, si habia en aquellas inmediaciones alguna hospedería en que pudiese pasar la noche. Agradóme la buena traza de aquel desconocido, y le respondí, que no hallaria, en muchas leguas á la redonda, otras hospederías, que las cabañas que estaba viendo; y le dixe, ademas, que me admiraba de que se hubiese expuesto, siendo tan tarde, en un parage tan desierto. El amable incógnito me dió gracias de que le hubiera informado de lo que deseaba saber; y aña-

dió, que se habia perdido en los montes, y que estaba tan preocupado, que habia muchos dias que caminaba, sin llevar camino cierto.

El modo con que el extrangero pronunció estas palabras, introduxo en mi corazon un afecto de tal especie, que me apegaba, sin saber como, á sus intereses. —Señor, le dixe, aquí no encontrareis un retiro como mereceis; pero si quereis aceptar mi casa, que no está lejos, pasareis en ella la noche con menos incomodidad. Alguna dificultad puso el extrangero en aceptar la oferta que yo le hacia; mas, al fin, se rindió á mis instancias, y tomamos, juntos, el camino de mi casa.

Mientras se componia la cena, hablé con el extrangero de cosas generales. Me preguntó ¿si residia yo ordinariamente en aquellos montes? Habito en ellos, le respondí, de unos dos años á esta parte; y no tengo mas sociedad que la de las buenas gentes, cuyas cabañas habeis visto. Por mí, replicó el desconocido, os aseguro que huyo de los hombres, y que qui-

siera huir de mí mismo. Pronunció estas palabras con una angustia que me enterneció. Interrumpiónos la llegada de uno de sus compañeros, que, sin duda, se detuvo para dar algunas órdenes. Este era Luzina. Ved aquí de entre todos mis amigos el mejor, me dixo el extrangero. Sin él, y sin los consuelos que me da, ya hubiera yo acabado al rigor de mis penas. Advirtiéronme entonces, que la cena estaba ya servida; y, finalizada esta, acompañé á mis huéspedes á sus habitaciones.

Estaba yo curiosísimo de conocer mas particularmente dos personas, á quienes miraba con inclinacion irresistible. Hice muchas preguntas á los dos esclavos que los acompañaban; pero saqué muy cortas luces. Dixéronme, sí, que su amo era un Señor Persa, que se veia precisado á salir del Indostan, por un lance de honor que habia tenido en Agra.

Así que me levanté, al siguiente dia, entráron los huéspedes en mi quarto. Me agradeciéron la hospitalidad que les habia dado, y se despidiéron para continuar su

camino. Muchísimo me costó reducirlos á que descansáran algunos dias mas en mi casa; pero lo conseguí por último. Diariamente descubria yo en aquellos extrangeros nuevas prendas, que me iban haciendo mas doloroso el instante de separarme de ellos. Casi nunca me apartaba de su lado, sin hacer otra cosa que divertir los pesares que devoraban á Mirsa-Mula. Díxome este un dia, que pensaba acabar su vida con su amigo en el retiro. Servíme de aquella confianza que me hizo, para instarle á que prefiriera el parage adonde la casualidad lo habia conducido. Mi proposicion le dió que pensar un rato; y despues me pidió que le diera veinte y quatro horas para resolverse. Le hice observar, en aquel intervalo, que, hallándonos todos tres en una misma disposicion, nos era una ventaja comun poder hablar de nuestras recíprocas desventuras, y ayudarnos mutuamente á sobrellevarlas. Rindiéronse los huéspedes á mis razones.

Desde aquel dia me pareció mas risueña mi soledad. Participábamos de los tra-

bajos campestres de los Parsis; y, al caer de la tarde, sentado, con Mirsa-Mula y su amigo, á la orilla del riachuelo, les contaba yo, para entretenerlos, algunas de mis aventuras.

Un dia les conté la historia de mi esclavitud en Basora; y del como me ví separado de un discípulo, á quien queria yo mas que á mí mismo. A medida de como yo hablaba, cambiaba Mirsa-Mula de color.—Continuad, continuad, me dixo, porque la alteracion, que no dexareis de haber notado en mí, viene de la conformidad de vuestras aventuras con los sucesos que causan la desgracia de mi vida. Si yo no os hubiera hallado en un pais tan distante de la Arabia, creyera que erais un tal Ferisha, amigo y compañero de Heyder-Aly-Kan.

De nada me sirvió toda mi filosofía así que oí pronunciar este nombre.—¡Sí, si! exclamé al instante fuera de mí mismo: ¡Ferisha soy! ¡Yo era el amigo de aquel desdichado Príncipe, que acaba de perecer en su patria en lo mas florido de su

edad! Mirsa-Mula me dexó exclamar quanto quise; y, luego que estuve capaz de escucharle, me dixo: ¡Ay, Ferisha! ¡Ay, Ferisha! ¡Quánto vais á aborrecerme!...... ¡Delante teneis al monstruo que mató á vuestro amigo! Yo le sacrifiqué en un acceso de furor. ¡Bien castigado estoy! ¡Bien! ¡Mas le amaba que á mi exîstencia misma! ¡Solo mi muerte podrá calmar mi despecho! — Entonces me declaró Mirsa-Mula su sexô, y el de Luzina, y sus nombres verdaderos; y me confió tambien el orígen y progresos de su pasion, añadiendo, que como las viruelas que pasó, poco tiempo despues de vuestra ausencia de Basora, la mudáron casi totalmente los lineamentos del rostro, concibió la resolucion extraña de iros siguiendo á vuestra patria. Me habló del desafio que con vos tuvo; y que la lleváron desde el parage á casa del Embaxador de Persia, desde donde, algunos dias despues, la trasladáron á su posada, en la que estuvo cerca de dos meses á las puertas de la muerte: que luego tomó algunas fuerzas; pero que, re-

husándose á toda especie de consuelo, habia un año que llevaba una vida vagamunda, errante de bosque en bosque, de soledad en soledad, y desterrado para siempre del mundo.

No pude dexar de compadecerme de una muger amable y generosa, cuyas muchas desgracias, irreparables ya, habia causado el amor. Pero la filosofía consiguió, poco á poco, templarlas.

Veinte años habia que pasábamos una vida solitaria, quando un Parsis, que fué á Suráte á negocios de comercio, me notició, á su vuelta, que no tan solo no habiais muerto, sino que, sentado en el trono de vuestros antepasados, y lleno de gloriosa fama por vuestras victorias contra los Ingleses, estábais actualmente en guerra con los Máratas. Desde aquel mismo instante desapareciéron de mis ojos los atractivos de la soledad. Lo mismo le sucedió á Zama, en quien ya se reconocia templada la pasion con que os habia querido. Vendióse muy presto mi casa. No os hablaré de las sensaciones

que experimenté al entrar en el centro del Indostan, y al saber todo lo sucedido en veinte años. Me pareció que resucitaba á la vida. Los primeros á quienes pregunté, al entrar en Aurengabad, me noticiáron, que el Subá hacia preparativos en favor vuestro, y que teniais en la corte un Embaxador, llamado Hussein. Lo demas ya lo sabeis; y concluyó diciendo: que aquella felicidad, que yo creia una quimera, la veia realizada en favor mio.

XCII.

Terminada felizmente la guerra, envió Heyder-Aly-Kan la mayor parte de sus tropas á las guarniciones, reservando diez mil caballos, que enviaba á Benarés al socorro de los Máratas. En aquellas circunstancias, solicitó Hussein el permiso de acompañar á Zulia, su esposa, al valle de Dinam. Fué en vano que mi padre quisiese disuadirlo, porque opuso la palabra dada por él á los padres de Zu-

lia de volverla á sus brazos. No hubo medio para detenerlo. Privado, pues, de la compañía de un hombre, cuyos consejos me dirigian en el camino de la vida, me adherí á Ferisha, que era el único que podia reemplazarlo en mi corazon.

Solicité la satisfaccion de mandar el destacamento, que partia para el norte de Bengala; pero mi padre habia destinado aquel encargo á mi hermano Amin-Zaëb, que estaba entonces estudiando en Benarés.

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,
SULTAN DE MASUR.

PARTE QUARTA.

I.

Dexamos á Schas-Allum, Emperador de la India, en Halla-Habad. Una corta provincia, cuyas rentas no subian á tres millones de pesetas, era todo lo que quedaba al heredero de Aureng-Zeb, el Rey mas rico de la tierra. De nada sirvió que los Ingleses le hubiesen prometido restablecerlo en su trono; pues, por aquella

promesa, tuvo que cederles todo el Bengala. Así que se viéron solidamente establecidos en aquel bello pais, no solamente eludiéron sus obligaciones con Schas-Allum, sino que tambien, muy en breve, las olvidáron totalmente; y aun rehusáron de pagarle una débil pension de siete millones, que se habia reservado sobre las rentas públicas de la Subadía. El Consejo de Calcuta llevó la insultante irrision hasta el extremo de precisar al Monarca, sin estados ni rentas, á dar el título de Gran-Visir al Subá de Benarés, Sujah-Ul-Dula, que poseia, baxo la proteccion de los Ingleses, una soberanía, cuyas rentas le ponian en estado de tomar á su sueldo al mismo, cuyo primer Ministro se llamaba. Sujah-Ul-Dula (siguiendo la costumbre de los viles ambiciosos, que besan baxamente los pies de un magnate, para lograr el derecho de dominar sobre otros esclavos), ambicionaba los dos pequeños paises de Corah y de Kurra, que eran las únicas posesiones que le quedaban á Schas-Allum. Hastings, Go-

bernador de Calcuta, se comprometia á asegurárselos, mediante trece millones de pesetas. Pero el caso era disfrazar aquella injusticia. No podia faltar ocasion para ello á unos hombres, que apenas ocultaban su desprecio á las grandes y sublimes máxîmas morales, que deben dirigir las acciones humanas, sin las quales toda la masa de los gobiernos no es mas que un vastísimo teatro de picardías entregado á la fortuna.

II.

Hasta ahora he hablado poco de Hastings, de aquel hombre, que fué, tantos años, actor principal de unos acaecimientos dignos de fixar la atencion de todo el orbe; de aquel, cuya conducta y carácter diéron lugar á profundísimas especulaciones; de aquel, cuyas máxîmas políticas origináron facciones numerosas; y de aquel, en fin, cuyos enemigos y partidarios, tantas veces, y con ardor casi

siempre igual, atacáron ó defendiéron las operaciones.

Hastings pasó á la India á los diez y ocho años de su edad. Desde luego se aplicó al conocimiento de los idiomas Persa é Indostano. Fué el primer Ingles que llegó á hablarlos con propiedad. Aquella ventaja fué, en lo sucesivo, el principio de sus fortunas, y del ascendiente que logró sobre el ánimo de los naturales del pais. Pusiéronlo á la cabeza de una nueva escala, que querian establecer los Ingleses en la Subadía de Benarés; pero no tuvo buena suerte en aquella operacion. Con todo eso, los conocimientos locales que tuvo proporcion de adquirir, fuéron de un gran socorro para el Lord Clive, quando emprendió la conquista de Bengala. La moderacion, que entonces acreditó el jóven Hastings, distaba infinito de la fria y atroz barbaridad que exercitó en lo sucesivo, traficando con sangre humana, por desgracia de los Indios, y aun de sus mismos compatriotas.

Volvió á Europa con medianos bienes,

quando Clive habia juntado cerca de veinte y quatro millones de pesetas. Entonces dexó las especulaciones comerciales, y se dió á la poesía y á las bellas artes en la Universidad de Oxford, donde estuvo entendiendo en el establecimiento de tres profesores, para enseñar las lenguas que se hablan en el Indostan. Despues, en el año de 1769, fué nombrado Vice-Presidente del Consejo de Madrás. Ocupó aquel empleo hasta primeros de Febrero de 1772, que se le encargó el gobierno general de Bengala.

++++++++++++++

III.

Maravillado el nuevo Administrador de la prodigalidad que reynaba en cada departamento de las rentas públicas, empleó desde luego los recursos de su ingenio para restablecer un equilibrio necesario. Cercenó algunos gastos excesivos del gobierno de Calcuta. Nombráronse comisarios, entre los miembros del Consejo de Calcuta, para visitar todos los dis-

tritos. Moderáronse los gastos de percepcion, y se estableciéron cortes provinciales, para oponerse á los actos de opresion y de autoridad árbitrarios, tan perjudiciales á la Compañía como á los naturales del pais. Estas disposiciones, dadas con sabiduría, fuéron executadas con vigor. Ya los negocios tomaban nuevo aspecto, mostrando indicios de la mano del reformador; pero los antiguos interesados (que solo habian venido de las orillas del Támesis á las del Gánges, para allegar, en pocos años, grandes riquezas), contuviéron, muy presto, los efectos de aquellas útiles innovaciones. El mismo Hastings mudó de conducta; y ya fuese que las contradicciones que sufria en el Consejo enflaqueciesen su buena voluntad (cuyos efectos hallaban siempre trabas), ó ya fuese que el exemplo de los grandes bienes que veia acumular, y la consideracion que daban á sus poseedores, hiciesen impresion sobre su alma; lo cierto es, que él se disgustó de un desinteres dañoso á sus fruiciones particulares, y de ningun

modo útil para la causa pública.

Viéronse los infelices Indios nuevamente entregados á todo genero de opresion. Las operaciones de la Compañía Inglesa de la India son tan extensas y tan complicadas, y los efectos de su política son tan destructores, que el Indostan es, acaso, el único pais del mundo, que puede ser teatro de toda aquella especie de males.

El principal fin de todo gobierno debe ser constantemente la seguridad y felicidad de los vasallos. Es una máxîma fundamental en todos los sistemas de las rentas, que el impuesto ha de ser proporcionado á las necesidades del Estado; y que el excedente de las rentas públicas ha de emplearse en alivio de los contribuyentes. Este sistema, que es el único razonable, y el único capaz de apegar el pueblo al gobierno, es, sin duda alguna, incompatible con las ideas de una Compañía, que no tiene mas objeto final, en toda especulacion, que el agiotage y el comercio. Estos potentados comerciantes tienen en Lóndres intereses particulares é

individuales, á que estan subordinados los intereses de los Indios. A este interes individual debe acusarse de las horribles devastaciones, que tan constantemente han caracterizado las conquistas británicas en el Indostan. Todos los recursos de aquellas comarcas fértiles y pobladas se agotáron por medio de una exportacion continuada y sin retorno. Las producciones de la India enriqueciéron á particulares, que lleváron sus tesoros á climas distantes. Las otras naciones Européas, establecidas en la India, compran sus producciones con producciones heterogéneas, ó con dinero. La circulacion de estos cambios es prenda segura de la felicidad del pais; pero la Gran Bretaña, como potencia territorial en el Indostan, no solamente no lleva al pais géneros y dinero, sino que tambien sus agentes, como que gozan de la autoridad suprema, se apoderan con violencia de las mercancías que les acomodan, las pagan á los precios que les ponen, y disponen de ellas segun su capricho.

La gran prosperidad de la Compañía Inglesa trocó el objeto de sus especulaciones, dexando subsistente la forma exterior de su organizacion. No era ya una sociedad comerciante, sino una potencia soberana, que sacaba rentas inmensas á la sombra de un comercio, que, en otros tiempos, era toda su exîstencia, y que, no obstante la extension que habia tomado, no era mas que un accesorio en la combinacion de su grandeza actual. Abrióse un vasto campo á los manejos ocultos de los agiotistas. La nacion, que estaba acostumbrada á las maravillosas aventuras del Asia, quedó engañada en su misma credulidad. El Lord Clive, y algunos otros particulares, regresáron á Lóndres con sumas riquezas. De esto infiriéron, que eran inagotables los tesoros de la India, y todos querian participar de ellos. Resultáron de aquel momentáneo delirio los mismos efectos que acompañáron, en Paris, al sistema de Law, baxo la Regencia. Las acciones de la Compañía de la India se aumentáron rápidamente por el

general deseo de participar en los buenos sucesos venideros, mirados como infalibles.

Presto se desvaneció aquel sueño lisonjero. Por muchos años se habia conseguido satisfacer puntualmente á las exôrbitantes demandas de los accionistas de Europa, y no hay duda en que, entonces, los gastos de la Compañía no excedian á sus provechos. Pero mudáron las cosas, quando, para proporcionarse dinero, priváron á los habitantes agricultores de sus tierras, extorcáron las sedas de las manufacturas, y quitáron á los arrendadores hasta el arroz, que conservaban para sus necesidades. Pronto se echó de ver, por la fuga de los texedores y labradores, que los recursos sólidos y permanentes de un pais comerciante no consisten en las contribuciones sacadas por la fuerza militar, sino en la cultura de las tierras, en los progresos de las manufacturas, y en la poblacion y felicidad de los pueblos. Los caudales provenientes de qualquiera otro orígen, son necesariamente tan precarios por

su naturaleza, como criminales por su adquisicion. No seria mas absurdo lisonjearse de vivir sin tomar alimento alguno, que creer que un gobierno (cuyas operaciones fiscales se dirigen á despojar el pais, para transportar incesantemente su numerario y sus producciones á tierras lejanas, sin esperanzas de retorno) pueda prosperar mucho tiempo, ni aun subsistir.

IV.

Estaba tan apurada la Compañía, á principios del año de 1773, que se miraba como próxîma su bancarota. Su gobierno estaba como inanimado. La venalidad, el luxô y las dilapidaciones, habian relaxado todos sus resortes. Los campos de Bengala, tan florecientes en otro tiempo, los tenian despoblados las emigraciones y el hambre. El tesoro estaba vacío, porque apenas bastaban las rentas para el gasto particular de los Administradores. El exército, como no estaba pun-

tualmente pagado, se amotinaba. Y el coloso de poder, que los Ingleses eleváron sobre el Gánges, se hubiera venido abaxo, si el Gobierno Británico no hubiera puesto al tribunal de los Directores de Lóndres en estado de hacer frente á los empeños temerarios contraidos por la Compañía, prestándola una suma de treinta y un millones y quinientas pesetas, y descargándola tambien del tributo anual de nueve millones de pesetas, que pagaba al fisco desde el año de 1769.

V.

Aquel socorro se dió á condicion de que el Gobierno de Inglaterra tendria, en adelante, una inspeccion inmediata sobre las operaciones políticas de la Compañía en el Indostan. Sir Roberto Harland fué enviado á Madrás, en calidad de Ministro plenipotenciario del Rey de Inglaterra. Presentóse como un ser conciliador. Exhortó á los miembros de los Consejos

soberanos de Calcuta, de Madrás y de Bombay, á que conservasen entre ellos la armonía necesaria para obrar simultáneamente hácia un fin general. Les encargó que mantuviesen la tranquilidad del Indostan; que mejorasen las rentas públicas, sin perjudicar á las manufacturas ni á la cultura de las tierras; que eludiesen con prudencia el mezclarse en los intereses respectivos del pais; que no buscasen por otros medios lo que podian conseguir del tiempo y de las negociaciones; y que arreglasen las disposiciones del Gobierno sobre el interes general de la Compañía, combinándolo con la prosperidad y seguridad de Bengala. Finalmente, se hizo mediador entre los Indios y los comisionados de la Compañía, y entre los Príncipes del pais y los Consejos soberanos de Calcuta, de Bombay y de Madrás.

Los Administradores, que estaban acostumbrados á una autoridad absoluta y sin estorbo, no veian, sin muchos celos, á un Plenipotenciario, cuya influencia podia desvanecer la que ellos habian gozado has-

ta entonces, produciéndoles tantas y tan grandes ventajas. Los mas de los Príncipes Indios tenian ideas imperfectísimas del poder parlamentario y de las prerogativas de la Corona Británica. Para ellos la Compañía Inglesa era una potencia mas formidable que los mayores potentados del Asia; y creian que no reconocia ninguna autoridad superior. Debian, pues, salir como de un horroroso sueño al saber que aquella Compañía poderosa no era mas que una sociedad de comerciantes obscuros, y que todo aquel sistema, que tan grandes efectos habia producido en la India, y que habian mirado tantos años con admiracion y con respeto, no era otra cosa que la obra subalterna de un cuerpo, sometido á una potencia infinitamente superior.

VI.

Atormentados, con tales aprehensiones, los Agentes de la Compañía en la India, trabajáron unánimes en hacer ilusorio el

poder del Plenipotenciario. Por todas partes le armáron lazos, en que cayó por la poca experiencia que tenia del carácter de los Indios. Un hombre, que no tenia manejo alguno en las rentas, no podia representar mucho tiempo gran papel en un pais en que solamente el esplendor exterior atraia la atencion de los pueblos; ademas de que no tardó mucho en ser su inspeccion totalmente inútil é imposible, á causa de las guerras, que los enredos ocultos de los Agentes de Calcuta, de Bombay y de Madrás, encendiéron en los paises inmediatos á Bengala, con operaciones tan complicadas, que el Parlamento Británico se vió precisado á ponerlo todo en manos del tribunal de los Directores.

VII.

Entonces fué quando Hastings consintió en que el Subá de Benarés echase á Schas-Allum de Halla-Habad; y aun prometió un cuerpo de tropas Inglesas para

aquella expedicion, mediante la suma de trece millones, que le pagó Sujah-Ul-Dula. El hijo de este Príncipe fué, en lo sucesivo, rigurosamente castigado, por tal perfidia, de la misma mano del que habia sido su cómplice. En prueba de que la Providencia, que permite los delitos, los castiga tarde ó temprano.

VIII.

Despojado Schas-Allum por los mismos á quienes dió su confianza, llamó á los Máratas para socorro suyo y del Imperio, conforme á los antiguos tratados entre los Emperadores Mogoles y aquellos pueblos. Unos Embaxadores, que envió á las principales potencias de la India, despertáron en sus almas los celos y el odio contra unos extrangeros pérfidos y ambiciosos, de quienes todas tenian que quejarse. Formóse contra los Ingleses una liga temible. Los Máratas (á quienes Schas-Allum entregó á Halla-Habad, juntamente con los

dos distritos de Korah y de Kurra, cuya propiedad diéron los Ingleses al Subá de Benarés) prometiéron al Emperador llevarlo hasta Delhy, antigua residencia de sus antepasados. Los Pátanos, cuya dominacion se extendia hasta los confines de la Subadía de Benarés, se conviniéron á meterse en sus anteriores límites, mas allá de las montañas de Lahor. Heyder-Aly-Kan tomó parte tambien en la expedicion. Un cuerpo de diez mil caballos, baxo las órdenes de Amin-Zaëb, hijo segundo de este Príncipe, pasó á Halla-Habad, en el mes de Abril de 1773, para combinarse con el exército Márata. La República de los Seikes entró tambien en aquella confederacion, únicamente impelida del deseo de restablecer á los hijos de Tamerlan en la herencia de sus padres. Parecia llegado el tiempo de cortar todas las cabezas á una hidra, que, tantos años habia, desolaba al Indostan. Pero lográron salvarse los Ingleses por la desavenencia que se introduxo entre los confederados. Los Pátanos, que estaban establecidos, lejos del mar, en

la extremidad septentrional de la India, no tenian que temer de la venganza de los potentados comerciantes, que reynaban sobre el Gánges. Los Máratas y Heyder-Aly se defendian con la masa respetable de sus fuerzas. Pero los Seikes, que, por desgracia suya, habitaban un pais inmediato á Bengala, y que no tenian las fuerzas iguales al valor, fuéron las víctimas de sus esfuerzos generosos; y diéron un nuevo exemplo del inminente peligro que corren las pequeñas potencias, quando son arrastradas á entrar en las sangrientas querellas, que se suscitan entre los grandes Imperios.

IX.

Consiguiéron, sin embargo, los confederados llevar á Delhy á Schas-Allum; y allí lo coronáron con toda la pompa antiguamente usada en aquella ceremonia. Los paises, que reconocian inmediatamente su autoridad, se extendian desde las puertas de Benarés hasta Lahor, y desde

el Indo al Gánges. Enviáronse mensageros á todos los Príncipes del Indostan, para intimarles, baxo pena de ser tratados como delinqüentes, que prestasen homenage al Emperador, y que le hiciesen los regalos acostumbrados á su advenimiento al trono. Heyder-Aly-Kan, Sultan del Masur y de Canará; Mirs-Abdalah, Sultan de los Aghuanos y de los Pátanos; las Repúblicas de los Máratas y de los Seikes; y algunos Rajáhs Indios; cumpliéron con aquella obligacion; y era presumible que hiciese lo mismo el Subá de Dekan. De manera, que, declarados rebeldes los Ingleses y el Subá de Benarés, iban á verse acometidos por todas las fuerzas del Imperio.

X.

Pero la muerte de Madurao, xefe de los Máratas, destruyó unas medidas tan bien tomadas. Tenia aquel Príncipe entonces veinte y cinco años, y, en tan corta edad, ya tenia aquel manejo sabio, que regular-

mente suele ser fruto de la experiencia. No dexó hijos. El empleo de Canciller, ó de *Peishau*, pertenecia á su hermano Narrain-Rou, que no pasaba de veinte años. Disputóselo Ragoba, su tio. Los principales xefes de los Máratas tomáron partido por el uno, ó por el otro Canciller, segun sus particulares intereses. Ragoba asesinó á su sobrino en el castillo de Poonah. Aquel asesinato, lejos de restablecer el sosiego, fué la señal de nuevas borrascas. Aseguráron, que la viuda de Narrain-Rou acababa de parir un niño, y que lo criaba de oculto, para librarlo de las asechanzas de Ragoba. A tal noticia, ó falsa ó verdadera, quedáron divididos los ánimos. Los mas prudentes, asustados de la imágen de la anarquía, compañera inseparable de las disensiones domésticas, deseaban que Ragoba fuese reconocido, pura y sencillamente, Canciller, ó Peishau, por todo el cuerpo de la nacion; que era el medio de conservarla la influencia que gozaba en el Indostan. Otros votáron, que Ragoba fuese revestido so-

lo de la qualidad de Regente, mientras la menor edad del hijo de Narrain-Rou. Y otros, en fin, que, en los males públicos, veian su particular bien, poco movidos de las calamidades que arrastra una guerra civil, querian, que, en vez de reconocer á Ragoba xefe del estado, fuese echado de las tierras de la República. Entre el conflicto de tantas diferentes opiniones exercitó su imperio la discordia. Doce Bramas, que se habian conciliado la confianza de una parte del pueblo, hiciéron reconocer al jóven Peishau xefe de la casta sacerdotal, descendiente de los antiguos Reyes del pais, y exercitáron, baxo su nombre, toda la autoridad pública, con la denominacion de los doce amigos.

Los Representantes de las ocho principales provincias, cuya asociacion política formaba la República Márata, descontentos de aquella especie de gobierno eclesiástico, quisiéron substituirle una administracion militar, capaz de mantener afuera la gloria de la nacion; pero con-

formándose con los Bramas en excluir á Ragoba. Su proyecto era hacer del pais Márata una República federativa, cuyas ocho principales provincias, independientes unas de otras para su gobierno interior y administracion de rentas, se reuniesen para la defensa comun, siempre que el territorio de qualquiera de ellas estuviese amenazado por alguna potencia extrangera. Esta era particularmente la opinion de Sindia y de Holkar, que deducian su orígen de los Reyes Indios de la mas remota antigüedad, y que disfrutaban una autoridad casi independiente, y reconocida en dos provincias ricas y pobladas, que confinaban con Bengala.

Aquella forma de gobierno, que colocaba en la clase de Soberanos á los ocho personages que representaban las provincias en el Consejo de Poonah, estaba tambien muy apoyada por las infinitas criaturas que los miembros del Consejo habian podido atraerse en el exercicio de sus funciones soberanas; y apoyadas tambien por aquellos á quienes prometian

empleos en el nuevo método que se intentaba establecer; pero no podia esconderse á nadie, que, rompiendo la unidad de la República, se aminoraba su fuerza; que la asociacion duraria segun el particular interes del Soberano de cada provincia; que las potencias vecinas, que tuviesen alguna querella con los Máratas, harian alianza con algunas particulares provincias, para subyugar mas fácilmente las otras; y que los Máratas, que no tardarian en ser unos enemigos de otros, no formarian ya cuerpo de nacion, y serian, al cabo, invadidos por los Ingleses de Bombay y de Calcuta.

Estas consideraciones mantenian á una parte del pueblo en el partido de Ragoba, que era dueño de algunas fortalezas, y de los tesoros que encontró en el castillo de Poonah. Encendióse el fuego de la guerra en un pais en donde todos eran soldados. Los Máratas volviéron contra ellos mismos sus espadas, dexáron á los Ingleses arruinar, á sus mismas puertas, al Rajah de Tanjur, y entregáron á sus

aliados á la merced de sus enemigos.

XI.

Tenian precision los Ingleses de contemporizar con Heyder-Aly-Kan, porque el Consejo de Madrás acababa de declarar la guerra al Rajah de Tanjur, sin mas razon que la de apoderarse de su pais; y queria evitar el tener que reñir con muchos enemigos á un tiempo sobre la costa de Coromandél. El desventurado Rajah fué oprimido, no obstante los socorros de gente, dinero y municiones, que los Holandeses y Dinamarqueses le suministráron secretamente.

La parte de Tanjur, situada al sur del Caveri; está habitada por un pueblo valiente é industrioso, que nunca estuvo totalmente subyugado por los Mogoles. Montañas inaccesibles, de impenetrables bosques, la eran un asilo muy seguro contra sus enemigos; y si los perseguian, se retiraban á aquellas fortalezas natura-

les, de donde no salian hasta el momento favorable. Aquellos pueblos, al acercarse los Ingleses, continuáron sus labranzas y trabajos, contando sobre sus antiguos privilegios; pero quando supiéron que querian echarlos de sus tierras, corriéron los labradores á las armas, y no pasó el pais al yugo del Consejo de Madrás, hasta que el incendio de los pueblos y aldeas lo transformó en un vasto desierto. El Rajah fué hecho prisionero con su familia, y todos sus tesoros transportados á Madrás.

Tales eran las guerras que sostenian los Ingleses en las inmediaciones de sus establecimientos. El pais que prometia mas fácil conquista, y que se hallaba mas en estado de pagar los gastos necesarios para exterminar á sus mismos habitadores, ese era el comprehendido en el círculo fatal de las proscripciones militares de los Ingleses. De nada servia que los pueblos amenazados quisiesen hacer alianza con la Compañía, en vez de oponerse á sus designios. De nada servia tampoco, que

las costumbres de los habitadores fuesen inocentes y suaves. No habia cosa que alcanzase á libertarlos de la rapacidad de un pueblo de Cannibales, que queria ocupar sus tropas, aumentar sus territorios, y enriquecer sus tesoros.

XII.

Por mas que pareciese poco temible el Emperador Schas-Allum, no se atrevian los Ingleses á declararle la guerra; porque temian que la reaccion del movimiento atraxese á ellos todas las fuerzas del Indostan. Cayó, pues, el peso de su venganza sobre los Seikes, nacion benigna, feliz y amante de la virtud y de la paz. Se lisonjeáron de hallar en aquel pueblo menos resistencia y mas tesoros.

Resolvióse la expedicion contra la República de los Seikes, el dia 8 de Setiembre de 1774, en una conferencia entre Hastings y el Subá Sujah-Ul-Dulak. El Coronel Champion, encargado de ella, pene-

tró en aquel pais, á principios de 1774, con quince regimientos, y un tren de artillería formidable. El Subá de Benarés reunió á dicho exército seis regimientos de Cipayas disciplinados á la Européa, y quarenta mil caballos.

El pais de los Seikes, que estaba habitado por los antiguos Indios, hombres sencillos, benignos y unidos entre sí, estaba perfectamente cultivado: las llanuras y los collados se parecian á un dilatado jardin, hermoseado con todos los dones de la naturaleza. En tres semanas se vió casi totalmente invadido por el exército confederado. Unos destacamentos de caballería, que se enviáron por todas partes, infestáron las cabañas de los pobres, y las habitaciones de los ricos, con todos los horrores de la guerra. Las tierras fuéron devastadas, los pueblos entregados á las llamas, y los habitadores pasados á cuchillo, ó echados de sus moradas.

Irritados, hasta llegar á enfurecidos, los Seikes de las montañas, al mirar las atroces y malvadas escenas que los rodeaban,

se congregáron de todas partes; y, habiendo nombrado por su Xefe á Hafez-Rhamut, que los habia ya capitaneado en la guerra contra Abdalah, Rey de los Aghuanos, formáron un exército de treinta mil hombres, al que se juntó inmediatamente Amin-Zaëb con los diez mil caballos, que Heyder-Aly envió al socorro del Emperador Schas-Allum. Ni la retirada de los Máratas pudo determinar á este Príncipe jóven á separarse de los Seikes abandonados por la fortuna, pero resueltos á vender caramente sus vidas.

XIII.

Halláronse ambos exércitos á la vista dia 25 de Abril de 1774. Los Seikes peleaban junto á sus hogares, á presencia de sus mugeres é hijos; de manera, que, si la victoria era dudosa, á lo menos habia de ser costosísima para sus enemigos. Como excitados por el deseo de la venganza, en nada apreciaban sus vidas. La desespera-

cion les aumentaba el corage; y lo excesivo del riesgo suplia en ellos los conocimientos militares que les faltaban. Sirviéronse de sus fusiles de mecha, y de su artillería, con una prontitud inesperada. Los Cipayas del Subá de Benarés fuéron desordenados. Intentáron tambien hender por entre las tropas Inglesas; pero no pudiéron hacer frente á la artillería y mosquetería Européas. Con todo, avergonzados de retirarse, se precipitaban como furiosos á las bocas de los cañones cargados á metralla. Mientras mas se esforzaban á cargar á los Ingleses, mas horrorosa era la mortandad. Sostúvose por muchas horas el vigor con igual constancia. El Coronel Champion no tuvo sobre ellos mas ventaja que la de conocer el arte militar. A pesar de los torrentes de fuego que la línea Británica vomitaba sobre ellos, algunos de sus xefes penetráron hasta el centro de los dos exércitos, plantáron sus banderas, é instáron, con eficacia, á sus fatigados compañeros á volver al ataque. Fuéles imposible vencer en una pelea tan desigual. Pudo

mas que todo la dichosa estrella de los Ingleses. Hafez-Rhamut, á quien su talento ilustrado y sus prendas hiciéron el ídolo de su nacion, fue muerto, reuniendo con valor las reliquias esparcidas de un exército roto y desanimado. Amin-Zaëb se retiró en buen órden á Agra; pero los Seikes no se presentáron mas en campaña.

XIV.

Horrorizan las crueldades que cometiéron los Ingleses despues de la anterior batalla. El Subá de Benarés se entregó, sin vergüenza ni estorbo, á la ferocidad de su genio, y pegó fuego á todas las habitaciones de aquel pais fértil y poblado. Pasó á cuchillo á la familia, amigos y partidarios del desdichado Hafez-Rhamut. De nada sirvió que el General Champion (escandalizado de aquellos excesos tan contrarios á las costumbres Européas) representase, en términos patéticos, al Consejo de Calcuta el deshonor que acarrearía á las armas

Inglesas tan sangrienta conducta. Hastings, que no miraba mas que la parte del botin que habia de tocarle si la expedicion se verificaba, respondió á Champion: „Que „tomar á la familia de Hafez-Rhamut ba„xo la proteccion de los Ingleses, era pro„porcionar al Subá una razon para que no „cumpliera sus empeños." No se limitó la furia de Sujah-Ul-Dulak á las reliquias miserables de aquella desventurada familia; pues todos sus prisioneros fuéron tambien maltratados; y hasta las mugeres fuéron encerradas en sus fortalezas, prostituidas á sus soldados, y privadas aun de las cosas mas necesarias á la vida.

Mientras se cometian tantos ultrajes contra mugeres y niños indefensos, cuyos maridos y padres habian perecido esforzándose inútilmente á conservar su independencia, el exército Ingles del General Champion, sometido por Hastings á las órdenes arbitrarias del Subá de Benarés, iba, de provincia en provincia, siguiendo los caprichos de aquel Príncipe. El Rajah Fizula-Kan poseía, en la vecindad de los

Seikes, un territorio, que le daba dos millones de renta. Mientras la guerra, observó una neutralidad exâcta; y el Subá, aplaudiendo su conducta, le aseguró muchas veces de su gratitud. Contando, pues, sobre la fe de aquellos ofrecimientos, no hizo preparativo alguno de defensa; pero, quando lo esperaba menos, vió súbitamente acometida su capital Bassuleè. Apenas tuvo tiempo Fizula-Kan para escapar con su familia y con sus tesoros. La ciudad fue entregada á las llamas, y sus habitadores dispersados. Desesperado el pobre Rajah, juntó los restos de los Seikes sobre una montaña escarpada, donde se defendiéron con ventaja, pero fuéron vencidos por un enemigo, contra quien de nada sirve todo el valor humano. Desapareciéron todos los víveres, porque la caballería del Subá de Benarés habia devastado todas las campiñas inmediatas. Reducidos los Seikes á las duras extremidades del hambre, no quisiéron rendirse á un contrario sin fe, y sin misericordia. Enfermedades epidémicas destruyéron á muchos; y los que sobreviviéron

á estas dos plagas, pereciéron á manos del enemigo. Así acabó aquella guerra, en que fue destrozada toda una nacion, que jamas habia hecho á los Ingleses ni aun la mas leve injuria, pues, por la suavidad de sus inocentes costumbres, por la bondad de su humano gobierno, y por la abundancia general que debia á sus manos libres é industriosas, era un monumento único y solo sobre la tierra.

Aquellas escenas abominables de iniquidad y desolacion se imprimiéron profundamente en el alma de Amin-Zaëb. Aquel jóven habia mostrado, hasta entonces, mucho amor al estudio y al retiro, y un desvío declarado á los negocios públicos. La destruccion de los Seikes, y los exemplos bárbaros dados por los Ingleses en aquella ocasion, lo afirmáron para siempre en su modo de pensar. Empezó á mirar á los hombres como monstruos; y su trato llegó á serle inaguantable. Regresó á Heyder-Nagur con el destacamento que se le habia confiado; y quando Heyder-Aly-Kan iba á encargarle otra nueva comision, le

declaró, que su intencion era dexar el mundo, y acabar su vida entre los Fakires.

XV.

La paz, de que disfrutaba el Masur, permitió á Heyder-Aly-Kan elevar algunos monumentos públicos, que faltaban en sus estados. Los principales fuéron, la limpieza del puerto de Mangalor, y dos caminos reales; el uno, que atravesaba sus estados, de norte á sur, en un espacio de ciento y sesenta leguas, desde Travancor hasta las orillas del Crisena; y el otro, que éra mucho mas corto, desde Heyder-Nagur hasta las fronteras del lado de Arcáte y de Madrás, que exîgió mas trabajos y gastos, á causa de las altas montañas de los Gates, que atravesaba.

XVI.

Aquellos trabajos, que presidia él mis-

mo, le ocupaban aun en el otoño de 1776, quando lo lleváron á su capital las importantes noticias que recibió de Calcuta, de Madrás y de Poonah. Un Enviado de Francia, llamado Saint-Lubin, acababa de anunciar á los Máratas la muerte de Luis XV; las circunstancias de la guerra entre los Ingleses y las Colonias unidas de la América Septentrional; la parte indirecta, aunque grandísima, que los Franceses tomaban en aquellas hostilidades; y el rompimiento próxîmo entre las cortes de Paris y de Lóndres, que, infaliblemente, habia de acarrear aquella conducta equívoca. Todos los dichos sucesos podian influir muy decisivamente sobre la suerte de la India, que los Ingleses trataban como pais de conquista, desde la conclusion de su última guerra con la Francia.

XVII.

Los Ingleses, tan déspotas en la India, como amantes de su libertad á las orillas

del Támesis, manteniéndose siempre constantes en su proyecto de adquirir nuevos territorios por toda suerte de medios, se mezcláron traidoramente en las querellas domésticas de los Máratas. Baxo el aparente motivo de proteger á Ragoba, ocultaba el Consejo de Bombay su esperanza de debilitar á unos republicanos, cuya potencia, juntamente con la de Heyder-Aly-Kan, eran las únicas barreras que preservaban al Indostan de una sujecion general al yugo Británico.

XVIII.

Los dos Consejos de Calcuta y de Bombay formáron el proyecto de enviar un exército á que atravesára el vasto continente del Indostan, para hacer demostrable á los Príncipes del pais, que, por mas distantes que estuviesen unos de otros los establecimientos Británicos, la armonía que reynaba entre ellos, y la superioridad de la táctica Inglesa, los ponia en el caso,

no solo de protegerse mútuamente, sino tambien de prestarse los socorros necesarios para supeditar á todos sus enemigos. Inútilmente objetáron algunos censores, que las tropas que atravesaban paises desconocidos, con gran tren de artillería y muchas provisiones, que son pesos muy embarazosos, se exponian á encontrar dificultades imposibles de prever; y que, ademas, invadir el territorio de una nacion con quien la Compañía no estaba en guerra, era, no solamente aumentar los odios y los celos, que la ambicion, la rapacidad, y los ocultos manejos de los agentes de la Compañía excitaban en el Senado de aquella nacion; sino tambien provocar el resentimiento, mal apagado, de las potencias vecinas, que podian aprovecharse de aquella ocasion para vengar sus personales injurias. Tales objeciones no podian hacer impresion alguna en el ánimo de los administradores, á quienes nada de esto se ocultaba, porque, como contaban por nada la gloria y los intereses de su patria, solo atendian, en aquella expedicion, y en

lo demas de su manejo, al bien particular que habia de redundarles.

XIX.

El exército, destinado á devastar el pais de los Máratas, debia constar de trece mil hombres, en estando reunido. Ragóba, á cuyo favor se disponia dicho armamento, habia de mandarlo en xefe. Lisonjeábanse de que los partidarios de aquel Príncipe le llevarian un socorro de treinta mil caballos. La primera division Inglesa, que consistia en unos siete mil hombres, salidos de Calcuta en el año de 1775, se puso en movimiento, en las inmediaciones de Halla-Habad, en el mes de Abril de 1776. Penetró, sin obstáculos, hasta las orillas del Andi, que baña, al nordeste, las fronteras de los Máratas. Al acercarse, quedó abandonada la fortaleza de Calpi. La ciudad fue saqueada con crueldad, pero que costó, muy presto, cara á los vencedores. Así que hubiéron

pasado el Andi los Ingleses, se metiéron en las montañas de Sulempur, que son célebres por sus minas de diamantes. El pais que iban recorriendo estaba todo como quemado, sin señal de yerba, y sin una gota de agua. Quatrocientos hombres pereciéron, el 3 de Junio de 1776, de cansancio y de sed, entre los furores de la rabia. El General Leslie pereció en el mes de Setiembre. Entonces tomó el mando de las tropas el Coronel Goddard. Disminuyó el exército cerca de la mitad por las enfermedades: se vió, ademas, forzado á abandonar su artillería, y la mayor parte de sus bagages, en los desiertos; y tuvo á muy buena suerte el poder acercarse al Andi; el olvidar sus proyectos quiméricos de conquista, y el tomar el camino de Suráte, adonde llegó la tal division, totalmente derrotada, sin haber peleado, y despues de fatigas incalculables, en el mes de Marzo de 1777.

La segunda division del exército de Inglaterra partió de Bombay en el mes de Enero de 1776. Constaba de seis mil hom-

bres. Mandábala Ragóba. El Capitan Stuart mandaba el batallon Ingles, compuesto de setecientos hombres. El Coronel Egerton servia á las órdenes de Ragóba en calidad de Teniente General. Seguian á este exército muchísimos bagages, carros, ganados y provisiones de toda especie. Los Ingleses tomáron el camino de Berar, donde habia de verificarse la union con la division de Bengala. Apenas hiciéron quatro marchas, quando, asaltados por todas partes de la caballería Márata, viéron tales quales ellos eran los peligros de su empresa. Los Máratas, que carecian de artilleros, evitáron todo movimiento que pudiese obligar á una accion general. Su objeto era fatigar y apurar á sus enemigos, sin correr ellos grandes riesgos. Muriéron en aquellas escaramuzas los Capitanes Stuart y Cray; el primero al quinto, y el otro al sexto dia de marcha. Cada dia se renovaban los ataques, y continuaban, con mas ó menos interrupcion, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. El exército Ingleses proseguia, no obs-

tante, su camino laboriosamente, apoyado en la esperanza de que se le uniria muy luego el cuerpo de caballería Márata adicto á Ragoba, y la division de Bengala. Todos los parages de donde salia quedaban entregados á las llamas desapiadadamente, para hacer mas trabajoso el seguimiento del enemigo con la falta de subsistencias. Los muchos edificios magníficos, contenidos en el bello pueblo de Tullicanam, no lo libráron de la desolacion. Pero no estaba ya lejos el instante de la venganza de los Indios.

XX.

En Mayo de 1776, estaban ya los Ingleses tan completamente cortados, que no podian recibir provisiones, porque los Máratas, en número de sesenta mil, eran señores de todo el campo. Ninguna noticia tenian de la division de Bengala, y los partidarios de Ragoba, que esperaban, tampoco venian. Casi empe-

zaba ya á temerse que aquel Príncipe hubiera llevado las fuerzas Británicas á gran distancia de los establecimientos marítimos, que podian protegerlas, para entregarlas á merced de los Máratas, y asegurarse, con tal traicion, de la benevolencia de los mismos, que, hasta allí, no habian querido reconocerlo por *Peishau*. El único recurso que tenian era la retirada. Disponíanse á executarla, quando, el 12, al amanecer, fue asaltado el exército por todas partes, junto al lugar de Worgaum. Duró la batalla quince horas consecutivas, con diferentes variaciones, y solo cesó porque sobrevino la noche. El exército Ingles, protegido por su excelente artillería, no fue desordenado; pero, entre muertos y heridos, habia quedado reducido á la mitad. Circundáron los Máratas el campo Ingles mientras la noche; y volviéron al ataque, al dia siguiente, con artillería gruesa, que traxéron de una fortaleza inmediata. Los Ingleses tuviéron que rendir las armas. Pero los Máratas, lejos de abusar de su victoria, se contentáron con exi-

gir, que el Consejo de Bombay les restituyera todas las conquistas que les habia hecho. A esta condicion, suministráron abundantemente al exército quantas provisiones nécesitó. Un destacamento de caballería conduxo los vencidos á la costa, y los vió embarcarse en navíos, que los transportáron á Bombay.

Pero ¿se creerá, que, apenas el exército fugitivo estuvo seguro, el Consejo de Bombay se atrevió á desdecirse públicamente del tratado de Worgaum, aunque ratificado por los miembros del Tribunal, revestidos de todos los poderes del gobierno? ¿Y que, por aquella picardía, pusiéron á riesgo la vida del Comisario del exército, Holmes, y la de su Secretario, Farmer, que quedáron en rehenes entre los Máratas?.... Pero podrá creerse, si se atiende á que aquel contratiempo no habia disipado el prurito de los manejos ocultos, de que estaban poseidos los miembros de los Consejos de Calcuta, de Bombay y de Madrás, con los que dirigian totalmente su política.

XXI.

Aquella comezon de manejos subrepticios, y de devastacion continuada, empezó á producir sobre las muchas potencias de la India un efecto que la Compañía no esperaba. Formábase una liga, que habia de reunirlas, en una confederacion general, para el aniquilamiento de aquellos potentados comerciantes, que destronáron á los Soberanos legítimos, que se apoderáron de sus dominios, que se burláron públicamente de la fe de los tratados, ó no los cumpliéron, sino mediando sus ventajas, que reduxéron á un verdadero estado de esclavitud á los Subás de Bengala y de Benarés, y al Nabab de Carnáte, y que hiciéron de aquellos Príncipes unos instrumentos despreciables de rapacidad, y unos trofeos funestos de la ambicion, que amenazaba á todos los Príncipes del Indostan con la dependencia. La destruccion de la República de los Seikes

era un quadro terrible, que los instruia de lo que debian aguardar á su vez. El modo tan pérfido, quanto contrario al derecho de gentes, con que Hastings habia despojado al Emperador Mogol para enriquecer á una de sus criaturas, presentaba una prueba reciente de que los Ingleses no cumplian con sus empeños sino en quanto les eran favorables, y que no conocian otros principios que los del engaño y de la traicion. Los procedimientos del Consejo de Madrás contra el desgraciado Rajah de Tanjur, echado de sus tierras, sin haber dado á la Compañía Inglesa el menor motivo de queja, fortificaban tambien las reflexîones generales, confirmadas por las hostilidades renovadas contra los Máratas. Los excesos que cometiéron los Ingleses, mientras aquella infeliz expedicion, reviviéron los resentimientos de las injurias pasadas, y fixáron el ódio universal que merecia una administracion contraria á todas las leyes de la justicia.

XXII.

El Subá de Dekan formó el proyecto de aquella liga general. Como íntimamente ligado con la Regencia de Poonah, le pareció la expedicion combinada contra los Máratas, por los Consejos de Calcuta y de Bombay, una infraccion tan evidente á los tratados, que no pudo menos de atribuir al cielo la derrota del exército Ingles, pues el cielo suele permitir que los malos caigan en los lazos que arman ellos mismos. Segun el plan de ataque, concertado en Aurengabad, Heyder-Aly y el Subá de Dekan habian de invadir las posesiones Inglesas sobre la costa de Coromandél; entre tanto que los Máratas atacaban á Suráte y á Bombay; y que los Pátanos, reunidos á las tropas Imperiales de Delhy, entraban por Bengala á sangre y fuego. La falta, sin embargo, de concierto, entre las potencias coligadas, rompió presto aquella alianza; pero lo cierto es, que los su-

cesos, que entonces se verificaban en el Gánges y en Madrás, aseguraban el éxîto.

XXIII.

Sujah-Ul-Dulak, Subá de Benarés, murió en el mes de Enero de 1775. Su hijo Miza-Amani, que le sucedió, baxo el nombre de Asoph-Ul-Dulak, tuvo que comprar la paz del Consejo de Calcuta, aumentando los subsidios que su padre pagaba á la Compañía, cediéndola la soberanía de los distritos, baxo Cheit-Zind, y entregando doce millones al Gobernador general Hastings, y á los miembros que componian el Consejo. Pero ni aun aquellos sacrificios preserváron á sus estados de los primeros excesos de un destacamento, mandado por el Capitan Crawfort, quien, creyendo, sin duda, que la muerte de Sujah-Ul-Dulak habia roto los tratados, que subsistian entre aquel Príncipe y la Compañía, entró, como enemigo, en las inmediaciones de Sasserán, con seis compañías

de Cipayas, luego que supo la muerte del Subá. Los Ingleses tomáron la ciudad y la arrasáron. Despechados los Indios, se juntáron para defender sus hogares, pero se les dispersó sin dificultad; y los que sobreviviéron, (hombres, mugeres y niños), se retiráron á las montañas, y dexáron al pais sin habitadores.

El mismo Capitan Crawfort confesó, en sus cartas á Hastings, que habia sabido sembrar disensiones entre los xefes, para exterminar mas fácilmente á un pueblo, que nunca habia ofendido á los Ingleses, pero que, aprovechándose de su posicion en los escabrosos montes, que ciñen el Bengala hácia el Oeste, mantenia, desde tiempo inmemorial, su libertad.

Aquellos desgraciados no pudiéron vengarse de otro modo, que haciendo incursiones repentinas en los distritos inmediatos. El Gobernador de Bengala los proscribió como foragidos, declarando, que era conforme á la justicia y á la política el exterminarlos. ¡ Principios horrorosos, adoptados por todos los tiranos y usurpa-

dores que han asolado el mundo! Sobre estas ideas de esclavitud, de expulsion y de mortandad, levanta su trono el despotismo, y sus trofeos la ambicion, en todos los ángulos de la tierra.

XXIV.

Pero el rumor de las exâcciones de toda especie, de que Hastings y sus protegidos se hacian diariamente reos, empezó á correr públicamente. Algunas disensiones, que originó, entre el Gobernador general y los miembros del Consejo, la particion de los despojos, favoreciéron dichos rumores, tanto mas fácilmente reproducidos, quanto mas excitaban la mayor curiosidad. La mayor parte del Consejo estaba entónces opuesto á Hastings. Las casas de estos contrarios suyos fuéron de repente asaltadas por una turba de quejosos. Finalmente, no faltáron, entre aquel pueblo pusilánime, algunas gentes animosas, que acusáron al Gobernador general de un encadenamiento

de crueldades, cuya narracion horroriza. Los comerciantes negros de Daca declaráron, que les habia extorcado inmensas sumas, poniéndolos al Pilori, encarcelándolos, ó condenándolos á los cepos, quando el calor del sol era mas insoportable. Y aquellos bárbaros castigos no solamente se infligian á jóvenes robustos, y á hombres endurecidos á las fatigas del campo, sino tambien á viejos enfermos. Añadian, que Hastings, para allegar mas tesoros, habia aniquilado todas las propiedades territoriales de Bengala. Los poseedores de los arriendos que las transmitian, desde tiempo inmemorial, de padres á hijos, con tal de pagar puntualmente las rentas, se viéron súbitamente despojados, y constreñidos á disputar, á una turba de usureros combinada, sus tierras, públicamente vendidas á quien mas diese; ó bien, se halláron precisados á renunciar á las tierras cultivadas por sus antepasados, y á contentarse con una cabaña, y con aquella pension, que al Gobernador se le antojaba concederles. Canto-Baboo, Intendente

indio del Gobernador general, fué, por estos medios, puesto en posesion de un territorio, que le daba cerca de quatro millones anuales. Otro arriendo general, casi igual á este, se dió al hijo de dicho Intendente, niño de diez á doce años, de quien Hastings hablaba como de un hombre de importancia. Y tambien se probó, que el Gobernador general se apropiaba los quatro séptimos de las setenta y dos mil rupías que la Compañía se convino en dar al *Phusdar*, ó Comandante de Hughly.

XXV.

En vez de reposar Hastings sobre su integridad, y sobre la pureza de sus intenciones, de que hablaba con freqüencia; y en vez de desafiar á sus acusadores para que probaran la acusacion, lo que hizo fué usar de su privilegio, rehusando someterse á ser juzgado en un tribunal, cuyo Presidente era; y así, se retiró desdeñosamente con su amigo Barwel. El infeliz Rajah Non-

cumár, cuyo triste fin jamas olvidarán sus compatriotas, tuvo la temeridad de producir acusaciones de esta especie, y de presentarse en persona para sostenerlas. Volvió Hastings á romper la sesion, protestando contra las disposiciones que el Consejo diese en su ausencia. Con todo eso, Noncumár fué interrogado. Circunstanció, con puntualidad y firmeza, las diferentes sumas que él mismo se habia visto precisado á pagar al Gobernador general, y nombró á los empleados en aquellas negociaciones ocultas. Las pruebas estaban ya auténticas, quando fué preso el infeliz Rajah, acusado de haber falsificado un vale, y condenado á la horca por aquel atribuido crímen, que no estaba reputado por capital en las leyes del pais donde se suponia cometido.

Con horror miráron los pueblos aquella execucion. Los Bramas son tenidos en el Indostan por unos hombres sagrados, y cabalmente Noncumár se hallaba al frente de aquel colegio. No solo estaban exceptuados de la pena de muerte

por las leyes del pais, sino que tenian el derecho de conmutar aquella pena á los Indios sentenciados á ella. Los desinteresados participáron de la sensacion general que hizo aquel suceso. Un hombre, de clase distinguida, puesto en el suplicio por un delito que no era capital, segun las leyes de su pais; el rencor con que se substanció el proceso, en las circunstancias singulares en que el Rajah iba á convencer al Gobernador general de las mas infames malversaciones; y la celeridad que se puso en la execucion de aquella sentencia; todo probaba que Hastings, para paliar el orígen de un caudal de diez millones de pesetas, hecho por él en dos años y medio, quiso amedrentar á los Indios, que pudiesen tener la osadía de acusarlo de corrupcion en lo sucesivo.

El efecto de aquella política infernal fué hacer mas disimulado aquel pueblo tímido y paciente. No se metió mas en hacer demostrables las extorsiones y los peculados que Hastings renovaba cada dia; pero procuró substraerse de la opre-

sion por el camino público de los manejos políticos. Entonces nació un sistema obscuro y tortuoso, que cubria con un velo espeso las negociaciones mas importantes entre los Agentes de la Compañía y los Príncipes del pais. Las malversaciones no dexaban vestigios. Todos los comisionados de la Compañía tenian seguridad de enriquecerse rápidamente sin correr riesgo alguno; pero tambien la fortuna pública caminaba, á paso largo, hácia el abismo que la habia de tragar.

Ya empezaban á conocerse en Lóndres los vicios de la administracion de Hastings, por mas que él insistia sobre su integridad, y sobre la pureza de sus intenciones. La inflexîble providad de un Clavering y de sus colegas, Miembros del Consejo de Calcuta, inspiraba de tal manera la veneracion y la confianza, que solamente la extincion de toda virtud pública, podia disminuir ó aniquilar aquella influencia. Llegó á ser delicada la situacion del Gobernador general. Por una parte, sus prerogativas estaban circuns-

criptas á límites estrechos por la pluralidad porfiada de los Miembros del Consejo. Por otra parte, el aborrecimiento de los naturales del pais, que él se atraxo con sus rapiñas, le hizo muy desagradab e el exercicio de su empleo. Tratáronlo con menos consideraciones, á medida que fué siendo menos su poder. La observacion sistemática, á que quedáron sujetas todas sus acciones, acibaró todas las funciones de su exercicio. Lo que hizo fué emplear todas las horas ociosas en disponer los materiales de su defensa pública.

XXVI.

En tales circunstancias concibió, y executó, una experiencia política, que no cede á las mas celebradas máxîmas de Machîavelo, y que aventaja y excede, con mucho, todos los subterfugios de nuestros modernos estadistas.

Los delitos imputados á Hastings precisáron á la junta de los Directores á po-

dir á la corte el llamamiento de aquel Gobernador general. Antes de proceder á ello, le pareció á Jorge III que debia convocar la junta general de los Accionistas. Pero fué tanta la influencia que tuvo el acusado, que, sin oponerse directamente al decreto de los Directores, votáron que quedase de nuevo absuelto sobre aquellos cargos. El asunto se suspendió por algunos meses.

En aquel interválo llegó á Lóndres, dia 10 de Octubre de 1776, Lauchlin-Macléane, en calidad de Agente del Nabab de Carnáte, y de Warren-Hastings. Informó al tribunal de los Directores de la intencion que tenia su cometiente de retirarse, y del deseo de que su sucesor se sacase del Consejo supremo. Una demanda tan importante é inesperada sorprehendió á los Directores. Vaciláron, pero quisiéron conocer substancialmente los poderes del Diputado Macléane. Alegó aquel Agente, que no podria producir delante de toda la junta las cartas credenciales de que venia encargado, por-

que contenian una mezcla de cosas particulares y secretas; pero que estaba pronto á someterlas á la inspeccion de tres miembros elegidos por la junta. Los tres comisarios halláron, que las instrucciones, dadas por Hastings á Macléane, no contenian una demision pura y sencilla, sino una declaracion de que Hastings no queria conservar el gobierno de Bengala, sino á condicion de gozar en él una autoridad ilimitada. Lo restante de su Memoria solo hablaba de la enumeracion de sus servicios, de las protestas de su buena fe, de las recriminaciones contra sus enemigos, y de la modesta confesion de que solo él era capaz de mantener la grandeza británica en las orillas del Gánges.

XXVII.

Recibiéron los Directores la demision de Hastings, y nombráron, para reemplazarlo, á Wheeler, quien fue presentado al Rey para recibir el diploma. Lle-

gadas estas noticias á Bengala, en el año de 1777, el General Clavering, decano del Consejo, tuvo incontestablemente el derecho de tomar el mando, hasta la llegada del nuevo Gobernador general.

XXVIII.

Hastings, que, en ninguna de las partes de su conducta política, quiso someterse á las obligaciones, que los demas hombres miraban como indispensables, así que vió que sus negocios se ponian de un aspecto inesperado, tomó la resolucion atrevida de negar que hubiese enviado agente alguno con ninguna especie de comision. Quando el General Clavering le pidió las llaves del fuerte William, rehusó obstinadamente entregarlas, aseguró que su empleo no estaba vacante, y declaró, que mantendria su autoridad por quantos medios pudiese. Dividióse el Consejo, y ambos partidos se juntáron separadamente. Verificóse un gobierno doble, y se expi-

diéron simultáneamente disparatadísimas órdenes. Iba á encenderse en Bengala una guerra civil, si los Jueces del Tribunal supremo, á quienes se acudió, no hubieran cortado el incendio, tomando sobre sí el pronunciar la nulidad del acto de renunciacion, que oponian á Hastings, y todo quanto de ello se habia seguido, como conseqüencia de la falsa exposicion de que el mismo Hastings habia pedido un sucesor.

Esta decision, que terminó el cisma político del Consejo de Calcuta, no apaciguó los ánimos de los miembros del Consejo. Hastings se prevalió vigorosamente de la ventaja que le daba aquella circunstancia, para abrumar al partido opuesto con una especie de oprobrio. Propuso muchas ideas violentas, dirigidas á privar á sus antagonistas de los empleos que ocupaban. El manejo del Tribunal supremo pareció evidentemente parcial; pero la moderacion del General Clavering, que, por el bien de la paz, renunció francamente á sus pretensiones, forzó á los Jueces del Tribu-

nal supremo á decretar, que ambos partidos quedasen en los términos anteriores á los últimos despachos venidos de Lóndres, y que se refiriesen, sobre todo lo demas, á una nueva decision del Tribunal de los Directores. Con la muerte del General Clavering, y la del Coronel Manson, desapareció la vigilancia que contenia al Gobernador general. Entonces se hartó, digamoslo así, de autoridad arbitraria. Todas las leyes, todos los miramientos fuéron impunemente violados. Levantóse la vara de la opresion contra todos aquellos de quienes podia sacarse dinero, sin que les quedase medio alguno de parar los golpes que les daban. En toda parte de la India estaba exêcrado el nombre Ingles. La guerra que sobrevino, de allí á poco, con la Francia, aumentó la esperanza que tenian los Indios de expeler para siempre á una quadrilla de foragidos, que afligian y despoblaban el pais con un sistema continuado de rapiñas y de usurpaciones. Lo trabajoso de aquella situacion produxo todavía efec-

tos mas extraordinarios, relaxando los secretos resortes del gobierno. Hastings decidió, como principio político, que, en aquellas circunstancias, tenia derecho el gobierno para arreglar sus demandas pecuniarias por el estado del tesoro, y que las necesidades públicas legitimaban las extorsiones particulares. Entonces ya no tuviéron límites las rapiñas, y llegó á su colmo la confusion. Los Indios, oprimidos y despojados, abandonáron á millares su tierra natal, para esconderse en las montañas y en los bosques. Despoblóse Bengala. Pero aun estaba muy lejos el tiempo en que el Parlamento Británico habia de pedir, al autor de aquellas maldades, una cuenta ilusoria, que no podria reparar los males causados.

XXIX.

El estado de los Ingleses, sobre la costa de Coromandél, daba menos cuidado, aunque no inspiraba confianza. Desde el

atentado contra el Rajah de Tanjur, todas las potencias de la península manifestaban su descontento, porque temian tratamiento igual. Hasta en Inglaterra fué desaprobada aquella conquista, como contraria á la política de la Compañía. Tratóse de restablecer al Rajah en sus estados, y de hacerle olvidar las injurias recibidas. No podia confiarse aquella mision á los miembros del Consejo, cuya conducta anterior se pensaba afear. El Lord Pigot (que era célebre por la destruccion de Pondichery, que mandó executar, y presenció), se tuvo por el hombre mas capáz de verificar una comision no menos dificil que delicada. Revestido Pigot de extensísimos poderes, llegó al fuerte de S. Jorge, en los primeros dias del año de 1776. Apenas explicó el objeto de su mision, quando, de todas partes, brotáron dificultades. La pluralidad del Consejo de Madrás se opuso formalmente á la reintegracion del Rajah de Tanjur. El Nabab de Carnáte, á quien fué cedido aquel pais, mediando intereses, acababa

de tomar prestadas sumas inmensas de los miembros del Consejo, y de diferentes particulares de Madrás. Empleó aquel dinero en ganarse sufragios. Los miembros del Consejo hiciéron observar á Pigot, que el Tanjur era la hipoteca sobre que se habian prestado al Nabab las sumas recibidas; y el restablecimiento del Rajah en sus estados destruia aquella seguridad, y los acreedores quedaban casi sin esperanzas de reintegrarse de sus fondos. Sus interesados clamores excitáron la severidad de Pigot, y lo precipitáron á disposiciones violentas. Intimó á los Consejeros Stratton y Brook, que era conveniente que se retiráran, porque tenia que proponer en el Consejo cosas que les interesaban personalmente. Obedeciéron, y fuéron suspendidos de sus funciones. Roberto Fletcher, Comandante en xefe, fué arrestado por las mismas razones.

XXX.

Aquel manejo despótico sirvió de pretexto á los Consejeros destituidos, para la execucion de un proyecto, que meditaban largo tiempo habia. Determináron asegurarse de la persona del Gobernador general, y apoderarse de la autoridad toda. El Coronel Stuart, que habia sucedido en el mando de las tropas, favoreció la empresa. Era difícil prender al Lord Pigot en Madrás. Querian salirse con ello, y la operacion era espinosa. El Coronel propuso á Pigot, que fuese á pasar con él un dia en una casita de campo que tenia á la orilla del mar. Apenas estuviéron á media milla de Madrás, se les presentó el Capitan Edington, al frente de un destacamento de caballería. Llegó al coche, y mandó al Gobernador, en nombre del Consejo, que se diese preso. Entoces Stuart, quitándose la máscara, llevó á Pigot á un fuertecillo, que mandaba el Mayor Horn.

Al instante se abrogáron los Miembros del Consejo, baxo formas legales, todo el poder del Gobierno. Cargáron sobre la conducta del Gobernador; y justificáron la suya con lo riguroso de las circunstancias. Segun ellos, Pigot habia violado las leyes fundamentales de la Compañía; y echando, de propia autoridad privada, á muchos Miembros del Consejo, habia perdido el derecho de presidir en él. Eligiéron, para reemplazarlo, á uno de sus mas encarnizados enemigos; el qual, haciendo lo mismo que reprehendian en Pigot, echó del Consejo á todos sus partidarios. Por ambas partes despacháron correos á Inglaterra para explicar lo sucedido.

Los Directores entráron, sin dilacion, en el exâmen de aquel negocio, que fué, por último, sometido á la decision de todos los accionistas; los quales deliberáron, en 26 de Marzo de 1777, que el Tribunal de los Directores tomase las mas eficaces medidas para restablecer al Lord Pigot en el pleno exercicio de los poderes de que le revistió la Compañía, en calidad

de Gobernador general, y de Presidente del establecimiento de Madrás, y que los principales autores de su prision fuesen castigados con todo el rigor de las leyes.

XXXI.

A conseqüencia de esta decision, fué Pigot restablecido en el exercicio de su empleo; y sus amigos, que quedáron excluidos del Consejo, reintegrados. Los usurpadores fuéron privados de sus funciones; pero, al mismo tiempo, y baxo pretexto de sofocar todos los rencores, se mandó á todos los que eran parte en aquel negocio, que pasasen á Europa á defender personalmente su causa. Aquella contradiccion, igualmente extraña que repentina, admiró á quantos no estaban iniciados en los misterios políticos de la Compañía. Sobre todo esto, el caballero Rumbold fué nombrado Vice-Presidente, y encargado de las funciones de Gobernador general, mientras la ausencia de Pigot.

Johnstone, partidario zeloso del Lord Pigot, llevó aquel asunto á la Cámara de los Comunes. Propuso en ella, que se aprobára su conducta en calidad de Gobernador general; que se confirmasen los decretos de la Compañía en su favor; y que se anulase el que lo obligaba á volver á Lóndres.

XXXII.

El exâmen de la causa de Hastings, que solo empezó á verse en el Tribunal de los Directores, y en la junta de los accionistas, se trató substancialmente en el Parlamento Británico. Los oponentes acusáron de despotismo intolerable el gobierno de Pigot. Sostuviéron, que su prision no era mas que el inevitable resultado de sus violencias, que trastornáron, de alto abaxo, toda autoridad legal. ¿Cómo se habia de sentenciar un negocio en que, por ambas partes, se alegaban delitos de gravísima naturaleza, y que no podian verificarse sino en presencia de las partes, no estando

precisado á comparecer el acusado principal? Solo en Lóndres podia exâminarse imparcialmente su conducta. Ademas, que, restableciendo á Pigot en su gobierno, sin mas pesquisa, ¿no se dexaban muchas personas, que podian ser inocentes, á merced de sus enemigos, dexándole el temible poder de castigar él mismo á los que habian depuesto, por mas virtudes que le supusiesen? La influencia que Pigot atribuia al Nabab de Carnáte, era, segun decian, quimérica; pues, antes muy al contrario, se hallaba en un estado abjecto de vasallage, sin crédito, sin poder y sin rentas.

Fox y Burke respondiéron á dichas alegaciones con argumentos irresistibles. Expusiéron todos los procedimientos del Consejo de Madrás con fuerza y con precision. Nombráronse por menor las atrocidades de que fué víctima el Rajah de Tanjur. Justificóse á Pigot con una exposicion de hechos muy dificil de contradecir. Sostúvose, que las violencias, de que acusaban al Gobernador, fuéron inevitables en un hombre, que quiso desempeñar su obliga-

cion como honrado. Y añadióse, que los manejos ocultos del Nabab de Carnate eran tan evidentes, que no podian negarse, y que el Consejo de Madrás habia recibido del Nabab diez y nueve millones, hipotecados sobre el Tanjur, para que se opusiera á las miras del Lord Pigot.

XXXIII.

Con todo eso, fué desechada la proposicion de Johnstone, en 22 de Mayo de 1777, por una pluralidad de veinte y tres votos. Pero aun quando hubiese coronado un éxîto feliz los esfuerzos de los amigos de Pigot, era ya sobrado tarde. Despues de una prision de nueve meses, y fatigado de su situacion tan crítica, y agitado por las diversas pasiones que le ocasionáron las circunstancias que lo rodeaban, y por el aspecto desagradable de los negocios de la Compañía en el Indostan, murió, de afliccion de espíritu, en 18 de Mayo de 1777. De manera, que aquel

hombre, á quien el comercio de Inglaterra debió tanto, como á Dupleix el de Francia, cayó, agoviado como él, baxo el peso de la envidia y de la iniquidad, que son las furias perseguidoras de los grandes hombres, y las que los disgustarian para siempre de trabajar en la felicidad de la especie humana, si la virtud no encontrase en sí misma una dulce recompensa, cuyo sumo precio conocen únicamente los hombres de bien.

XXXIV.

Entre tanto que las principales potencias de la India (apuradas ya por las usurpaciones de los Ingleses) se coligaban para castigarlos; y entre tanto que Heyder-Aly-Kan preparaba el contingente que le tocaba aprontar para aquella guerra nacional; se ocupaba este Príncipe, en Heyder-Nagur, en asuntos domésticos. Ya se observó que Amin-Zaëb, su hijo segundo, disgustado totalmente de los negocios y

de las grandezas humanas, habia resuelto acabar su vida entre los Fakires. La recepcion de este Príncipe en aquel órden suministró, por medio de un extrañísimo acaecimiento, un tesoro, sobre que Heyder-Aly no contaba, y que le fué de suma utilidad en la guerra que emprendió poco tiempo despues.

XXXV.

Los Fakires son unos monges Indios repartidos por toda la India. Profesan pobreza voluntaria. Corren, en tropas, por los pueblos y aldeas, pidiendo limosna, y dícese, que, quando se la rehusan, suelen robar, como se vean mas fuertes en número. La inclinacion que arrastra los hombres hácia la ociosidad, y que parece mas violenta en los paises cálidos, que en las otras partes del globo, ha multiplicado tanto esta profesion en la India, que se cuenta un millon y doscientos mil Fakires en el imperio Mogol.

Aquellos monges, con la mira de despertar la caridad de los pasageros, exercitan en sí mismos crueldades espantosas. Los unos van agoviados baxo la carga de gruesas cadenas, que les circundan el cuerpo, y que llevan arrastrando con estrépito horrible. Otros llevan, de continuo, una enorme piedra colgando del cuello, que los obliga á estar en una postura incomodosísima. Los hay que se sacan la sangre á azotes. Se les suele encontrar á centenares; y su suerte seria verdaderamente lastimosa, si no se supiera, que aquel es un oficio á que estan habituados, que tomáron por eleccion, que pueden dexar quando quieran, y que exercitan para ganar su vida. Algunos Fakires van desnudos, á excepcion de un ceñidor que llevan por los riñones; pero casi todos van cubiertos de andrajos, de una figura particular á su instituto.

Mas, á pesar de la miseria, en que parecen sumidos, su oficio les proporciona mucho dinero. Rara vez sucede, que, al cabo de algunos años, no hayan juntado

suficientes fondos para pasar cómodamente lo restante de su vida. El miedo de perder su dinero, ó de dar á conocer que lo tienen (pues ámbas cosas los perjudicarian igualmente) les hace, por lo regular, tomar el partido de coserlo cuidadosamente entre los pliegues de sus andrajosos vestidos; de suerte, que un Fakir, que implora la caridad, y que se juzga en el caso de morir de hambre, suele ir cargado de oro, y ocultando su riqueza baxo la capa de una pobreza suma.

Amin-Zaëb, que estaba resuelto á abrazar aquel género de vida (en una edad en que, movido únicamente por el exterior de las cosas, creía que unos hombres cuya vida parecia tan laboriosa, debian ser recomendables por sus virtudes), no encontraba vez alguna un Fakir, sin mostrarle la particular estimacion que de él hacía, y sin encomendarse eficazmente á sus oraciones.

A su vuelta de Benarés, pidió á Heyder-Aly-Kan licencia para ser recibido en aquel órden. La ceremonia se hizo en el

palacio de Heyder-Nagur. Con aquel motivo, se juntáron quantos Fakires habia en la extension del Màsur y del Canará; y, despues de haberlos alimentado Amin-Zaëb muchos dias, y vestido como ellos, les dió á todos una quantiosa limosna, y los despidió, edificado de sus procedimientos religiosos.

XXXVI.

Aquella recepcion era solo un preliminar, mientras el candidato llegaba á la edad requerida, para ser solemnemente admitido y fixado en el órden, por mano de álguno de los superiores generales. Heyder-Aly-Kan, que, desde entónces, formó el proyecto de sacar partido de aquellas circunstancias, determinó acompañarlas con una pompa extraordinaria. Desde que fixó su residencia en Bednóra, que se llamó, tomando su nombre, Heyder-Nagur, no cesó de hermosear una ciudad, que quiso hacer capital suya. Ya estaban,

á la sazon, acabados los edificios principales, y la paz, que disfrutaba, parecia un instante favorable para celebrar la dedicatoria de su ciudad. En aquella ocasion ostentó Heyder suntuosa magnificencia; y, con pretexto de grangearse propicio al cielo para sus empresas, quiso señalar aquel acto con una ceremonia religiosa muy extraordinaria. Mandó fixar manifiestos en toda la península, convidando á los Fakires á ir á su nueva ciudad, para asistir á un sacrificio solemne, y á la toma de hábito de su hijo. La fiesta quedó señalada para un tiempo fixo, anunciado en los manifiestos.

XXXVII.

Pasó rápidamente aquella noticia, de boca en boca, hasta las extremidades de la India. Atraidos los Fakires por la novedad del espectáculo, acudiéron á Heyder-Nagur de todas partes del Imperio, y de las regiones inmediatas. No fuéron bas-

tantes los muchos hospicios que Heyder-Aly les preparó; de manera, que se hubiéron de armar tiendas en el campo. Llegáron los peregrinos á trescientos y sesenta mil; y si el Sultan no lo hubiera previsto todo, hubieran promovido el hambre en la ciudad que iban á bendecir.

Aquella multitud de penitentes se congregaba todas las mañanas, al salir la aurora, en un vasto recinto, que Heyder-Aly-Kan mandó preparar, cuyas puertas guardaban sus tropas. Habian erigido un altar de cesped en aquel templo campestre. Los Fakires, despues de haber orado con las ceremonias que acostumbraban, comian frugalmente á costa del Sultan; y vacaban para sus negocios lo restante del dia.

Una semana habia que duraba la fiesta, quando Heyder-Aly-Kan, acompañado de Amin-Zaëb, se presentó entre las turbas de los Fakires. El Príncipe jóven iba vestido como uno de ellos. Una ropa talar, de lienzo blanco, en forma de túnica, le cubría el cuerpo. Una faxa, del mismo lienzo, le ceñía la cintura. Sobre la espal-

da llevaba unas alforjas, y en la mano un báculo. De aquel modo asistió á las ceremonias de los Fakires, y luego comió con ellos.

Acabada la comida, Heyder-Aly-Kan, (rodeado de los Grandes de su Corte, y, puesto sobre un trono de verdes hojas, que le estaba preparado), arengó á la multitud de los Fakires apiñados en torno de él. Era tanto el silencio, que permitia oir quanto hablaba. Primero les dió gracias de que hubiesen venido de tan lejos para la dedicatoria de su nueva Capital. Despues pasó á la limosna que queria hacerles, y les dixo, que, compadecido su ánimo de ver á los mas de ellos vestidos tan pobremente, y expuestos á todas las injurias de las estaciones, habia mandado preparar, para cada uno, un vestido como el que llevaba su hijo, porque no queria que estuviese mejor tratado que sus hermanos; y que deseaba que se lo pusieran inmediatamente.

A cada palabra que proferia Heyder-Aly-Kan, mudaban de color los Fakires. Lo sumo de la sorpresa los tenia triste-

mente atolondrados ; porque hacian una pérdida grandísima en trocar los andrajos que los cubrian. Pero ¿cómo podian evitar la desgracia que les amenazaba? El Sultan estaba circundado de sus guardias, y el recinto defendido por el exército. Maldixéron, en su interior, el momento en que habian entrado en aquel fatal recinto. Uno de los ancianos consiguió el permiso de hablar. Empezó su discurso alabando al Sultan por la caridad que queria exercer con ellos; y seguidamente se excusó, en nombre de sus hermanos, á recibirla, alegando, por pretexto de la repulsa, el voto de pobreza que habian hecho, y que temian quebrantar, aceptando unos vestidos demasiado cómodos, y debidos á la excesiva beneficencia de un Píncipe, que habia usado la atencion de prepararselos.

XXXVIII.

La multitud de los Fakires se daba secretamente la enhorabuena, oyendo el mo-

do con que su Xefe paliaba sus disculpas, y el como habia ocultado las verdaderas razones de la repulsa, baxo el velo de una modestia religiosa; pero tenian al frente un Príncipe á quien era difícil deslumbrar. Heyder-Aly-Kan escuchó benignamente al Fakir; y, volviendo despues á hablar, pronunció otro discurso, en que, así que hubo asegurado á los penitentes quanto mas caso hacia de ellos desde que habia visto su humildad, insistió sobre la caridad que queria hacerles, porque les era necesaria, á pesar de su moderacion. Entráron, en esto, los elefantes de la corte, que traian los vestidos, en que habian trabajado ocultamente, en lo interior del palacio, seis meses consecutivos, y exîgió que se los vistiesen al instante en su presencia.

Viéronse, pues, precisados los Fakires á separarse de los andrajos, que ocultaban todas sus riquezas, para ponerse unos vestidos nuevos, los quales, cubriéndolos con mas decencia, los sumian efectivamente en aquella pobreza de que fingian

no querer salir. No pudiéron abandonar el recinto sin dar furtivamente ojeadas envidiosas y tristes á los harapos que habian tenido que dexar; pero como no penetraban el corazon del Sultan, y como la especie de violencia que les hizo la atribuian á su caritativa prevision, no perdiéron todavía la esperanza de volver á hacerse con sus antiguos sacos, que estimaban mucho mas que sus modernas galas. Venia ya la noche. Esperaban, que, á favor de su obscuridad, les seria fácil entrar en el recinto, y coger, sin ruido, sus ropones. Saliéron, pues, unos tras de otros, colmando, en alta voz, de bendiciones al Sultan, y deseándole el Imperio del mundo en recompensa de su buena accion. Efectivamente fué recompensada, pero de un modo, que los Fakires no esperaban.

A la entrada de la noche, mandó Heyder-Aly-Kan, que se hiciese una pirámide de los vestidos que habian dexado los penitentes; y, fingiendo temor de que no los profanáran los soldados, mandó pe-

garles fuego. Todos aquellos despojos quedáron al instante consumidos por las llamas. El viento, que soplaba, á la sazon, con bastante violencia, se llevó el humo y los trapajos, dexando, en su lugar, una inmensa cantidad de monedas de oro. Inmediatamente lleváron aquella nueva á Heyder-Aly-Kan, que iba entrando por la ciudad. Este Príncipe, aunque ya se lo esperaba, mostró, no obstante, la mayor admiracion, y quiso ver una cosa, que él aparentaba mirar como un prodigio. Volvió al recinto, mandó separar las cenizas, é instantáneamente dió en ojos á todos los espectadores un tesoro prodigioso.

Heyder-Aly-Kan fué el primero que atribuyó á milagro aquel suceso; y toda la multitud, atraida por tan extraordinario acaecimiento, vociferó, despues de él, el milagro. Resonaban por la llanura voces de alegría y de agradecimiento al Ser supremo, que, para evidenciar la santidad de sus servidores, habia transformado sus despojos, mirados como viles, en un monton de riquezas.

Heyder-Aly se mostraba como poseido de un sorprehendimiento religioso. Todo transportado, mandó preparar, para el dia siguiente, un sacrificio solemne, en el mismo sitio que fué el teatro de los favores celestiales. Todos los Fakires fuéron combidados, de su parte, á la solemnidad.

Aquellos infelices, en vez de irse á sus tiendas, y á los varios hospicios que habitaban, se paráron á corta distancia de donde los habian despojado. Allí celebráron una especie de consejo, cuyo objeto fué decidir, como conocerian, entre las sombras de la noche, qual era el vestido de cada uno. No era dificultad de fácil resolucion; y las contestaciones que se origináron no tenian trazas de acabarse en mucho rato. Desde muy lejos podia oirse el ruido que hacian, hablando casi todos á un mismo tiempo. Los mendigos recientes se alegraban de lo sucedido, porque siempre ganaban en tomar una vestidura por otra. Los Fakires ancianos, que ya tenian recogidas muchas págodes de oro, desconfiaban de nunca mas vol-

ver á poseerlas, quando reflexîonaban en que les seria imposible reconocer los vestidos que les pertenecian, teniendo exâctamente todos un mismo corte. Hallábanse en lo mas fuerte de la conferencia, y á pique de venir á las manos, quando notáron que salian del recinto columnas de humo espeso. De allí á poco, unos torbellinos de llamas ondulantes, que penetraban por entre las nubes, y un olor de ropa quemada, que se extendió por la circunferencia, les advirtió de que ya no exîstia el objeto de sus contestaciones. Un mormullo tumultuoso sucedió al mas profundo silencio; y, sentados en el suelo, unos junto á otros, deploraban su infelicidad. Los alegres gritos, que en el recinto resonaban, no fuéron bastantes á sacarlos del abatimiento melancólico, que les causó el desenlace de aquella comedia. Sumergidos estaban en él, á tiempo que los diputados de Heyder-Aly-Kan, precedidos de un coro de músicos, y acompañados de un numeroso cortejo, llegáron á noticiarles quales habian sido los celes-

tiales favores de que el Príncipe acababa de verse colmado, y que no podia menos de atribuir al mérito de los Fakires.

El xefe de estos, hombre de consumada política, ocultó diestramente la turbacion que lo agitaba, y respondió á los enviados: „Que sus hermanos daban rendidas gracias al Ser supremo, porque se „habia dignado escuchar sus fervientes „ruegos, para que recompensára una bue„na accion; y que no dexarian de asistir „al sacrificio fixado para el dia siguiente."

Así que partiéron los diputados de Heyder-Aly-Kan, deliberáron, entre ellos, los Fakires, sobre lo que mas les convenia hacer. Unos opináron, que no era prudente fiarse segunda vez de un Príncipe disimulado, que, despues de dexarlos desnudos, les preparaba, acaso, mayores males. Otros sostuviéron, que su reputacion, y aun su verdadero interes, exîgian imperiosamente que no se dieran por entendidos de lo que acababan de perder; porque aquel era el único medio de sacar partido de su infortunio, y de ganar, en

poco tiempo, otro tanto dinero quanto habian perdido en aquella jornada infeliz.

Este raciocinio especioso no pareció bastante sólido á todos los Fakires. La mayor parte no aguardó á que saliera el sol, para huir de un parage, que les habia sido tan funesto, y que les representaba la imágen de su desastre. Levantáron el campo, por divisiones, á diferentes horas de la noche, de manera, que, al apuntar el dia, solo se dexaban ver algunos pocos sobre las colinas inmediatas.

Apenas el sol, al empezar su carrera, doràba las cúspides de los montes, quando todos los habitadores de Heyder-Nagur, deseosos de ver el milagro, y de asistir al sacrificio, acudiéron, en tropas, hácia el sagrado recinto. El mismo Heyder-Aly se presentó luego, sobre un magnífico carro, y rodeado de una lucidísima corte. Y, no obstante la desercion casi general de los Fakires, algunos de ellos, á quienes la reputacion contuvo en los alrededores, se reuniéron, en una sola division; y, tomando un aspecto devo-

to y mesurado, se pusiéron en marcha, en dos filas, para presentarse al Sultan. Celebróse su llegada por aclamacion general. ¡Corta indemnizacion, pero lisonjera para el amor propio! El pueblo, que, á corta diferencia, es, en todas partes, igualmente crédulo, y apasionado de lo maravilloso, se agolpaba para verlos pasar, y miraban, con ansia, á unos hombres, cuya santidad no les parecia equívoca.

Hecho el sacrificio, comiéron los Fakires juntos, á expensas del Príncipe, y en presencia de infinitas personas, que se encomendaban á sus oraciones. Aquel corto triunfo (si es que lo apreciáron) debió serviles de algun consuelo, y esperanzarlos en juntar pronto nuevas rupías. Mandó Heyder-Aly-Kan transportar, de noche, á su palacio el tesoro que acababa de adquirir, por un medio tan extraordinario.

XXXIX.

Amenazados los Ingleses de un acometimiento (combinado entre las principales potencias de la India), y previendo, ademas, una guerra próxîma con la Francia, empleáron todos los resortes de la política, para sembrar la desconfianza entre unos enemigos, que podian destruirlos con su reunion. Las disensiones civiles, que se perpetuáron entre los Máratas, y la extrema penuria, que fué su conseqüencia, diéron al Consejo de Bombay ciertas facilidades, de que se aprovechó diestramente. Las desavenencias que exîstian, entre la Compañía y aquellos pueblos, se sujetáron á juicio de árbitros; y, desde entónces, declaró la Regencia de Poonah á las potencias coaligadas: que, como no habia ya las razones que la ponian las armas en la mano contra los Ingleses, estaba resuelta á guardar provisoriamente la neutralidad.

El Subá de Dekan, autor primero de la confederacion general, temió entonces que cayese sobre él todo el peso de la guerra; y aunque no depuso sus proyectos de venganza, dió á entender, con la lentitud de sus preparativos, que aguardaba á ver que aspecto tomaban los negocios para declararse abiertamente. Heyder-Aly-Kan no se hallaba todavía en estado de empezar la guerra. Los Ingleses, que se encontraban armados en sus diferentes establecimientos, determináron aprovecharse del instante en que sus enemigos, no estando reunidos, carecian del resorte que da energía y celeridad á las operaciones militares, para destruir á unos é intimidar á otros; y así intentáron salir de la crisis en que estaban, antes de que el arribo de una esquadra Francesa pusiese sus negocios de peor condicion.

XL.

Los Generales Goddard y Campell,

que saliéron de Suráte en el mes de Febrero de 1777, se hiciéron dueños, en menos de dos meses, de toda la provincia de Guzuráte. Amendabad, que es su capital, fué tomada por asalto despues de un sitio de cinco dias. Las expediciones de la Compañía no eran menos lucidas sobre las fronteras de Bengala. Mandaba las tropas el Mayor Posani. Así que se aseguráron de todas las plazas fuertes de la Subadía de Benarés (cuyo jóven Soberano, Asof-Ul-Dula, dependia totalmente del Gobernador Hastings), se adelantáron hasta el pie de la celebrada fortaleza de Gallier, construida á las orillas del rio Ugen, sobre la cima de un escarpado monte. Aquella plaza está circundada por todas partes de rocas y de precipicios horribles. Las tierras, contenidas en su recinto, pueden servir, por su fertilidad y extension, para la subsistencia de la tropa que la guarnece. Aun no estaba el exército Ingles capaz de emprender el sitio. Pero Posani (convencido de que, si podia tomarla, detendria, en aquella

posicion, todas las fuerzas de los Pátanos, y se veria aquel pueblo probablemente forzado á renunciar á sus miras hostiles contra el Bengala), hizo preparativos de ataque, concibiendo, acaso, esperanzas de tomar aquel puesto (que siempre habian mirado como inexpugnable los Príncipes del Indostan), de la misma confianza y seguridad que inspiraba á su guarnicion lo bueno y fuerte de las obras que tenia que defender.

XLI.

Algunos Indios sabian una senda, que servia para introducir, de noche, en la fortaleza algunas cosas. Informado el Mayor Pofani de aquella particularidad, mandó exâminar aquel paso, y, sobre lo que le aseguráron, calculó que era posible penetrar por aquella senda, y, de resultas, se resolvió á tentar la empresa. La execucion de aquel proyecto tuvo tantos peligros, que aumentó, hasta lo sumo, la

gloria del éxîto. Por los movimientos del contrario se conoció evidentemente la consternacion que causó la toma de una plaza de aquella importancia. Las tropas Imperiales se retiráron á Agra en desórden. Los Pátanos, cuyo exército se juntaba entre Lahur y Delhy, se volviéron á sus hogares. Y la formidable liga, que habia de subyugar á los Ingleses, quedó deshecha aun antes de estar formada. Todavía reincidiéron los Ingleses en abusar de su fortuna. Asoláron la Subadía de Benarés, baxo pretexto de formar una barrera contra todos los ataques que pudiesen intentar los habitadores del norte del Indostan contra Bengala; y, con aquel mismo bárbaro manejo, advirtiéron á las potencias vecinas, que tomasen sus medidas mejor quando la ocasion se presentase.

XLII.

Tanto menos debió el Subá de Benarés esperar hostilidades por parte del Con-

sejo de Calcuta, quanto mas cuidadosamente habia evitado (despues de muerto su padre Sujah-Ul-Dula), dar motivo alguno de queja á unos vecinos tan suspicaces quanto temibles. Los Ingleses victoríosos pidiéron al Subá un subsidio extraordinario de un *crovo* de rupías, esto es, cerca de veinte y ocho millones y ochocientas mil pesetas. Solo le concediéron ocho dias para juntar aquella suma, y llevarla al campo Ingles, baxo las murallas de Benarés. Hastings acababa de llegar para dar prisa á la expedicion. Hallóse el Subá extremadamente perplexo. Era dificilísimo completar, en tan corto tiempo, la crecida suma que le pedian; pero, por otra parte, veia que sus fortalezas principales estaban en manos de los Ingleses, quienes lo amenazaban con arrasarlas, si no aprontaba lo pedido. Viéndose, pues, el Subá en aquel apuro, resolvió abocarse con Hastings, para ver si, con sumisiones y ruegos, podia conseguir algun alivio. El mismo Hastings estaba sobrado convencido de su

injusto proceder, y así no quiso meterse en justificarlo. Temió las resultas de una conferencia que habia de confundirlo, y tomó sobre sí mandar prender al Subá.

El palacio de este Príncipe estaba situado á las orillas del Gánges, á una legua mas allá de Benarés. El Consejero Markhan recibió órden, el 18 de Agosto de 1777, de pasar allá, muy de madrugada, y de intimar al Príncipe una prohibicion de salir de su palacio hasta nueva órden. Dos batallones de Cipayas, baxo el mando del mayor Pofani, auxîliáron á Markhan en el cumplimiento de su delicada comision. El Subá no hizo resistencia. Previniéronle, que, si el pueblo se alborotaba, seria entregada á las llamas la ciudad de Benarés.

Estaba Hastings haciendo sosegadamente la reparticion de la suma pedida por él, y preparándose á sacarla por la fuerza, quando supo que ya no era dueño de hacerlo, y que estaba su vida en peligro.

Turbas de gentes armadas, que acudié-

ron de los pueblos vecinos al saber la cautividad del Subá, pasáron el rio, y se encamináron directamente hácia el palacio donde estaba detenido el Subá. Los dos batallones Ingleses estaban en un patio, que circundaba las habitaciones del Subá; pero habian dexado imprudentemente á sus espaldas las municiones. Todas las avenidas del palacio se viéron, en un instante, llenas de gente armada. Acometidos los Ingleses por todas partes, presto quedáron indefensos. Trescientos y cincuenta muriéron, quatrocientos fuéron gravemente heridos, y los otros se viéron cargados de cadenas.

XLIII.

Lleváron al Subá á la orilla del rio, lo metiéron en una barquilla, y lo pasáron á la otra parte. Sus libertadores obráron única y repentinamente impelidos por su afecto, pero sin concierto y sin plan. Asof-Ul-Dula (que se vió circundado

de hombres entre quienes reynaba la confusion regular en los alborotos populares), se llevó consigo quantos efectos pudo transportar, y algunos esquadrones de caballería. Retiróse en diligencia hasta Fizabád, y sus tropas marcháron al momento, de todas partes, para acometer á Hastings en Benarés, ántes de que recibiera refuerzos de Calcuta.

Hastings se habia establecido en los jardines de una págode, en los arrabales de Benarés. La casa que ocupaba se componia de varios edificios independientes, en un vasto recinto circundado de árboles y de casas. Diéronle cuidado las turbulencias que agitaban á todos los circunvecinos, y, temiendo ser asaltado por unos enemigos, que se aumentaban sin cesar, salió de Benarés la noche del 9 al 10 de Setiembre de 1777. Llegó su séquito felizmente á Chunar al dia siguiente. Viéronse precisados á dexar en aquel parage los heridos á merced de los Indios, quienes los tratáron con una humanidad que no debia esperarse de ellos. Tomáron, fi-

nalmente, una posicion los Ingleses á las orillas del Gánges, donde podian esperar los socorros que les llegasen de todos sus establecimientos cercanos. Entonces volvió Hastings á mostrarse superior. Declaróse rebelde al Subá. Intimáronle, que entregase incesantemente en manos de los Magistrados de Calcuta á los xefes de la rebelion, en la que muchos Ingleses habian perdido la vida en Benarés; y tambien le intimáron, que pagase inmediatamente cincuenta millones, baxo pena de destitucion, y de execucion militar en sus Estados.

XLIV.

Asof-Ul-Dula tenia á su servicio algunas tropas disciplinadas á la Européa. Atrevióse á fiar su suerte de la casualidad de una batalla, que se dió, en el mes de Diciembre de 1778, á algunas leguas de Maxâdabad. Quedáron derrotados totalmente los Indios: su artillería, bagages y

municiones, cayéron en poder de los vencedores, y el mismo Subá se vió precisado á entregarse, en los primeros dias del año de 1778.

Terminóse la guerra quando empezó la venganza. Maxâdabad, que era una de las ciudades mas florecientes de la India, nadó, por muchos dias, en sangre de sus habitadores. Transformáron los Ingleses en un desierto aquella parte de la Subadía de Benarés, que confina con Bengala. Las sumas que encontráron en los tesoros del Subá no bastáron para contentar su avaricia. Tomáron, por asalto, la ciudad de Fyzabad, donde residian la viuda é hijos de Sujah-Ul-Dula, padre del Subá de Benarés. De nada sirvió, que aquel Príncipe, al tiempo de morir, hubiese recomendado particularmente su familia á la proteccion de Hastings. No se escuchaba mas que á la sacrílega sed del oro. Violentáron el palacio de Fyzabad. Las Princesas, y dos mil mugeres de su comitiva, fuéron tratadas como viles delinqüentes. Algunas quedáron entregadas á la brutalidad

de los soldados, y todas ellas (despojadas hasta de las cosas mas necesarias) se viéron reducidas á la mas espantosa miseria. Hastings autorizó, á lo menos indirectamente, aquella brutalidad; porque dió á entender al mayor Pofani, „que temia „ que la urbanidad de los soldados les hi„ ciese proceder con aquellas mugeres so„ brado pundonorosamente." ¡Qué monstruo aquel, que desea inutilizar las mas santas inspiraciones de la naturaleza! ¡Aquel, que, atropellando las tiernas consideraciones que respetáron todas las sociedades y todos los hombres grandes del universo, exercita la tiranía en la inocencia, en la debilidad y en la hermosura!

XLV.

Se apoderáron los Ingleses, en la Subadía de Benarés, de todas las riquezas, que, tanto tiempo habia, ambicionaba el Gobernador general de Bengala; pero, en vez de emplearlas para el uso público, se

distribuyéron á las tropas que sirviéron en la expedicion. Tocáron á Hastings un millon de rupías, y las mas de las alhajas halladas en el palacio de Fyzabad. En vano quiso impedir aquella distribucion el Consejo de Calcuta. Asegurado Hastings de que el exército lo sostendria, lo doblegaba todo á su voluntad despótica. Volvióse á Benarés para entender en el nuevo gobierno que queria introducir en el pais. Restablecióse el sosiego. Mudar de señor es cosa indiferente para hombres acostumbrados á la esclavitud. Asombrados los Indios de la catástrofe de su xefe, y no teniendo ya objeto importante y general, que los empeñase en reunir sus esfuerzos, se dispersáron para volver á sus ocupaciones acostumbradas; parecidos en esto á la bóveda, que se viene abaxo en faltándole la clave. Y Hastings (para animar aquellos primeros síntomas de buena voluntad) mandó proclamar una amnistía general, en favor de los que reconociesen inmediatamente la autoridad de la Compañía.

XLVI.

Casi consumada estaba ya la revolucion, quando unas cartas, venidas por el camino de Suez, publicáron, en Calcuta, que ya estaban empezadas las hostilidades, en Europa, entre la Francia y la Gran Bretaña. Tales circunstancias precisaban á los Ingleses á ciertas contemporizaciones, á lo menos provisorias, con los Príncipes del Indostan. Diéron oidos á las proposiciones del Subá de Benarés; el qual volvió á su capital, y tambien le devolviéron á su madre y hermanas. Renunciáron, por entonces á lo menos, á reducir á provincia de Bengala la Subadía de Benarés; pero, en aquel asolado pais, anduviéron, por mucho tiempo, juntas la hambre y la miseria, por entre las tierras incultas y los pueblos derribados.

XLVII.

Opinaban, en Calcuta y en Madrás, que una esquadra de doce navíos de línea, que se aprestaba en el puerto de Tolon, baxo el mando del Almirante Estaing, estaba destinada para los mares del Indostan. Los rumores públicos, que ponderan todas las novedades, y suelen inventarlas quiméricas, confirmáron aquel parecer. Aprovecháronse los Ingleses de su superioridad, y se apoderáron, casi sin resistencia, de los establecimientos Franceses de Chandernagor, de Yaman, de Karical, de Masulipatnam, y de Mahé. Hácia fines de Julio se puso en marcha el General Monró, con un exército de veinte mil hombres, para embestir á Pondichery; mientras que Sir Edvard Vernon, que mandaba las fuerzas marítimas de los Ingleses, sobre la costa de Coromandél, se hizo á la vela hácia dicha plaza, con un navío de línea y algunas fragatas. El Almirante Tronjoli

mandaba, en la rada de Pondichery, una esquadra de fuerza igual á la de Inglaterra. Ambas esquadras se diéron, el 10 de Agosto de 1778, un combate, que solo causó, en ambas partes, daño en los mástiles, en las velas, y en los demas aparejos de los navíos. Al *Brillante*, que montaba Tronjoli, le quebrantáron el timon, y se volvió á Pondichery con lo demas de la esquadra. El General fué herido ligeramente, y, mientras le curaban la herida, sobrevino una desavenencia entre los Capitanes Sandelle y Souville, que servian baxo sus órdenes. Perdiéron la ocasion de tomar el navío Ingles, el *Rippon*, que no podia moverse, y la de dar á la esquadra Francesa una superioridad, que la hubiera hecho señora del mar. Luego que tuvo su esquadra reparada, dió á la vela Tronjoli; pero, en vez de buscar al Conmódoro Ingles, dexó la costa de Coromandél, y se refugió al puerto de la Isla de Francia.

Con aquella retirada quedó Pondichery reducida á solo sus fuerzas, que consistian en setecientos hombres. Pero Belle-

combe, que mandaba la plaza, resolvió defenderla; y adquirió una honra inmortal, con su valor y buena conducta, todo el tiempo que duró el sitio.

XLVIII.

Empezáron los Ingleses á batir la plaza, el 6 de Setiembre de 1778, con veinte y ocho cañones de grueso calibre, y veinte y siete morteros. Animada la guarnicion, con la actividad y experiencia del Comandante, opuso á los sitiadores una resistencia que no esperaban, á la que tambien contribuyéron las lluvias, que retardáron los trabajos del sitio; pero los Ingleses lo continuáron, no obstante lo que perdian. Por fin, llegáron á conducir su galería hasta el borde del foso del Sur, á hacer brecha en el baluarte del Hospital, y á destruir las caras de los baluartes inmediatos. Preparábanse á dar un asalto general, á tiempo que Bellecombe (considerando que, si se resistia mas, perderia, sin fruto, los valero-

sos soldados que peleaban baxo su mando) capituló el 17 de Octubre de 1778, despues de cincuenta y un dias de trinchera. Obtuvo los honores de la guerra, y el ser transportados á Francia, á expensas del Gobierno Británico, él, sus Oficiales, su guarnicion, y todos quantos estaban, ó habian estado empleados en servicio de Francia, en qualquiera calidad que hubiese sido.

Con la rendicion de aquella plaza, cayéron en poder de los Ingleses trescientos cañones. Desde entonces no se vió mas pabellon Frances sobre las costas del Indostan.

XLIX.

Así que Heyder-Aly-Kan supo el sitio de Pondichery, se puso en marcha para atacar á los Ingleses. La gran distancia no permitió á aquel Príncipe llegar á tiempo, para salvar la capital de los establecimientos Franceses sobre la costa de Corbmandél. Y aun la falta de fuerzas marítimas no

le permitió oponerse á la toma de Mahé. Esta ciudad, edificada sobre la costa de Malabar, se hallaba en medio de sus estados, y se creyó con derecho de protegerla especialmente. Declaró al Consejo de Bombay, que se miraria como personalmente insultado, si los Ingleses atacaban una plaza en que residian muchos vasallos suyos, y que no podia atacarse sin pasar por su territorio. El Coronel Braithvaité, encargado de aquella empresa, despreció las amenazas de la corte de Heyder-Nagur, á pesar de que el residente de Heyder-Aly, en Madrás, hubiese notificado ministerialmente al Consejo de aquella ciudad, que entraria hostilmente en Carnáte, si no dexaban aquel sitio.

L.

Pasóse en preparativos de guerra el año de 1779. Dueños ya los Ingleses de todos los establecimientos Franceses de Malabar, de Coromandél y de las orillas del Gán-

ges, triunfaban sobre los mares de Asia. Quantos navíos comerciantes pertenecian al comercio de Francia fuéron presa de los armadores. Los pequeños Príncipes de la península, á quienes los Franceses protegiéron hasta entonces, se ladeáron á la nacion competidora, cuya superioridad les pareció consolidada; pero las grandes potencias del Indostan, atentas á los sucesos que se preparaban, estaban á favor de la oprimida, cuya buena suerte venidera podia únicamente preservar al Indostan de una total invasion de parte de los Ingleses. Entre este conflicto de opiniones, de temores y de esperanzas, puso Heyder-Aly-Kan su exército en marcha hácia los desfiladeros de las montañas, que servian de barrera á sus estados, por el lado de Carnáte, despues de haber renovado su alianza con la Regencia de Poonah, y con el Subá de Dekan.

El Nabab Mahomet-Aly, que, desde mucho tiempo habia, era personal enemigo del Sultan de Masur, temió entónces funestas conseqüencias del resentimiento

de aquel Príncipe, y, por tanto, no cesó de informar al Consejo de Madrás del inminente peligro en que se hallaba. Por contentar dicho Nabab la avaricia de los Administradores de Madrás, á quienes queria dirigir á su arbitrio, y por llenar el vacío, que sus locas prodigalidades dexaban en las rentas, seguia la idea de tomar prestado de quantos podia, y de no pagar nunca. Debia, á la sazon, sumas inmensas á la Compañía, á particulares y á su exército. Sus plazas estaban sin provisiones de guerra y de boca; y sus tropas sin armas, sin vestidos y sin disciplina.

LI.

Podia la Compañía Inglesa disponer de un exército de treinta mil hombres, que el Lord Macléod acababa de reforzar con un regimiento levantado en Inglaterra; pero aquellas fuerzas, ademas de divididas, estaban distantísimas unas de otras. Algunas tropas escogidas enviadas á Guzuráte,

para socorrer al General Goddar, aun no habian vuelto. Las que fuéron á la expedicion de Mahé quedáron de guarnicion sobre la costa de Malabar, para defender aquel establecimiento y el de Talichery contra las empresas de los Misoreános. Las fuerzas inglesas, que estaban cerca de Madrás, se juntáron á las órdenes de Sir Hector Monró; y el Coronel Baillie, que mandaba un grueso cuerpo de tropas, sobre las orillas del Crisena, recibió órden para acercarse inmediatamente á Madrás.

LII.

Pero Heyder-Aly-Kan salvó las montañas de las Gates, penetró en Carnáte por muchos puntos, y su caballería hizo, en aquellos campos, estragos indecibles. Un escritor Ingles describe aquella invasion en estos términos.

»Decretó Heyder-Aly, allá en los te»nebrosos senos de su corazon, hacer de »todo el Carnáte un eterno monumento

» de su venganza, y poner á la desolacion » por barrera entre sus estados y un pue- » blo iniquo, contra cuyas empresas no » era suficiente protectora la fe de los tra- » tados. Reunidas todas sus fuerzas, y mar- » chando, con sus soldados, al enemigo, » publicáron sus heraldos la sangrienta re- » solucion.

» Terminadas sus diferencias con sus » enemigos y competidores, los quales se- » pultáron sus enemistades recíprocas en » un aborrecimiento comun á los Ingleses, » tomó Heyder, en todas las regiones de » la India, nuevas lecciones del arte de » destruir. Escondido dentro de una espesa » nube, formada de los elementos del fu- » ror, de la desolacion y de la mortandad, » se mantuvo aquel hombre algun tiempo » sobre las faldas de los montes. Pero es- » talló súbitamente el meteóro terrible, é » inundó las llanuras de Carnáte.

» El efecto de aquel diluvio fué una de » las catástrofes, que ni la imaginacion » puede concebir, ni lengua alguna expli- » car. Todos los horrores de la guerra, has-

» ta entonces conocidos, fuéron nada
» comparados con tan tremenda destruc-
» cion. Un huracan de fuego consumió
» templos, habitaciones y mieses. Los des-
» venturados habitadores, que huyéron de
» sus pueblos incendiados, fuéron desapia-
» dadamente asesinados, sin distincion de
» edad, de clase, de sexô ni de ministerio.
» Y los que escapáron de la muerte, fué-
» ron arrastrados á la esclavitud en una
» tierra extraña."

El incendio de una provincia entera fué el precursor terrible, que anunció á los habitantes de Madrás la presencia del enemigo con quien tenian que pelear. Constaba de cien mil hombres el exército de Hey-der-Aly-Kan. Mandaba este Príncipe, particular y personalmente, treinta mil infantes, y veinte mil caballos. Estas fuerzas, sostenidas por un bello tren de artillería, estaban destinadas á sitiar las plazas que resistiesen, entre tanto que lo demas de su exército, dividido en varios campos volantes, obraba, á lo lejos, con la velocidad del rayo, dexando, por todas

partes, sangrientos vestigios de su paso.

Un destacamento mandado por Meer-Zaëb, pasó á Porto-Novo, á fines de Julio de 1780. Aquella plaza marítima, mirada como puerto neutro, no tenia medio alguno de defensa. Se rindió; y aquella conquista, que Heyder-Aly-Kan fortificó, fué sumamente útil á la Francia, quando, por último, se determinó á enviar fuerzas al Indostan.

LIII.

A las primeras noticias de la invasion de Carnáte, pasó rápidamente el Consejo de Madrás de la temeridad mas orgullosa al mas excesivo abatimiento. Las deliberaciones iban siendo mas tumultuosas, á proporcion de como se acercaba el peligro, hasta que degeneráron en odios personales. Las órdenes que se daban la víspera, se revocaban el dia siguiente. Decretóse, que la presencia del Comandante en xefe, Sir Hector Monró, era mas necesaria en Madrás, que al frente del exército; y, de con-

siguiente, quedó el Lord Macléod encargado de pelear con los Misoreános. Este General, que no aprobaba el plan de campaña, formado en el Consejo, formó por sí mismo otro, declarando, que no queria ser responsable de unas disposiciones, que no eran conformes á sus ideas. Entonces llamó el Consejo al Lord Macléod, y Monró volvió á tomar el mando del exército.

LIV.

Entre tanto, los correos, que se sucedian rápidamente, no hablaban de otra cosa, que de las victorias del enemigo, y de sus grandísimas devastaciones. Los representantes de pueblos y provincias reclamaban, á gritos, la proteccion del Consejo. Las fortalezas declaráron, que no podian resistir á las fuerzas que las amenazaban, sin un socorro urgente de tropas y de municiones. Recurriéron á Mahomet-Aly, Nabab de Carnáte, quien prometió quanto se quiso; pero el desór-

den de sus rentas hizo sus promesas ilusorias. Fuera de que, las competencias particulares entre los oficiales de aquel Príncipe, y los Agentes de la Compañía; se opusiéron al concierto, mas necesario que nunca en unas tan espinosas circunstancias. Al Comandante, á quien el Nabab confió el fuerte de Gengée, se le puso en la cabeza, en el mismo instante en que la plaza estaba en vísperas de ser forzada, disputar la preeminencia á un oficial Ingles enviado á su socorro, y no quiso adoptar ningun plan de defensa que le propusiéron. Carangalli estaba defendida únicamente por un Oficial subalterno y veinte Cipayas; y se rehusáron á recibir del Coronel Braithvaite un suplemento de hombres y de municiones, sin la autorizacion formal de la corte de Arcáte. Las tropas, que Braithvaite hizo marchar de Pondichery para unirse al exército de Monró, padeciéron las mayores escaseces, porque los arrendadores del Nabab, pretextando que no habian recibido órdenes, se negáron á suminis-

trarlas provisiones. Todas estas negligencias, unidas á la actividad extraordinaria de Heyder-Aly-Kan, hiciéron la devastacion de Carnáte general, y, por decirlo así, irresistible. Casi todas las plazas fuéron invadidas, desde el cabo Comorin hasta las orillas del Crisena. Las tropas de la Compañía, indignadas de los horrores que veian, no alcanzaban á contenerlos, por falta de caballería; y la que el Nabab puso en sus fortalezas, léjos de oponerse á la desolacion de su patria, se aprovechó de la confusion general, para sublevarse, ó pasarse al enemigo.

En Agosto de 1780, encargáron al Coronel Corb formar, de diferentes guarniciones, esparcidas en aquellas cercanías, un cuerpo considerable, y unirse con él á dos regimientos de caballería del Nabab, para interceptar un gran convoy de provisiones de guerra y de boca, que no podia llegar al campo de Heyder, sin pasar por algunos desfiladeros estrechísimos. Pero fuéron falsas todas las noticias sobre el camino que llevaba el convoy. Los

paisanos estaban coligados para engañar á los Ingleses, y quantos movimientos estos hacian, llegaban puntualmente á noticia de Heyder por los Oficiales del Nabab. Dicho destacamento se extravió en las gargantas de los montes, y efectuó su retirada con mucha dificultad.

LV.

Llegó Heyder, el 21 de Agosto de 1780, á Arcáte, capital de la Subadía de Carnáte. Los Ingleses, baxo el mando de Sir-Hector Monró, campaban en Congeveran á las orillas del rio Palear. Consistia todo el exército en doce mil hombres; pero se aguardaba de dia en dia, al General Baillie, que se daba quanta prisa podia, para unirse á ellos con ocho Regimientos de infantería, quatrocientos caballos, un gran tren de artillería, y muchas municiones.

Para impedir aquella union, abandonó Heyder-Aly-Kan el sitio de Arcáte, dia

2 de Setiembre de 1780; y, al dia siguiente, campó á dos millas del exército de Sir-Hector-Monró.

Retardó la marcha de Baillie la súbita inundacion de muchos rios. Heyder-Aly-Kan guardaba tan cuidadosamente las avenidas, que Monró solo podia saber de él por las relaciones inciertas de algunos desertores. Súpose que Baillie, despues de haber pasado el Péner, marchaba rápidamente. No estaba mas que á siete léguas del exército de Monró, quando le acometió Heyder-Aly-Kan. Empezó la accion el 5. Mandaba los Misoreános Meer-Zaëb, cuñado de Heyder-Aly. La noche separó á los combatientes, sin que ninguna de las partes tuviese ventaja determinada. Por la mañana volviéron á la accion. Mi padre me confió aquel dia el destacamento de doce mil hombres, que habia de atacar á Baillie. Todavía no fué decisiva aquella jornada; pero los Ingleses perdiéron todos sus bagages, y muchos de sus mas valerosos soldados.

LVI.

El Coronel Baillie, que no dexó de marchar, estaba á quatro leguas del exército Ingles, campado en Congeverán; pero todas las fuerzas reunidas de Heyder-Aly-Kan, que llegaban á cerca de cien mil hombres, estorbáron la reunion de los dos exércitos Británicos. Y Baillie previno á Monró, que la pérdida que habia tenido lo precisaria á retrogradar, si él no acudia prontamente á su socorro.

Para salvar aquellas tropas, se veia Monró en la dura alternativa de arriesgar una batalla en terreno llano, sin tener un solo esquadron, contra un exército, cuya caballería llegaba á treinta mil hombres, ó de enviar á Baillie un refuerzo, con que pudiese superar los óbstáculos que se le oponian para marchar adelante. Pareció preferible este último partido, porque, á todo evento, conservaba el exército principal la posicion ven-

tajosa en que campaba, y tambien las provisiones de arroz, hechas con mucho trabajo, y depositadas en una gran pagóde inmediata, como en un asilo que seria respetado por los Indios.

Nombróse al Coronel Fletcher para mandar aquel refuerzo, compuesto de Compañías de granaderos, de un Regimiento Ingles, y de lo mejor de los Cipayas y cazadores. Informado Heyder puntualmente de la fuerza de aquel destacamento, del instante de su salida, y del camino que habia de llevar, destacó un gran cuerpo de tropas para interceptarlo, y lo hubiera conseguido, si el Coronel Fletcher, desconfiando de sus guias, no hubiera cambiado su marcha.

Mudó el Sultan entonces de conducta. Fingió que no se atrevia á oponerse á la marcha de un exército, que acababa de recibir tan poderoso refuerzo. Llamó á los puestos avanzados, que batian aun la campaña en torno de los Ingleses, y se dió á fortificar su campo, para no estar entre dos fuegos. Mas las disposiciones que da-

ba ocultamente, le aseguraban una victoria infalible. Colocó cuerpos numerosos en los desfiladeros que Baillie habia de pasar necesariamente, para verificar su union con Sir Hector Monró; y guarneció de cañones los parages mas cubiertos, y de acceso mas difícil. Un Frances, nombrado Lally ó Lalley, mandaba su artillería, casi toda servida por Franceses. El mismo, al frente de treinta mil hombres, ocupó el puesto mas favorable para sostener los ataques, mientras un crecido cuerpo de caballería se dirigia hácia el campo de Monró, para engañar á los Ingleses con aquel falso ataque, y desviar su atencion del que queria verdaderamente executar.

El 10 de Setiembre de 1780, al amanecer, se dexó divisar el Coronel Baillie, que dirigia su marcha hácia los desfiladeros en que estaban colocadas las principales baterías de Heyder-Aly-Kan. Marchaban los Ingleses en columnas, y con tanta seguridad, que no conociéron el peligro á qué los habian expuesto sus Generales, hasta que el fuego de doce cañones, cargados á

metralla, fulminaba su flanco derecho. Inmediatamente se viéron las tropas Británicas rodeadas por un cuerpo de Franceses adictos á Heyder, por veinte Regimientos de infantería, y por un gran cuerpo de caballería. Circundados los Ingleses por todas partes, se defendiéron con gran valor. La mayor parte de su artillería les fué inútil. Solo se sirviéron de diez cañones de campaña; pero los usáron con tanta viveza, que hiciéron formidable estrago en la caballería Misoreána. Duraba ya la accion tres horas habia con igual tenacidad, quando, por negligencia de los que guardaban los carros de la pólvora, voláron estos, en medio de la línea Británica, con espantosa explosion. Aquel accidente trastornó, no solamente casi toda la artillería, sino que tambien desordenó totalmente una columna Inglesa. La pérdida de las municiones fué mas fatal para los que sobreviviéron, que la de los hombres, porque los dexó casi indefensos. Yo abracé aquella ocasion de distinguirme, cayendo, con un cuerpo numero-

so de caballería, sobre los Ingleses, que aun no habian tenido tiempo para volver á formarse. Siguióme inmediatamente el batallon Frances, y la primera línea de la infantería de Heyder. Desde aquel instante fué ya todo una horrenda carnicería. Casi todo el exército Ingles quedó exterminado. Solo se salvó un corto número de soldados, que se uniéron á Sir-Hector-Monró. El Coronel Baillie, herido en muchas partes, quedó prisionero, con doscientos Européos.

El dia de aquella accion memorable hizo Monró algunos movimientos para aproxîmarse al Coronel Baillie; pero el recelo de que Heyder se aprovechase de la ausencia del exército Británico, para hacerse dueño de la págode, donde estaban encerrados los víveres, que era difícil reemplazar, le impidió verificar aquella intencion. Pensó, ademas, que dicho Oficial, con el socorro recibido, podia superar los obstáculos, que el enemigo le pusiese sobre el camino. El vivo cañoneo, que oia, le causaba poca inquietud. Pero quando,

algun tiempo despues de la terrible explosion de que ya hablamos, notó que el cañoneo habia repentinamente cesado, se le inundó el alma de negros presentimientos. Y la llegada sucesiva de muchos Cipayas heridos le anunció, de allí á poco, el fatal suceso, que temia saber.

LVII.

Hallóse embarazadísimo. Privado, como estaba, de lo mejor de sus tropas, perdidas en la derrota del Coronel Baillie, y no teniendo caballería, podia ser circundado por el enemigo, y obligado á rendir las armas. Fuéle, pues, necesario pensar en una retirada pronta, que era dificilísima en un pais en que todos los habitadores se mostraban enemigos de los Ingleses; pero Heyder, que habia comprado su triunfo con grandes pérdidas, tuvo por conveniente dar algunos dias de descanso á su exército, en un clima en que el calor excesivo aumentaba las fa-

tigas pasadas. Y Monró, á quien el Nabab de Carnáte envió dos Regimientos de caballería, se aprovechó de aquella suspension para alejarse de su contrario, y acercarse á Madrás.

LVIII.

Vencedor Heyder-Aly-Kan de los Ingleses, se presentó nuevamente delante de Arcáte. Tomó esta capital, espada en mano, dia 3 de Noviembre de 1780; y, desde entonces, dominó, sin estorbos, en todo el Sur de Coromandél. El Consejo de Madrás estaba intimidado y confundido. El Gobierno de la Compañía llegó á ser, por su arrogancia en tiempo de paz, y por su debilidad en tiempo de guerra, odioso y despreciable para todo el Carnáte; entre tanto que Heyder, tan hábil político, como valeroso guerrero, midió sus proyectos por las preocupaciones de los pueblos sometidos á sus armas, y se acomodó á las miras y al genio de los habita-

dores injuriados, vendidos ó despreciados por los Ingleses.

✦✦✦✦✦✦✦ ✦✦✦✦✦✦

LIX.

Noticioso Hastings de la derrota de los Ingleses, á tiempo que volvia de Benarés, dió sus disposiciones para repararla. El Almirante Eduardo Hughes recibió órden para destruir las fuerzas marítimas, que Heyder mantenia en los puertos de Calicut y de Manguelor. Enviáronse á Madrás fuertes socorros de hombres y dinero. Sir-Eyres-Cootes, Comandante en xefe de todas las fuerzas Británicas en el Indostan, se embarcó para tomar el mando del exército. Este General no estuvo mas que veinte y tres dias en su travesía desde Calcuta, sobre el Gánges, á Madrás. Al llegar, encontró las cosas aun mucho mas críticas de lo que esperaba. Los pasos de las montañas no estaban custodiados. En el fuerte de San Jorge no habia provisiones. Los cañones no tenian cu-

reñas. El exército estaba desanimado. El pais afligido. Los Cipayas desertaban por Compañías enteras. Todas las comunicaciones estaban interceptadas. Los víveres consumidos, y los recursos agotados. Pero la superioridad de Heyder aumentada en proporcion del enflaquecimiento de las fuerzas Británicas. Quando Coottes tomó asiento, por primera vez, en el Consejo de Madrás, confesó, que la conducta política del Sultan de Masur habia sido tan diestra qual nunca se habia visto en ninguno de los Príncipes del Indostan.

LX.

No tardó en hacerse en el gobierno una revolucion favorable á los intereses de la Compañía. Restablecióse la unanimidad en el Consejo; dirigiéronse los proyectos con prudencia; y se executáron con vigor. Confióse al General Eyres-Coottes toda la direccion de la guerra. Y este Oficial sometió su plan de operaciones á un

Consejo de guerra, compuesto de Sir-Hector-Monró, del Lord Maclead, y del Brigadier General Stuart.

Temió Monró que Madrás fuese insultada por el exército de Heyder, antes de que hubiese llegado el socorro que se esperaba de Bengala; y así, retiró la guarnicion, que se mantenia en Pondichery desde la toma de aquella plaza. Los habitantes de ella se aprovecháron de las circunstancias para volver á tomar las armas, y echar á los pocos Ingleses que quedaban en sus muros. No tuvo aquel ardor patriótico el éxîto que merecia. Antes de que Heyder pudiese enviarle las municiones de guerra que necesitaba para sostener un sitio, pasó á ella, con prontitud, el General Coottes, sobre la esquadra del Almirante Hughes, y desarmó á los habitadores. Y el Almirante Hughes aparejó para executar la comision, de que estaba encargado, contra las plazas marítimas de Heyder sobre la costa de Malabár.

LXI.

El Almirante Frances Orves partió, el 4 de Octubre de 1780, de la isla de Francia, con una esquadra muy bien armada y aprovisionada, y, despues de una larga é infructuosa travesía, apareció delante de Porto-Novo, en el mes de Diciembre de 1780. Sir Eyres-Coottes estaba, á la sazon, bloqueado en Gondelur, y solo le quedaban víveres para algunos dias. La esquadra Inglesa estaba ocupada en el sitio de Calicut sobre la costa de Malabár. Heyder propuso al Almirante Frances, que atacase por mar la plaza que él bloqueaba por tierra. Algunas pobres consideraciones, ó, mas bien, las serpientes de la envidia, que tantas veces malográron los sucesos de la marina Francesa, entorpeciéron aquel proceder. Temió Orves, segun decia él mismo, la vuelta de la flota Inglesa, superior á la suya. Pretextó tambien la falta de subsistencia. Y, en fin, fuese

cobardía, fuese impericia, ó fuese traicion, su pronta retirada desbarató unas operaciones, que ponian en poder de Heyder mil y quinientos Européos, casi todos los Generales Ingleses, que se hallaban en la India, y, aun acaso, la ciudad de Madrás.

LXII.

Estaba entonces declarada la guerra entre la Inglaterra y la Holanda. Como esta última potencia no tuvo tiempo de preparar suficientes fuerzas para preservar de una invasion sus establecimientos de Africa y de Asia, recurrió á la corte de Paris. Luis XV no ignoraba que el Cabo de Buena Esperanza sirve, en todo tiempo, de descanso á los navíos Franceses, que van á la India ó á la China; y se habia encargado de transportar allá tropas y municiones de guerra. Cinco navíos de línea, á las órdenes del Almirante Suffrén, y algunos barcos de transporte, destinados para aquella expedicion, y para pasar luego á

la costa de Coromandél, saliéron de los puertos de Francia, y bogáron luego hácia la línea. La corte de Lóndres encargó al Conmódoro John Stone, que se hiciese á la vela, para atacar el Cabo de Buena Esperanza, mirado, con razon, como la llave de las posesiones Bátavas en la India. John Stone salió de la Mancha con diez y siete velas. Ambas esquadras llegáron, casi á un mismo tiempo, sobre las costas de San-Jago, que es una de las islas del Cabo Verde. Propusiéronse, una y otra, hacer provisiones frescas en aquella colonia, perteneciente á Portugal. La inmediacion de las costas neutras no las quitó darse un combate, en el que los navíos de John Stone quedáron tan maltratados, que estuvo diez y seis dias, en la rada de Praya, para reparar su esquadra, mientras Suffrén continuó su camino hácia el Cabo de Buena Esperanza. El Almirante Frances, así que desembarcó los refuerzos que llevaba en aquella ciudad, y que la dexó libre de insulto, partió para la Isla de Francia; y entonces cabalmente

se presentó John Stone delante de la plaza; pero como la halló en estado de defensa, tomó el camino de Europa, sin haber sacado de aquel armamento mas fruto, que el de tomar quatro embarcaciones comerciantes Holandesas, en la bahía de Saldanna.

LXIII.

Quando Suffrén entró en el puerto de la Isla de Francia, el Almirante Orves, de vuelta de una expedicion sin fruto, habia promovido el hambre en la isla. Fué necesario aparejar al instante; pero, entre los Capitanes de la esquadra, mandada por Orves, habia mala voluntad y desavenencias. Orves multiplicaba las dificultades; y Suffrén, que estaba subordinado á él, no podia menos de reprobar un retardo fatal á los negocios de la Francia. Fuera de esto, la corte de Paris (sin atender, en la distribucion de los empleos, á otra cosa que á las conexîones de los promovidos á ellos, y no contando por nada el

mérito y el talento), en vez de confiar la direccion de las fuerzas de tierra al General Bellecombe (recomendable por la defensa de Pondichery, poseedor de la confianza de los pueblos, y de la estimacion de Heyder-Aly-Kan), las confió al General Bussi, hombre valetudinario, el qual, aunque, en otro tiempo, hizo servicios grandes en la India, no estaba ya entonces capaz de una expedicion distante, que exîgia todo el ardor de un hombre que estuviese en lo mejor de su edad. En Bellecombe habia tambien la ventaja de tener conocimientos mas modernos de los intereses públicos de un pais en que la política insidiosa de los Príncipes es todavía mas versátil que la de los gabinetes de la Europa. Bussi y Orves remitiéron al año siguiente el ataque de los Ingleses sobre la costa de la India. De esto resultó, que una parte de las posesiones Holandesas, en Asia, fuéron invadidas por los Ingleses; que Heyder-Aly, privado de los socorros marítimos que aguardaba de su aliado Luis XV; sufrió reveses sensibles;

y que los Máratas, y el Subá de Dekan, que, para declararse en favor del Sultan de Masur, solo esperaban el momento de hacerlo con ventaja, se mantuviéron neutrales. Los pueblos Indios no quedáron vengados de una nacion usurpadora y sanguinaria, que devoraba aquel pais; y la Francia perdió una ocasion (que, por ventura, no volverá á lograr en mucho tiempo) de asegurarse, exclusivamente, de casi todo el comercio de la India; de echar á los Ingleses del Asia y de la América; y de reducirlos, en Europa, á la clase subalterna de una potencia secundaria.

La suerte de Madrás, la de los Ingleses en Carnáte, y, acaso, en toda la India, dependia de la suerte del exército, de que acababa de tomar el mando Sír-Eyres-Coottes, y que llegaria á veinte mil hombres, contando, entre ellos, alguna caballería del Nabab de Carnáte. Heyder-Aly, luego que se retiró la esquadra Francesa, sitió á Vandevachi, el 17 de Enero de 1781. Los Ingleses se

acercáron para socorrer la plaza. Heyder levantó el sitio, y presentó batalla á sus enemigos. Coottes esperaba un buen refuerzo, que le enviaba Hastings de Bengala; y no tuvo por conveniente arriesgarse á una batalla antes de recibirlo. Ambos exércitos se mantuviéron á la vista hasta el mes de Julio. Informado Heyder, en los últimos dias de Junio, de que el exército de Bengala avanzaba para verificar su union con el de Madrás, fué á campar á su paso junto á Gudelur. El exército Ingles no podia continuar su marcha hasta haberlo forzado en su posicion. Las fuerzas Misoreánas consistian entonces en quatrocientos Franceses, mandados por Lally, á quien la corte de Paris acababa de graduar de Teniente Coronel; en veinte y cinco Regimientos de Cipayas, quarenta mil caballos, y muchos peones y roquetes, que eran inútiles en un ida de accion; y quarenta cañones. Las tropas Inglesas no eran, á la verdad, tantas; pero tenian cinco mil Européos, y esto les daba una superioridad verdadera.

LXIV.

Fué Heyder atacado el 1.º de Julio de 1781. Defendióse porfiadamente ocho horas, y no cedió el campo de batalla hasta haber perdido á su cuñado Meer-Zaëb, que era uno de sus mejores Generales, y cerca de seis mil hombres. Retiróse en tan buen órden, que los Ingleses, á quienes la batalla costó dos mil hombres, no pensáron en perturbarle su retirada.

Segun la relacion Inglesa, jamas se vió victoria mas completa ni decisiva. Sin embargo de eso, no pudo Coottes tomar siquiera un cañon. Heyder se detuvo á algunas leguas del campo de batalla, en las cercanías de Arcáte, adonde fuí á unírmele con veinte y cinco mil caballos; y el 29 de Agosto siguiente volvimos á tentar la suerte de otra batalla. Aun mas disputada fué esta accion que la del dia 1.º de Julio. Duró la carnicería desde las nueve de la maña-

na hasta ponerse el sol. Abandonó Heyder el campo de batalla; pero aquella única ventaja que obtuviéron costó á los Ingleses quatrocientos y cincuenta Européos, veinte y dos Oficiales, y dos mil de sus mejores Cipayas. Aquel contratiempo doble convenció á mi padre de que el valor de sus tropas, y su número, no bastaban para prevalecer, en batalla ordenada, contra un exército menos numeroso, pero mas maniobrador. Desde entónces se rehusó á las acciones generales en que podia quedar comprometida su reputacion. Se contentó con cansar de continuo á los Ingleses, que no tenian, como él, la facilidad de reclutar sus tropas.

LXV.

Mas conocidas eran las ventajas de los Ingleses sobre los Holandeses. Quando llegó á la India la noticia del rompimiento, abordáron al fuerte Malborugh, sobre la costa de Sumatra, cinco navíos

de la Compañía Inglesa, que volvian de la China. Los Directores de aquella escala formáron inmediatamente el proyecto de apoderarse de todos los establecimientos Bátavos en la dicha isla. El Gobernador de Padang, fortaleza principal de los Holandeses, no tomó precaucion alguna para su defensa. Vióse, pues, precisado á rendirse; y la misma suerte tuviéron todos los puestos Holandeses sobre la extremidad occidental de la isla.

En aquel mismo tiempo fuéron acometidos el puerto y la fortaleza de Negapatnam. Sir-Hector-Monró conduxo el sitio por tierra, y el Almirante Hughes por mar. La guarnicion de Negapatnam era mucha, y estaba bien mantenida. No hizo la resistencia que se debia esperar. Los vencedores no tocáron á los efectos de los particulares; pero se apropiáron quantas municiones de guerra y de boca pertenecian á la Compañía Holandesa. Aquella pérdida de los Holandeses hizo á los Ingleses dueños de todo el pais de Tanjur,

y no fué mas que el preludio de otra expedicion mas lucida.

LXVI.

Concibiéron los Ingleses el proyecto de conquistar la opulenta isla de Ceylan, donde los Holandeses hacen el comercio exclusivo de la especería. Rindióse dicha isla casi sin resistencia. Halláron los vencedores en ella prodigiosa cantidad de municiones de guerra. Hiciéron prisioneros quatrocientos soldados Européos; y tomáron en el puerto dos navíos ricamente cargados, y otros muchos barcos pequeños.

LXVII.

La esquadra Francesa, baxo las órdenes del Almirante Orves, partió, finalmente, de la Isla de Francia en el mes de Diciembre de 1781 dexando enfermo al General Bussi en el Cabo de Buena Esperan-

za. El Almirante Frances murió sobre su navío, y pasó el mando á Suffrén, hombre tan activo, tan firme y tan inteligente, como su predecesor pusilánime. La flota Francesa, reforzada con el *Anibal*, navío de línea que acababa de tomar á los Ingleses, se componia entonces de doce navíos de línea, tres fragatas, tres corbetas, dos flautas, un brulóte, y seis barcos de transportes: entre todos llevaban mil y quinientos hombres de tropas, no comprehendido el equipage de los navíos, municiones, sesenta bocas de fuego, y trescientos Cafres para su servicio.

El Almirante Frances se presentó delante de Madrás el 5 de Febrero de 1782. El Almirante Sir-Eduardo-Hughes ancló con nueve navíos de línea, baxo el fuego de las baterías de la plaza. En aquella situacion la juzgó inexpugnable el Almirante Frances, y se hizo á la vela hácia Pondichery, para desembarcar las tropas y municiones que llevaban los barcos de transporte, cuya marcha pesada y tardía

embarazaba las evoluciones de los navíos de guerra.

LXVIII.

Apénas Suffrén se alejó de Madrás, quando salió en su seguimiento la esquadra Inglesa, queriendo, sin duda, aprovecharse del embarazo que causaba á los navíos Franceses la guardia de los transportes. Pero Suffrén rebiró de bordo, y combatió con los Ingleses hasta la noche, sin ninguna ventaja señalada de una parte ni de otra. Los Ingleses navegáron hácia la isla de Ceylan, cuya conquista acababan de hacer. Los Franceses ancláron, el 20 de Febrero de 82, en la rada de Porto-Novo, que pertenecia entonces á Heyder-Aly, y allí desembarcáron las municiones, la artillería y las tropas, á las órdenes del Coronel Duchemin.

No podia la flota Francesa llegar mas oportunamente á los mares de la India para conservar á los Holandeses las posesiones

que les quedaban en aquellas Comarcas. Los Ingleses se apoderáron de los establecimientos Bátavos sobre la costa occidental de Sumatra, y de los de Sadrás, de Paliacáte y de Bimeli-Patnam, en las cercanías de Madrás; del de Chinsura, en el Bengala; del de Negaptnam, sobre la costa de Coromandél; y del de Trinquemala, en la isla de Ceylan. Como señores del mar, amenazaban á los establecimientos que les quedaban á los Holandeses en las islas de Ceylan, de Java, de Sumatra y de las Molucas. Pero, con la llegada de los Franceses, renunciáron á la guerra ofensiva, para pensar en la conservacion de sus plazas marítimas.

Así que la esquadra Inglesa del Almirante Hughes dexó la costa de Malabar, para trasladarse á la de Coromandél, bloqueó Heyder-Aly la ciudad de Talicheri, edificada á algunas leguas de Mahé. No contaba con tomar aquella plaza, sin el socorro de una esquadra; pero mientras llegaban los navíos Franceses, estaba la plaza embestida por tierra, sin que la pudie-

sen entrar provisiones. Noticioso el Consejo de Bombay de la próxîma llegada del Almirante Suffrén, y temeroso de la actividad de aquel marino, hizo los mayores esfuerzos para libertar la plaza antes de que los Franceses se presentáran delante del puerto; y no fuéron sus cuidados inútiles. Sadoskan, que mandaba los Misoreános, se vió precisado á levantar el sitio; pero aquel contratiempo quedó muy reparado sobre la costa de Coromandél.

LXIX.

El Coronel Braithvaite, que mandaba en Tanjur, recibió órden del Consejo de Madrás para acercarse á la capital, y reunirse, con todas las fuerzas de que pudiera disponer, al exército del General Coottes. Salió, por consiguiente, Braithvaite de la fortaleza de Trichenapali, con tres mil hombres, para executar la tal union. Yo tenia baxo mis órdenes, hácia la embocadura oriental del Caveri, unos veinte mil

hombres, entre los quales estaba el batallon Frances mandado por Lally. Concebí la posibilidad de cortar aquel destacamento, así como mi padre cortó el de Baillie. Los Ingleses, que estaban separados de Heyder por muchos grandes rios, se creyéron al abrigo de toda sorpresa. Estaban campados en una llanura á las orillas del Caveri, muy agenos de ninguna especie de accion, quando los ataqué, con mi caballería, el 16 de Enero de 1782. Mi infantería y mi artillería distaban todavía mas de ocho leguas, y tenian que andar por caminos casi impracticables. Aquellas dificultades locales fuéron cabalmente las que perdiéron á Braithvaite, autorizando su seguridad. Mandé á mis esquadrones, que no se expusieran sobradamente, sino que fatigaran á los Ingleses con ataques prontos y sucesivos, hasta la llegada de Lally. Habíanse formado los Ingleses en quadro. Colocáron en el centro, para hacer frente á todos los ataques, doscientos y cincuenta caballos que tenian. Su artillería, compuesta de trece cañones de cam-

paña, estaba repartida sobre todos los frentes. En aquella situacion se defendiéron, todo el dia, contra mi caballería, que no pudo penetrarlos. A la mañana siguiente volvimos al ataque. La infantería y la artillería, compuesta de veinte cañones, llegó; pero los hombres tan rendidos, que necesitaban del descanso. Continuó, pues, la caballería atacando á los Ingleses sola, hasta que, á las tres de la tarde, estuvo ya la artillería en estado de tirar; y el batallon Frances, sostenido por una parte de mi infantería, se presentó para romper la línea Inglesa. Fué muchísima su pérdida, por el fuego rasante de mi artillería, servida á metralla. Con todo eso, no se consiguió romperla, y la noche separó á los combatientes.

El 18, por la mañana, todo mi exército, animado y lleno de buenos deseos, pidió, á voces, volver á pelear contra unos hombres abrumados de heridas y de cansancio. Lally, al frente de sus quatrocientos Européos, y sostenido por toda mi infantería, se avanzó con bayoneta calada.

En un momento quedó rota la línea Inglesa; y el furor y velocidad de los caballos hizo entonces una lastimosa carnicería. Así que los Ingleses rindiéron las armas, mandó Lally al instante que cesára la efusion de sangre. Una parte del destacamento Ingles habia perecido en las tres acciones. La mitad de los prisioneros estaban acribillados de heridas. Me apoderé de toda la artillería, y de quantas municiones habia. Luego que acabó la mortandad, se confió el cuidado de los heridos y prisioneros á Lally, quien los trató con generosidad, que es la compañera inseparable del verdadero valor, y se mostró tan humano en la paz, quanto intrépido en la guerra; porque los soldados mas valerosos fuéron siempre los mas compasivos con sus enemigos inermes. Lleváron á Siring-Patnam á Braithvaite y á los prisioneros. Con esto, quedó toda la parte de Coromandél, situada al norte del Caveri, sometida á Heyder; entre tanto que, al norte de dicho rio, acechaba el exército grande de este conquistador los movi-

mientos de Sir-Eyres-Coottes.

LXX.

En aquellas circunstancias fué recibida en Porto-Novo la esquadra Francesa, y Heyder-Aly proveyó á quanto necesitaba. Apenas quisiéron las tropas desembarcadas descansar algunos dias. Reuniéronse á un cuerpo considerable del exército de Heyder, y acometiéron á Gudelur con tanta celeridad, que el Capitan Hughes, que mandaba la plaza, tuvo que rendirla el 8 de Abril de 1782. Con aquella conquista, se aseguráron los Franceses de un asilo, que necesitaban tanto mas, quanto no tenian entonces en la India ningun puesto para establecer un hospital al abrigo de los insultos.

LXXI.

Amenazaba á Madrás Heyder-Aly-Kan. Despues de la toma de Gudelur, se acer-

có su exército á Vandavachi, plaza que el General Coottes cubria con el exército Británico. Una vez tomada esta plaza, estaba abierto el camino al exército combinado hasta la capital de las posesiones Inglesas sobre las costas de Coromandél; pero, por lo mismo, habian reunido los Ingleses todos sus esfuerzos para hacerse inexpugnables en el campo retrincherado, que defendian, baxo el cañon de la plaza. Habian aumentado sus fuerzas con todas las guarniciones de las plazas inmediatas, y aun con la de Pondichery, en la que habian entrado los Franceses. De nada podia servir la esquadra Francesa para una expedicion contra una plaza distante del mar. Pareció, pues, al Almirante Suffrén, que contendria el ardor de los Indios, poniendo á Heyder en el caso de observar, que, para dar menos al acaso, era conveniente esperar la segunda division del exército Frances, que Bussi habia de conducir inmediatamente al Indostan, con un famoso tren de artillería de sitio.

Los diferentes exércitos habian de tal-

manera devastado el Carnáte, que Heyder-Aly, esperanzado en los socorros que se prometian, juzgó oportuno retirarse á las montañas Roxas, en las cercanías del fuerte Arneo, donde estaban formados sus principales almacenes. El General Coottes, que tomó por fuga una retirada que dictó la prudencia, marchó hácia Arneo, como si hubiese querido sitiarla. Heyder baxó, como un torrente, de las montañas, el 2 de Junio de 82, y acometió á los Ingleses, sin darles tiempo para formarse. Pero el valor Ingles, y el talento de Sir-Eyres-Coottes, restableciéron la accion. Quedó indecisa la jornada; pero, algunos dias despues, fué sorprehendida en una emboscada, y derrotada por la caballería de Heyder, una division del exército Británico. Este descalabro, juntamente con la dificultad de alimentar á su exército en un pais enteramente arruinado, obligó á Sir-Eyres-Coottes á llevar sus tropas á las inmediaciones de Madrás. Padeció mucho la salud de dicho General con los trabajos de aquella campaña. El estado de los

negocios de la Compañía se presentaba entonces muy desventajoso. Los Franceses, á quienes miraba el Consejo de Madrás como obstáculos insuperables para sus ambiciosos proyectos, estaban para triunfar. Era tambien probable, que su superioridad determinase al Subá de Dekan, y á los Máratas, á reunir sus fuerzas á las de Heyder-Aly-Kan. Y en aquel caso, no solamente quedaba aniquilada la potencia Británica sobre la costa de Coromandél, sino que tambien quedaban echados los Ingleses de todas sus posesiones en el Indostan. La serie de reflexîones punzantes, hijas del encadenamiento de tales sucesos, que precisamente habian de ocupar á un hombre roido de ambicion, y acostumbrado á la fortuna, anegaban su alma en pesares. No pudo con la idea de ser víctima de la reunion de muchas potencias, á quienes siempre hizo cara; y así, pretextando su poca salud, dexó el mando del exército. Sir-Hector-Monró, y el Lord Marcleod habian vuelto á Europa; por lo qual, encargáron al Mayor General

Stuart la conducta de lo restante de aquella guerra.

Volvió al mar el Almirante Suffrén, el 23 de Marzo de 1782, para buscar la esquadra Inglesa. Dió con ella navegando hácia Trinquemala, y la atacó, el 12 de Abril, delante de la isla de Provedien. Se empeñó el combate á la una del dia, y duró hasta las seis de la tarde, hora en que ambas esquadras, igualmente maltratadas, se retiráron; la Inglesa, á Trinquemala, en la isla del Ceylan; y la Francesa, á la misma isla, en el puerto de Batecálo, perteneciente á los Holandeses. Solo estuvo en él el Almirante Frances lo necesario para hacer agua, y las provisiones que le faltaban. Unióseles, en el mismo puerto, una esquadrilla de tres navíos Holandeses, cargados de trigo, y de municiones de guerra; y otra de dos navíos de línea, mandados por el Xefe de Esquadra Aimár, que llevaba en su convoy la segunda division de tropas y de artillería, que le enviaba, de la Isla de Francia, el General Bussi.

LXXII.

Con este refuerzo se hizo á la vela el Almirante Frances para Pondichery, á llevar los cañones destinados á la defensa de aquella plaza. Apenas estaba su esquadra dispuesta, quando aparejó para atacar á Negapatnam. El Almirante Ingles estaba en aquella rada. Penetró Hughes el intento del Almirante Suffrén, por las disposiciones que él mismo hubiera dado en caso igual; y así, luego que hubo reparado, con celeridad, sus navíos en Trinquemala, fué á defender y abastecer aquella fortaleza importante. Los Franceses solo veian la posibilidad de atacar la plaza en el buen éxîto de una batalla naval feliz. Los Ingleses no se negáron al combate: ambas flotas tenian, sobre poco mas ó menos, fuerzas iguales. Empeñóse la accion, el 6 de Julio de 82, á la vista de la plaza, y duró desde las once de la mañana hasta la una de la tarde, que un hu-

racan violento precisó á las esquadras á separarse. Los Ingleses ancláron entre Negapatnam y Naur, y los Franceses en Karical. Las pérdidas que Suffrén tuvo en aquellos tres combates, y que no se reparáron fácilmente en aquellos paises, forzáron al Almirante á renunciar al sitio de Negapatnam; pero fué para verificar otra expedicion mucho mas importante.

LXXIII.

Así que la flota Francesa tuvo reparados sus navíos, dió á la vela, el 1º de Agosto de 82, y ancló, el 25 del mismo mes, en Bak-Baye, en la isla de Ceylan. Verificóse el desembarco al dia siguiente; y las tropas, baxo las órdenes del Coronel Agoult, pasáron á Trinquemala, cuyo ataque iba á dirigir el Ingeniero en xefe Desrois. En menos de tres dias estuviéron situadas las baterías, y sus fuegos dirigidos con tanto acierto, que el 29 hiciéron callar los de la plaza. El 30 intimó

el Almirante Suffrén al Gobernador Mac-Donal, que rindiera la plaza. En el mismo dia se firmó la capitulacion. Rindióse el fuerte de Oldemburg al siguiente dia, y los Franceses enarboláron su pabellon en todos los parages de la bahía. Apenas se vió Suffrén dueño de la ciudad y de los fuertes de Trinquemala, quando señaláron los vigías muchas velas, que no tardáron en ser reconocidas por Inglesas. La flota arribante, que aun no habia visto los navíos Franceses, dió diferentes bordos para acercarse á la bahía; pero así que viéron, al otro dia, el pabellon de Francia desplegado sobre todos los fuertes, se dirigió al sud-oeste el Almirante Hughes. La esquadra Francesa alcanzó muy presto á los Ingleses. Aquella fué la quarta batalla naval, que las dos naciones competidoras se diéron aquel año en los mares del Asia. Se empeñó, el 3 de Setiembre de 82, á las dos y media de la tarde, y duró hasta la noche. Fué tan indeciso el combate como los anteriores. Los Ingleses regresáron á Madrás, y la esquadra

Francesa volvió á entrar en la bahía de Trinquemala, para libertar de insulto á su nueva conquista. El *Oriente*, navío de setenta y quatro cañones, tocó en una roca, y naufragó. Aquella pérdida era tanto mas sensible, quanto, por la llegada del Almirante Ricardo Bickerton, que traxo un refuerzo de cinco navíos de línea, iba la esquadra Inglesa á tener una superioridad respetable sobre la Francesa.

Estuviéron algun tiempo en Trinquemala, para poner mástiles nuevos á los navíos el *Heroe* y el *Ilustre*, que sufriéron mucho en el combate de 3 de Setiembre de 82; y quando la esquadra se halló en estado de hacerse á la vela, se puso delante de Gundelur. Allí la esperaba otra desgracia; que fué la de perder un navío, nombrado el *Bizarro*, que naufragó delante de aquella plaza, el 4 de Setiembre, por haber rebirado, con viento atras, muy junto á la costa.

Aun mas maltratados fuéron los Ingleses. Su esquadra, ántes de llegar á Madrás, experimentó uno de los huracanes

mas furiosos, que se hubiesen visto en aquella costa. Dispersóse la flota. Los navíos, que se hallaban en la rada de Madrás, se sumergiéron, ó se hiciéron pedazos sobre la orilla. Pereciéron mas de cien *caboteurs* Ingleses. La costa estaba cubierta, en el espacio de muchas millas, de reliquias de navíos y de cadáveres. Fué mucho mas terrible aquel suceso, porque la hambre desolaba entonces á Madrás, y á todas sus inmediaciones. Los exércitos de Heyder habian destruido totalmente las cosechas de aquel desventurado pais. Los Franceses se lleváron casi todos los barcos cargados de arroz, que enviaba Bengala; y los que felizmente ancláron, baxo el fuerte de S. Jorge, pereciéron en aquella ocasion, sin que hubiese sido posible descargarlos. La estacion del invierno, que ya no estaba léjos, forzó al Almirante Hughes á refugiarse á Bombay, adonde no llegó hasta fin de Diciembre del mismo año; pero en un estado tan ruinoso, que tuvo que condenar dos de sus navíos.

LXXIV.

La posesion de Trinquemala dió á los Franceses el imperio de los mares de Coromandél. Pero el Almirante Suffrén, que no se creyó seguro en aquella bahía, fué á pasar lo mas fuerte del invierno al puerto de Achem, que está en la extremidad septentrional de la isla de Sumatra.

Derrotada la flota Británica, se proporcionáron socorros de Bengala los habitadores de Madrás; pero, antes de que llegasen, hizo el hambre, durante tres meses, horrorosos estragos, desde las puertas de Madrás hasta las orillas del Caveri. De nada servia entonces el dinero para comprar comestibles. La Compañía hizo grandes y generosos sacrificios; pero era todo un pueblo quien pedia socorro, y no bastaba la mejor voluntad para producir subsistencias que no habia. De quantas calamidades afligen á la vida humana, el hambre es, indudablemente, la plaga que

mas atormenta al corazon del hombre, y la que, nivelando las condiciones todas, coloca imperiosamente al orgulloso rico, al lado del humilde pobre. Ciudades y campos rebosaban de muertos y de moribundos. Perecian diariamente, á lo menos, doscientos Indios, en la ciudad y arrabales de Madrás. Ingleses y Musulmanes se sustentaban con la carne de los animales, que no era imposible procurarse; pero los naturales del pais, observantes de los preceptos de su religion, que les prohibian la carne y el pescado, diéron raros exemplos de conformidad y de valor. Morian, á millares, en el mismo jardin de la India, sin murmurar, sin amotinarse, y aun sin proferir una queja.

Los establecimientos Franceses se exceptuáron de los males, que devastáron á los Ingleses; así porque la flota Francesa se apoderó de casi todos los transportes de víveres, que los Ingleses hiciéron venir de Calcuta, como porque Heyder les suministró subsistencias de sus propios dominios.

Los acaecimientos de la guerra habian apagado, ó á lo menos sumamente adormecido, el espíritu turbulento y ambicioso, que, hasta entonces, habia animado á la Compañía Inglesa. El Consejo supremo de Bengala se esmeraba tanto en cimentar la paz con el Subá de Dekan y con los Máratas, como algun tiempo antes se esmeraba en buscar medios activos para atacarlos. Hiciéron al Subá de Dekan ofertas muy seductoras, á las que respondió de un modo, que nada significaba; pero los Máratas, que se hallaban enflaquecidos y desorganizados con sus disensiones intestinas, consintiéron en hacer definitivamente la paz con los Consejos de Calcuta y de Bombay. Firmóse el tratado en Poonah por el Consejero Anderson, quien, en aquella ocasion, dió á conocer talento grande. Conserváron los Ingleses á Salseta y á las islas inmediatas, que habian tomado á los Máratas; pero devolviéron las otras conquistas, y se sometiéron á no dar á Ragoba proteccion ni socorro, sino solo quatro meses para que

saliera del territorio de los Máratas. Y estos pueblos prometiéron, ademas, sus buenos oficios para con Heyder, á fin de reducir á este conquistador á un cange de prisioneros.

En aquellas circunstancias, resolviéron los Ingleses tentar, sobre la costa de Malabar, una diversion, que podia precisar á Heyder á dexar el Carnáte, para volar al socorro del centro de sus estados. El Coronel Humberstone tuvo aquella comision, y, favorecido por la flota del Almirante Hughes, se apoderó, con bastante facilidad, de la ciudad de Calicut. Dexó seguidamente la costa, y marchó hácia Siring-Patnam, por los desfiladeros de aquellos paises montuosos. Heyder-Aly, que aguardaba los Franceses, continuaba campado en las montañas Roxas, y dispuesto á baxar á Pondichery luego que la esquadra del Almirante Suffrén se apareciese sobre la costa. Noticiáronle, á la sazon, la invasion de los Ingleses sobre las fronteras occidentales de sus estados. Yo fuí á oponerme á ellos. Pasé á mi destino

con toda la posible celeridad. Asaltamos á los Ingleses con tanta furia, que se retiráron desordenados á Calicut, abandonando sus bagages y provisiones. Inmediatamente regresé á Carnáte por órden de mi padre, que se propuso visitar aquella parte de su reyno, que yo acababa de defender.

Suffrén pasó la estacion mas borrascosa en el puerto de Achem. Allí se le unió la fragata *Proveedora*, cargada de madera á propósito para mástiles de navíos de línea, y tambien se le unió un barco, expedido de la Isla de Francia, y cargado de comestibles. Salió de aquel puerto, el 20 de Diciembre de 82, así que sus baxeles estuviéron reparados como necesitaban; y, atravesando la bahía de Bengala, llegó, el 6 de Enero de 1783, á Gonjan, donde se apoderó de la fragata Inglesa la *Conventri*, y del navío de la Compañía el *Blandfort*.

Despues de un crucero, de cerca de dos meses, sobre la costa de Coromandél, volvió la esquadra Francesa á la bahía de Trinquemala. Allí se aumentó con qua-

tro navíos de línea, que mandaba el Xefe de Esquadra Peygnier, que partió de la Isla de Francia, el 18 de Diciembre de 1783, escoltando quarenta transportes, que llevaban al General Bussi, con la tercera division de su exército, y muchas provisiones de guerra y de boca.

Ya llegaba el Almirante Frances al momento de executar vastísimas empresas. Proponíase pasar á Madrás conjuntamente con Heyder. La toma de aquella plaza parecia infalible, porque no se ignoraba que el Almirante Hughes, *retirado* en el puerto de Bombay, habia tenido que condenar muchos de sus navíos, y que las reparaciones, que los otros necesitaban, *le* tendrian mucho tiempo distante de la costa de Coromandél.

LXXV.

Un suceso imprevisto reparó el estado en que se hallaban los Ingleses, que era, sin duda, el peor en que jamas se hubie-

sen visto en la India. La muerte detuvo el curso de las victorias de Heyder-Aly-Kan, y libró á la Gran Bretaña de su mas temible enemigo. Este Príncipe padecia cruelmente, muchos años habia, de un cáncer en el hombro derecho.

Las fatigas, que experimentó en la última campaña, aumentáron lo maligno del mal, porque no quiso tomar el necesario reposo para su curacion. Apenas regresé de Calicut, se puso en camino para Siring-Patnam, sin atender á sus males. Un cirujano Frances, que tomó á su servicio, y que nunca se separó de él, me aseguró muchas veces, que, sin curar radicalmente á mi padre, lo eficaz del método que él usaba contendria todo el progreso interior del cáncer, y que no moriria de aquella enfermedad. Pero, con todo eso, despues de dos dias de marcha, se sintió mi padre tan débil, que, no pudiendo sufrir ninguna especie de carruage, le fué forzoso detenerse en Chitur. Allí murió, dia 9 de Diciembre de 1782, á los cincuenta y ocho años de su edad.

El cirujano me despachó al instante un correo; y, para ocultar aquella muerte hasta mi llegada, continuó, por muchos dias, en ir á la tienda de mi padre, como acostumbraba. Su cadáver fué trasladado á Colár, donde se hiciéron sus funerales.

Entonces me ví en una situacion embarazosísima. Sabido es, que, en la India, casi todas las mudanzas de reynado se señalan con borrascas políticas. Yo no las temia de parte de mi familia. Mi hermano, Amin-Zaëb, votado sinceramente al retiro, lejos de salir de él para inquietar los principios de mi regencia, me ofreció el socorro de sus luces y de su brazo, y aun rehusó la rica provincia de Canará, que le ofrecí, en propiedad, mientras viviese. Mucho sentí, en aquellas circunstancias, la muerte de mi tio Meer-Zaëb; pero me quedaba un amigo sólido en la persona de Ferisha; quien, despues de haber dirigido la juventud de mi padre, en tiempo que él mismo estaba en la primavera de su vida, empleó las experiencias de su ancianidad y de sus estudios en

preservarme de los lazos que me armaban algunos enemigos pérfidos y astutos.

No era dudable que los Ingleses se aprovecharian de los embarazos inseparables de mì situacion, para dar mas vigor á sus empresas. Ya sabia yo que el Consejo de Bombay habia enviado á Calicut al General Mateus, con quantas tropas pudo juntar; pero aun mas temia yo las insidiosas negociaciones de los Ingleses, que la fuerza de sus armas. Los Máratas (contenidos por los talentos guerreros de mì padre, y acostumbrados á echarse improvisamente sobre sus vecinos, siempre que podian hacerlo con ventaja), estaban á pique de ser inducidos, por los Consejos de Calcuta y de Bombay, á romper la paz que subsistia entre ellos y mis estados. Encargué á Ferisha, que trasladase aquellas observaciones al Almirante Suffrén, y que le previniese de la necesidad que yo tenia de retirar la mayor parte de mi exército de las montañas Roxas, para proteger el centro del Masur.

LXXVI.

Yo no podia perder instante. Persuadido, sin duda alguna, el Consejo de Bombay á que la noticia de la muerte de Heyder-Aly-Kan (cuyas máxîmas y conducta guerrera, habian enagenado los espíritus de algunos habitadores pusilánimes), sublevaria el pais; enviáron á las costas todas las fuerzas navales que no fuéron necesarias en Madrás. El General Mateus, que mandaba el exército de tierra, tenia el encargo de prometer á los Misoreános un gobierno benigno y pacífico, si querian someterse á la Compañía; pero, apenas tuviéron los Ingleses algunos sucesos favorables, quando (desengañados, sin duda, de la esperanza que tenian de seducir á mis vasallos con sus vanas ofertas), se diéron á cometer estupendas atrocidades, y tales quales nunca exército ninguno contrario cometió en el Indostan. No solamente incendiáron

todos los pueblos de la costa, sino que tambien recibiéron á fusilazos á los infelices habitadores, que iban huyendo de las llamas, sin que les dexasen mas eleccion que la del género de muerte. Forzáron las barreras levantadas por la naturaleza entre la costa de Bombay y el Reyno de Canará, y asoláron totalmente aquel pais, mirado como el jardin del Indostan. Millares de Indios desarmados, que cogiéron de sorpresa en sus lugares, fuéron pasados á cuchillo, sin lástima ni remordimiento.

LXXVII.

Mateus sitió á Onor. Supo que algunos de la familia Real habian ido á pasar algun tiempo en Aumampora, ciudad edificada en el nacimiento del rio Tugebadra, cuyas aguas bañan los muros de Heyder-Nagur. Envió un destacamento á sorprehender aquella plaza; é hiciéron tanta diligencia los Ingleses, que ellos

mismos diéron, en Aumampora, la primera noticia de su llegada. La ciudad, que no podia ser defendida, fué tomada por asalto, casi sin resistencia. No solamente los Ingleses pasáron á cuchillo, muy de intento, á la débil guarnicion, de la que solo escapó uno gravemente herido, sino que tambien se extendió la proscripcion á los habitadores de ambos sexôs. En medio de la mortandad, no sirvió de nada, que quatrocientas mugeres, de las mas hermosas de la India, propusiesen el rescate de sus vidas al precio de todas sus riquezas. No consiguiéron enternecer á semejantes bárbaros las lágrimas de la belleza, ni los lastimosos despechos de aquellas mugeres desventuradas. Las pasáron á bayonetazos; y, miéntras espiraban, anegadas en su sangre, las despojáron, con fiereza y brutalidad, de sus joyas, y cometiéron sobre sus cuerpos abominaciones infames. ¡Que religion! ¡que humanidad! ¡qué filosofía! ¡Tan cruel es el hombre como el tigre, que destroza su presa sin estar acosado por el hambre!

Zama y Luzina pereciéron en aquel desastre. Azeyma se salvó por milagro. Hallábase, con mis hijos, en un kiosque, al cabo del jardin, y á las orillas del rio, quando los Ingleses forzáron las puertas del castillo, que se presumió no se atreverian á atacar. La resistencia que hiciéron las guardias permitió á Azeyma, y á los que estaban con ella, pasar el rio en un barquillo. Así que estuvo al otro lado, mandó á los dos barqueros, que acababan de salvarla la vida, que abandonasen la barca, y que se quedasen en su compañía. La reducida tropa se componia de dos hombres, dos mugeres y tres niños. Su primer cuidado fué ocultarse entre unos arbustos para esperar los sucesos, que fuéron horribles. Hasta las nubes se veian subir las llamas que consumian la ciudad de Aumampora. Oíanse los gritos de los tristes que perecian en sus casas incendiadas, ó al filo de las espadas asesinas de los Ingleses. Contrastaban con aquella escena abominable los cantos alegres del vencedor infame, que

danzaba, con las baliadáras, entre humeantes escombros, y amontonados cadáveres, insultando, con algazara cínica y feroz, á las víctimas de su rabia. La fuga precipitada no permitió á Azeyma tomar precaucion alguna. En todo el dia no comiéron mas que arroz. Llegó la noche á cubrir con sus velos los horrores de aquel dia. Buscáron un carruage qualquiera, y Azeyma se juntó, sin otro accidente alguno, con mi esposa, en la fortaleza de Banguelor; pero la suma fatiga experimentada, unida al pesar que la consumia desde la muerte de Heyder, agotó en ella el manantial de la vida, y y murió pocos dias despues. Tuve la desgracia, en el espacio de dos meses, de perder á los dos autores de mis dias, sin haber tenido el triste consuelo de recibir sus últimos abrazos y de cerrarles los ojos.

LXXVIII.

Partí de Arneo el 16 de Enero de 1783.

para contener los progresos de las armas Británicas en el Canará. Duchemin, que mandaba en Gudelur, quiso reconocer los beneficios que los Franceses habian recibido de mi padre, y me confió la mitad de las tropas que tenia baxo sus órdenes, que eran dos mil hombres. Aquel refuerzo, que me aseguraba el éxîto de mi expedicion, me retardaba la marcha, porque, para proteger aquella preciosa infantería auxîliar, y proporcionarla los alivios, que necesitaba esencialmente en los abrasados paises que iba recorriendo, me veia precisado á detener la marcha de mi caballería, con la qual únicamente habia yo executado mis operaciones anteriores. Luego que llegué á Banguelor, expedí correos á mis Embaxadores en Agra, en Golconda y en Poonah, encargándoles, que notificáran al Emperador Mogol, al Subá de Dekan, y á la Regencia de los Máratas, la muerte de mi padre, advenimiento á la corona, y la intencion que tenia de mantener la paz con todos mis vecinos. Encontré en-

Banguelor una Memoria de instrucciones, escrita toda entera de puño de mi padre mismo, y probablemente trabajada en los últimos años de su vida, en la que extendia sus paternales solicitudes hasta mas allá de su muerte. En aquel escrito hallé, juntamente con las máxîmas que dirigiéron la conducta política de mi padre, las que yo mismo debia seguir para con los Franceses y los Ingleses. Es tan preciosa dicha Memoria, que me propongo copiarla toda entera en la continuacion de esta obra.

LXXIX.

Quantos correos llegaban me traian nuevas relaciones de las atrocidades que infamaban para siempre al exército del General Mateus. Acercábase el momento en que las imprecaciones de la oprimida inocencia, llegadas hasta el pie del trono del Soberano árbitro del universo, iban á descargar la venganza mas espantosa sobre

los bárbaros saqueadores. Como dueños del pais llano, se presentáron delante de Heyder-Nagur, cuya magnitud igualaba á la de las mas florecientes ciudades de la India. Casi todos los Grandes del Estado ocupaban, en aquella capital, casas y jardines, en que reunian quantos objetos de luxô podia dar de sí la fertilidad del terreno, la variedad de la situacion, y la belleza del clima. El palacio encerraba sumas riquezas.

Hyat-Zaëb, Gobernador de aquella capital, temió verla entregada al pillage, si los Ingleses la tomaban por asalto : propuso, pues, una capitulacion, en el mismo instante en que los sitiadores escalaban las murallas. Formalizóse secretamente el tratado entre él y el General Mateus. Convínose que la ciudad, la fortaleza, el tesoro del Príncipe, y los efectos públicos, serian entregados á los Ingleses; que, baxo tales condiciones, los particulares nada sufririan, ni en sus personas, ni en sus propiedades; y que los Ingleses no se establecerian en la ciudad; y que Hyat-

Zaëb quedaria Gobernador de ella por la Compañía Inglesa, con los mismos poderes que gozaba baxo la dominacion de Heyder-Aly.

Mateus tomó posesion de Heyder-Nagur á primeros de Febrero de 1783. Los tesoros de que se apoderó componian inmensas sumas; pero, como si la sórdida avaricia Inglesa no tuviese límites, violáron la capitulacion. Al Gobernador Hyat-Zaëb lo metiéron en una estrecha prision, en la que tuvo un tratamiento bárbaro. Empezóse una rigorosa pesquisa en las casas de los particulares, baxo pretexto de que podian haber ocultado efectos públicos. Ya estaban los habitadores de aquel gran pueblo para sufrir la horrible suerte de los de Aumampora, quando supiéron que yo corria á defender mis estados. Entonces suspendiéron los Ingleses sus proyectos devastadores, para atender á la conservacion de su conquista. Así como un voraz lobo abandona el palpitante cordero, que empezó á devorar, para prepararse á la pelea, viendo que un gene-

roso mastin se le presenta á quitarle la presa.

La particion de esta presa misma habia ya sembrado la discordia entre unos vencedores igualmente avaros que crueles. El Coronel Humberstone y el Mayor Shau, sostuviéron, que las tropas de línea no habian tenido tanta parte, ni tan buena, como las de la Compañía, y, por ello, se separáron de Mateus con las tropas que mandaban. Hyat-Zaëb se aprovechó de la confusion, nacida de la desavenencia, y halló medio para escaparse de la prision; y, habiéndose apoderado de un desfiladero en las montañas, reunió en aquel puesto, fortificado por la naturaleza, á los Misoreános dispersos. Mateus, en vez de atacar el desfiladero, se entretuvo en nuevas pesquisas pecuniarias, y en enviar al Consejo de Bombay memorias, que contenian apologías de su conducta, y sátiras contra sus competidores. Admirado el Consejo de Bombay de que el Comandante en xefe, en lugar de las noticias que debia dar de los sucesos, y del empleo de

los tesoros hallados en Heyder-Nagur, solo dirigia recriminaciones vagas contra los Oficiales, que habian abandonado el servicio, y peticiones de socorros; juzgó forzoso escribir á Humberstone para saber lo que deseaba. Indignados quedáron los Ingleses de Bombay de la conducta atroz de Mateus. Pronunciáron, pues, unánimemente, que, pareciendo convencido de malversaciones infames, se le debia separar del servicio de la Compañía, hasta que se hubiese purgado de las acusaciones, que, contra él, se habian producido. Nombráron á Macléod, para que le sucediera en el mando del exército; pero, antes de que este Oficial llegara á su destino, ya habia recibido Mateus el castigo de sus crímenes.

LXXX.

El pais, que los Ingleses habian trastornado en el Canará, no podia llamarse conquista, porque sus ventajas no estaban sujetas á ninguna especie de plan, que las dic-

se solidez. Aproxîmábame yo al frente de un exército de cincuenta mil hombres, entre los quales se contaban dos mil y quatrocientos Fránceses. El exército Ingles, reunido ya por la inmediacion del contrario, no llegaba á ocho mil hombres, Ingleses ó Cipayas, y, en este número, apenas habia quinientos caballos.

Segun estaban las cosas de Carnáte, no pensó Mateus que los Franceses se hubieran atrevido á debilitarse dándome un socorro de consideracion. Marchaba, pues, confiado, y persuadido á que solo las habria con Indios, cuyo número, qualquiera que fuese, no le espantaba. No se desengañó hasta que alcanzó á ver la vanguardia Misoreána, á cuyo frente ondeaban las banderas Francesas. Estaban ya los Ingleses muy adelantados para retroceder. Dióse la batalla, en 19 de Febrero de 1783, casi baxo las murallas de Heyder-Nagur. Perdiéron los Ingleses, en el primer choque, mil y quinientos hombres; y, desbaratados, de allí á poco, por todas partes, buscáron su salvacion en la fuga, dexando

abandonada su artillería y sus bagages.

Para fortificar su exército saco el General Ingles las guarniciones de las plazas conquistadas en el Canará; por lo qual, todas abriéron sus puertas al vencedor. Gocé la complacencia de oir el nombre de Typpoo-Sultan entre vivísimas expresiones de alegria. Mi exército se presentó, el 20 del mismo mes, á las puertas de Heyder-Nagur. Los Ingleses, que se hallaban en malísimo estado para defender la plaza, se retiráron á la ciudadela. Asegurado yo de reducirla pronto por hambre, me contenté con cortarla toda comunicacion, sin descuidar las gargantas de los montes, que eran los únicos conductos por donde los sitiados podian recibir socorros de Bombay.

LXXXI.

Al cabo de diez y siete dias, se viéron los Ingleses reducidos á duras extremidades. Halláronse vencidos por sus enemigos y por la hambre, y pidiéron capitu-

lár. Acordóse, que la guarnicion rendiria las armas sobre el glasis; que pondria en manos de los Oficiales de la Tesorería los tesoros y efectos públicos, que el General Mateus habia tomado quando entró en Heyder-Nagur; y que entregarian tambien las sumas que los Ingleses tomáron á los particulares. A estas condiciones, Hyat-Zaëb, que firmó las capitulaciones, ofreció, de mi parte, los víveres y carros necesarios para conducir los Ingleses á Bombay.

LXXXII.

La necesidad forzó al General Mateus á subscribir á la capitulacion; pero, de antemano, habia tomado sus medidas para eludirla. La parte mas preciosa del botin, que él hizo, consistió en una cantidad inmensa de diamantes. Mateus encargó á su hermano, que los llevase á Bombay por caminos poco trillados. Esta última superchería clamaba por el castigo riguroso que merecia la conducta vil que habia te-

nido desde su entrada en el Masur.

LXXXIII.

Los que llevaban el tesoro fuéron cogidos, en los desfiladeros de las montañas, por unos destacamentos de mi exército, y no gozáron mucho tiempo del fruto de sus latrocinios, que ya no pudiéron paliar. Lleváronlos á Heyder-Nagur, donde mandé al instante cortar la cabeza al hermano del General Mateus, que mandaba el convoy; y aquello no fué mas que el preludio de la venganza de que yo era deudor á mis vasallos. Todo el exército Ingles quedó preso y encerrado en varias fortalezas; y no se le puso en libertad, hasta que la paz se restableció entre los Ingleses y yo. Mateus, y quarenta y cinco de sus primeros Oficiales, acusados de ser los autores de las abominaciones cometidas por el exército Ingles, fuéron cargados de hierros, y públicamente procesados, en Siring-Patnam. Una junta marcial los con-

denó á todos á ser ahorcados. Parecióme justo confirmar una sentencia, que acaso era sobrado rigurosa para algunos, pero benignísima para expiar los atentados que los mas habian hecho. El Capitan Richardson, que fué el primer executado, pidió, de rodillas, á los Jueces una conmutacion de pena. Fuéron desatendidos sus ruegos. Pereció con sus compañeros. No puede negarse que fué amarga la catástrofe de aquellos infelices; pero tambien ellos mismos, algun tiempo antes, degolláron, muy á sangre fria, en Aumampora, á una turba de mugeres y de niños indefensos, que solicitáron inútilmente su conmiseracion.

LXXXIV.

Entre tanto que, auxîliado por los Franceses, echaba yo á los Ingleses de mis estados hácia la costa de Malabar, determinó el Consejo de Madrás aprovecharse del levantamiento del campo de Arneo, para oprimir á los Franceses sobre la de Co-

romandél. Sir-Eyres-Coottes, que habia ido, el año anterior, á Bengala á restablecer su salud, y apresurar la expedicion de los socorros, que habian de pasar desde aquella provincia á Madrás, volvió á esta última ciudad, sin haber recobrado del todo su salud. En ella murió algunos dias despues de su llegada, sentido de los suyos, que lo tenian por uno de los mayores guerreros que hubiese producido la Gran Bretaña. Al General Stuart, encargado del mando durante la ausencia de Coottes, se le continuó en el Generalato.

El Almirante Hughes llegó con su esquadra á Madrás á mediados de Abril de 1783. Dióse inmediatamente órden al General Stuart para que marchase con cinco mil Européos, nueve mil Cipayas, y mucha artillería, á Gudelur. La parte de Carnáte, que estaba inmediata á Madrás, estaba totalmente despoblada, á conseqüencia de la hambre que habia sufrido aquel pais el año precedente. Heyder se aprovechó de aquella calamidad para reducir á los habitadores, que carecian de subsis-

tencias, y particularmente á los trabajadores, á que pasasen, con sus familias, al otro lado de las montañas. Aquel Príncipe les proporcionó, en el centro de sus estados, establecimientos en que los nuevos colonos colocáron su industria. Aquella circunstancia precisó al exército Ingles á costear la orilla del mar, para no alejarse de los transportes que llevaban las subsistencias. No llegó á Gudelur hasta el 7 de Junio de 1783, y tomó puesto al Sur de la ciudad, para estar mas en proporcion de recibir las provisiones que debian venirle de Negapatnam. Preparóse el exército Frances á oponer la resistencia mas vigorosa. No podian alejarse de la ciudad ni de su campo, porque se habian debilitado con el fuerte destacamento cedido á los Misoreános, y tambien porque se hallaban sin caballería y sin las bestias de carga necesarias para el pronto transporte de la artillería; y por colmo de desgracias, era tan crecido el número de los enfermos, que, en el instante en que el exército Británico se presento de-

lante de Gudelur, se hallaban reducidas las tropas Francesas á dos mil y quinientos Européos y cinco mil Cipayas. Pero recibiéron un refuerzo de tres mil y quinientos hombres, que yo les envié, mientras volaba, en persona, á socorrerlos con todas mis fuerzas.

LXXXV.

Sentó su campo el General Bussi entre Gudelur y el exército Ingles, con su izquierda apoyada al rio Gudelur, y su derecha á una arrocera casi disecada, que alindaba con un collado, de que eran dueños los Ingleses. Las tropas Misoreánas ocupaban aquel puesto. El General Frances colocó, delante de su línea, dos cañones de á diez y ocho en un reducto, cuya defensa confió al Teniente Coronel de infantería Bint. Otra batería, sobre la punta del collado, cubria su derecha. En fin estableció, sobre el lomo del mismo collado, una batería rasante de seis cañones de campaña.

Mientras los Franceses disponian esto los Ingleses, que eran en bastante número para acudir á todas partes con fuerzas competentes, marcháron por las alturas del collado para atacar al destacamento Misoreáno. Iban precedidos por veinte cañones, que, la noche antes, transportáron, á brazo, sobre el collado. Fulminados los Misoreános por aquella artillería, se desordenáron y esparciéron despues de haber sufrido grandes pérdidas. Al instante fuéron tomados los cañones que Bussi habia colocado delante de su línea; pero los granaderos y cazadores Européos con que reforzáron aquel puesto, se lleváron, no sin dificultad, la batería rasante, y se reuniéron á la cabeza del exército.

Se aprovechó el General Ingles de la retirada de las tropas Misoreánas, y de los varios destacamentos que peleaban con ellas, y mandó avanzar, por su izquierda, tres columnas de infantería, con cañones y caballería. Consiguiéron apoderarse de la derecha del campo del exército Frances, á pesar del fuego vivísimo, de diez piezas

de artillería, que sufriéron por tres horas.

A vista de aquellos retrincheramientos tomados por los Ingleses, la brigada de Austrasia, mandada por Albignác, cargó á los Ingleses, á bayoneta calada, y con tanto vigor, que se los llevó por delante hasta los bosques, de donde habian desembocado por la mañana. El Ayudante General Goddard dió entonces señaladas pruebas de inteligencia y de valor, las quales contribuyéron al buen éxîto de aquella sangrienta jornada. Entre tanto, otra columna Inglesa se disponia á ganar el flanco á aquellos Franceses valerosos; pero ellos cargáron enfurecidos sobre los nuevos contrarios, y los precisáron á retirarse y á no volver mas á parecer.

Otras dos columnas Inglesas dirigiéron su marcha hácia el centro del exército Frances; pero el fuego de quatro cañones de á veinte y quatro los hizo retroceder. El ala derecha del exército Ingles no atacó la izquierda de los Franceses; ni aun pudo cañonearla sino por interválos, porque los artilleros Franceses fué-

ron desmontando casi totalmente su artillería, á proporcion de como fué rompiendo el fuego.—Así se terminó aquella jornada sangrienta, en la que dos mil y quinientos Franceses rechazáron á cinco mil Ingleses, y les matáron ó hiriéron cerca de mil hombres, sin haber perdido ellos mas que quatrocientos y cincuenta.

Casi todos los Cipayas del exército Frances huyéron; y Bussi miéntras volvian, se vió obligado á mandar á las tropas, que abandonáran las obras exteriores en que habian peleado, para volver á Gundelur, lo que executáron en la noche del 13 al 14 de Junio de 1783, sin que los Ingleses las inquietasen.

Ni bien hubo el Almirante Suffrén sabido que Gudelur estaba en riesgo, quando, aunque su esquadra era inferior á la de Hughes, corrió á socorrer la plaza sitiada. A la vista de los navíos Franceses, se formó la esquadra Inglesa en línea de batalla, y se alargó para evitar el combate baxo el viento.

Quiso Suffrén suplir la inferioridad de número de sus navíos, con la superioridad del de sus equipages; y así estrechó el viento á la entrada de la noche, y ancló á media legua de la plaza. Sabia el General Bussi que los Ingleses aun no habian desembarcado la artillería gruesa, y las municiones necesarias para emprender el sitio de Gudelur; y mandó pasar á la esquadra Francesa mil y doscientos Franceses y Cipayas. Fortificado Suffrén con aquel refüerzo, que distribuyó entre aquellos navíos de menos equipages, no pensó ya en otra cosa, que en los medios de combatir con la menor desventaja posible.

LXXXVI.

Por dos dias enteros estuviéron continuamente á la vista, y maniobrando, las esquadras competidoras; la de los Ingleses para ganar el viento, y la Francesa para conservarlo. Finalmente, el Almi-

rante Ingles mandó birar á su esquadra, el 20 de Junio de 83, á las dos de la tarde, siete dias despues de la batalla de Gudelur. Suffrén mandó á la suya executar igual evolucion; y seguidamente enarboló la señal de combate, en el órden natural, con amuras á babor, como la de los enemigos. A esta señal sucedió la de arribar al este, y mantener el viento todos juntos, para formar bien la línea.

El Almirante Ingles daba indicios de querer evitar el combate, esperanzado, sin duda, en que la brisa (que regularmente sopla en aquellos parages desde las dos de la tarde hasta las diez de la mañana, y que no se habia percibido desde que estaban las esquadras á la vista), le proporcionaria la ventaja del viento. Como le engañó su esperanza, presentó el costado, con amuras á babor, estrechó la línea, formada de diez y ocho navíos, y aguardó á la esquadra Francesa.

Esta solo constaba de quince navíos, Suffrén metió tambien en batalla á la fragata la *Consoladora*, de quarenta cañones, para aumentar su línea. Empeñóse el com-

bate, á la vista de Gudelur, á las quatro y quarto de la tarde. La noche apartó á los combatientes. La esquadra Inglesa se puso toda á la vela á la mañana siguiente; y, navegando al norte, ancló primero en Alemparvé para hacer agua, y aguardar á unos navíos suyos, que se habian visto forzados á llegar al fin del combate, y seguidamente entró en la rada de Madrás.

LXXXVII.

La esquadra Francesa, despues de haber, á cañonazos, forzado á la Inglesa á que se alejára, volvió á ponerse delante de Gudelur, para animar á las tropas encerradas en aquella plaza. Suffrén puso en tierra, no solamente los mil y doscientos hombres que le habian prestado, sino que tambien añadió doscientos soldados de marina sacados de su esquadra. Todos los sucesos de la guerra se volviéron contra la Gran Bretaña. El General Stuart estaba ya para abandonar el sitio

de Gudelur, que se iba haciendo de dia en dia mas escabroso, quando una fragata parlamentaria anunció el fin de las hostilidades entre Francia é Inglaterra. De allí á poco se supo tambien, que se habian firmado los preliminares de paz entre las cortes de Lóndres y de la Haya.

Estaba yo entonces entendiendo en el sitio de Mangalor, donde los Ingleses habian conservado una guarnicion, á causa de su buen puerto, y de su inmediacion á Siring-Patnam. Ya habia en las murallas brecha abierta. Lisonjeábame yo de expulsar á los Ingleses de la costa de Malabar, ó de enviarlos, á lo menos, á la isla de Bombay; á tiempo que las noticias de la paz, entre Francia é Inglaterra, me priváron de las tropas auxîliares, sin las quales me era difícil tomar una plaza maritíma defendida por Européos, y con la proporcion de recibir por mar quantos socorros necesitaba; de manera que me ví reducido á contentarme con tener la plaza estrechamente bloqueada por parte de tierra. Antes de mucho, recibí á unos Enviados del Consejo de Madrás, que me

propusiéron adherir á la pacificacion general de la península. Bien sabia yo que el móvil verdadero del proceder del Consejo de Madrás era los muchos Ingleses que yo tenia en mis prisiones, y no una sencilla benevolencia; pero, por otra parte, el reposo, que tan necesario hacia á mis pueblos la mudanza de reynado, me precisó á dar oidos á lo que me propusiéron, aunque convencido de que la serie de los acaecimientos debia traer á mis banderas muchísimos Franceses, que la paz iba á reformar.

LXXXVIII.

Determinéme, pues, á convenir en la paz. Firmóse en Bangalor, á 11 de Marzo de 1784, dia décimosexto de la luna Rabillasami, por Antonio Sadlier, G. L. Stuunton, y J. Hudderston, Plenipotenciarios de los Consejos de Madrás, de Bombay, de Calcuta, y de Mahomet-Aly-Kan, Nabab de Carnate. El tratado contenia diez artículos.

El primero era: que habia de restable-

cerse la buena armonía entre todos los establecimientos Ingleses, el Reyno de Masur, y sus aliados respectivos. Ambas potencias contratantes se obligaban, por los artículos 2º, 3º y 4º, á restituir todas las conquistas respectivamente hechas, y á dar libertad, sin rescate, á los prisioneros de guerra. Yo renuncié, por el 5º, á mis pretensiones, de parte de mi muger, sobre la Nabadía de Carnáte. El artículo 6º autorizaba á todos los expatriados, durante la guerra, á volver sosegadamente á sus hogares, sin recelo de que se les inquietase por lo pasado, con tal que, en lo venidero, se portasen como buenos ciudadanos. Los demas artículos trataban de las disposiciones concernientes al comercio entre los vasallos de las dos potencias contratantes.

El dia que se firmó el tratado, fuí recibido en Mangalor, y tomé sucesivamente posesion de Calicut, de Onor, y de las demas plazas que los Ingleses ocupáron, mientras la guerra, sobre las costas de mis estados.

LXXXIX.

Conclusion.

Dos años habia que no gozaba yo de los cariños de mi familia. La paz, por fin, me permitió traerla á los jardines de Heyder-Nagur. Allí recibí Embaxadores de casi todos los Príncipes del Indostan. Desde aquella época quedé plenamente convencido de lo general y cordialmente odiados que estaban los Ingleses, de quienes solo he hablado en esta obra, siguiendo las memorias de mi padre.

Iba yo á cumplir los treinta y un años de mi edad; pero aunque Heyder me admitió muy jóven á sus consejos, para acostumbrarme á los negocios, yo, fuese preocupacion ó descuido, miré siempre las mas de las quejas dadas contra aquel pueblo dominador, como efectos ponderados de celosa envidia. Como yo estaba acostumbrado á tratar á los Ingleses en el campo de Marte, y como fuí mil veces

testigo de su valor heroyco, ni aun pensé en resistirme á la admiracion que excitaba en mí su valentía y generosidad en las batallas. No alcanzaba yo á concebir como podia un mismo pueblo conciliar las viles y sórdidas pasiones de la avaricia, de la rapiña y de la crueldad, con la noble pasion de la gloria, de que yo le veia tan enamorado. Era menester que la antorcha de la experiencia me alumbrase para distinguir las pasmosas contradicciones del corazon humano, que hacen de un hombre mismo el ornato, ó el desecho de la naturaleza, segun las circunstancias en que se encuentra.

Los pueblos del Indostan, aunque encontrados en intereses, en religion, en usos y en costumbres, se reuniéron todos para desear la expulsion de una quadrilla de foragidos, que tenian puesta la mira en el Imperio universal, exercitando un sistema constante de perfidias y de usurpaciones; de unas gentes, que, establecidas sobre las costas, en calidad de navegantes y negociantes pacíficos, abusáron de la hospitalidad hasta el extremo de volver contra el

pais, que los habia recibido en su seno, las armas y fortificaciones, cuyo uso se les permitió únicamente para su defensa particular; de unos hombres, cuya infernal política habia enredado á las potencias del Indostan, y fomentado sus divisiones para aprovecharse de ellas, y mezcládose en todas sus guerras, para debilitar sucesivamente sus potencias, y elevádose, finalmente, sobre sus ruinas. Fuéron tan temibles por sus tratados fraudulentos, como por sus sangrientas y destructivas guerras. Ninguna concesion pudo satisfacer la avaricia inglesa, y ninguna consideracion de alianzas ó de servicios contuvo jamas su ambicion. No hubo pueblo que los Ingleses no intentaran sojuzgar. No hubo comarca que no regasen con sangre de sus habitadores. Pero tambien se hallaban tan universalmente detestados, que el dia de su expulsion de la India, se hubiera considerado como el de la regeneracion de aquel Imperio, cuya disolucion habian llegado á verificar.

La expulsion de un pueblo establecido sólidamente sobre todas las costas del In-

dostan, y dueño de algunas de sus mas ricas provincias; de un pueblo, que mantenia un exército de noventa mil hombres, mas temibles por su destreza en el arte de la guerra, que por su número, no podia ser sino un efecto de la reunion de todas las fuerzas del Imperio. Los Enviados de diferentes pueblos, que lo componian, me aseguráron de la unanimidad del concierto; pero ¡quantas veces aquella confederacion general (propuesta con estrépito, abrazada con entusiasmo, y, de allí á poco, disuelta por las desavenencias que promovian entre los confederados los contrarios mismos), vino á parar en detrimento de los pueblos animosos, que no quisiéron dexar las armas de las manos, quando las otras potencias las dexáron! La total devastacion del pais de los Seikes era un exemplo bien funesto de esta verdad; y mi padre estuvo, por dos veces, á pique de hacer en sí mismo la experiencia. Por otra parte, solo las fuerzas marítimas de los Ingleses los ponian en el caso de arrostrar impunemente los mas numerosos exércitos de los Indios, por la faci-

lidad que les daba de transportar rápidamente, á todas las plazas amenazadas, las tropas y municiones, que, por tierra, solo podian conducirse lentamente, y con gastos crecidos.

Esto mismo experimentó mi padre; y, por tanto, me convencí de que ninguna guerra contra la Compañía Inglesa podria prosperar, mientras no se tuviese por auxîliar una nacion, cuya marina fuese tan formidable como la de la Gran Bretaña. La Francia solo podia proporcionarla.

En el mes de Diciembre de 1784, se propuso abrir un congreso en Benarés, para arreglar las condiciones de una confederacion general. Envié dos Plenipotenciarios á dicha ciudad, sin esperar, de aquella junta, ningun buen éxîto.

Partí, en el mes de Enero de 1785, para revistar mi exército, acantonado en las cercanias de Siring-Patnam. Constaba de cien mil hombres; pero la guerra lo reduxo á ochenta mil. No me pareció oportuno ordenar reforma alguna en las circunstancias en que yo me hallaba. Muy lejos de eso, autoricé al General Lally

para que alistase en mi regimiento Frances, compuesto entonces de mil y doscientos hombres, todos los de aquella nacion que quedasen sin empleo, y quisiesen correr mi fortuna.

A mi vuelta á Heyder-Nagur, hallé la corte sumamente lucida. Mi tio, Moctum-Zaëb, que, desde la paz, fué á visitar sus posesiones al pais de los Máratas, estaba de vuelta con Amyda, su esposa. Ragóba, antiguo Peishau de los Máratas (disgustado de los Ingleses, que se sirviéron de su brazo para incendiar su patria, y lo abandonáron así que no necesitáron de él), se habia retirado á mi capital con su familia y con sus tesoros. El viejo Chanda-Zaëb, pariente de mi muger, acababa tambien de llegar, para terminar allí su vida tempestuosa. Pero á quien volví á ver, con igual sorpresa que gusto, fué á Hussein. Al llegar al valle de Dinam, supo que ya eran muertos los padres de Zulia, su esposa. En tal caso, ya no tuvo aquel pais para ellos atractivo alguno, y se volviéron á Heyder-Nagur.

Cierto dia, que estaba yo leyendo las

cartas de mis Plenipotenciarios en el congreso de Benarés, me presentó el General Lally un negociante Frances, establecido en Pondichery, á quien llevaban á mi corte los negocios de su comercio. Nombrábase *Monneron*. Tuve muchas conversaciones con aquel hombre, que me pareció instruidísimo. Las particularidades que me contó de la corte de Francia, y las probabilidades que me demostró sobre que podria muy bien emprender otra guerra contra los Ingleses, para salir de los embarazos en que la tenia un concurso de circunstancias inquietantes; me sugiriéron la idea de enviar una embaxada á Francia. Ferisha y Hussein ya tenian sobrados años para encargarse de una comision como aquella. Hice brevemente mi eleccion. Monneron se encargó de acompañar á mis Plenipotenciarios. El Gobernador de Pondichery ofreció una fragata para llevarlos. Decidióse el viage, y me resolví á esperar su éxîto, para apresurar la confederacion general, de que se trataba en el congreso de Benarés.

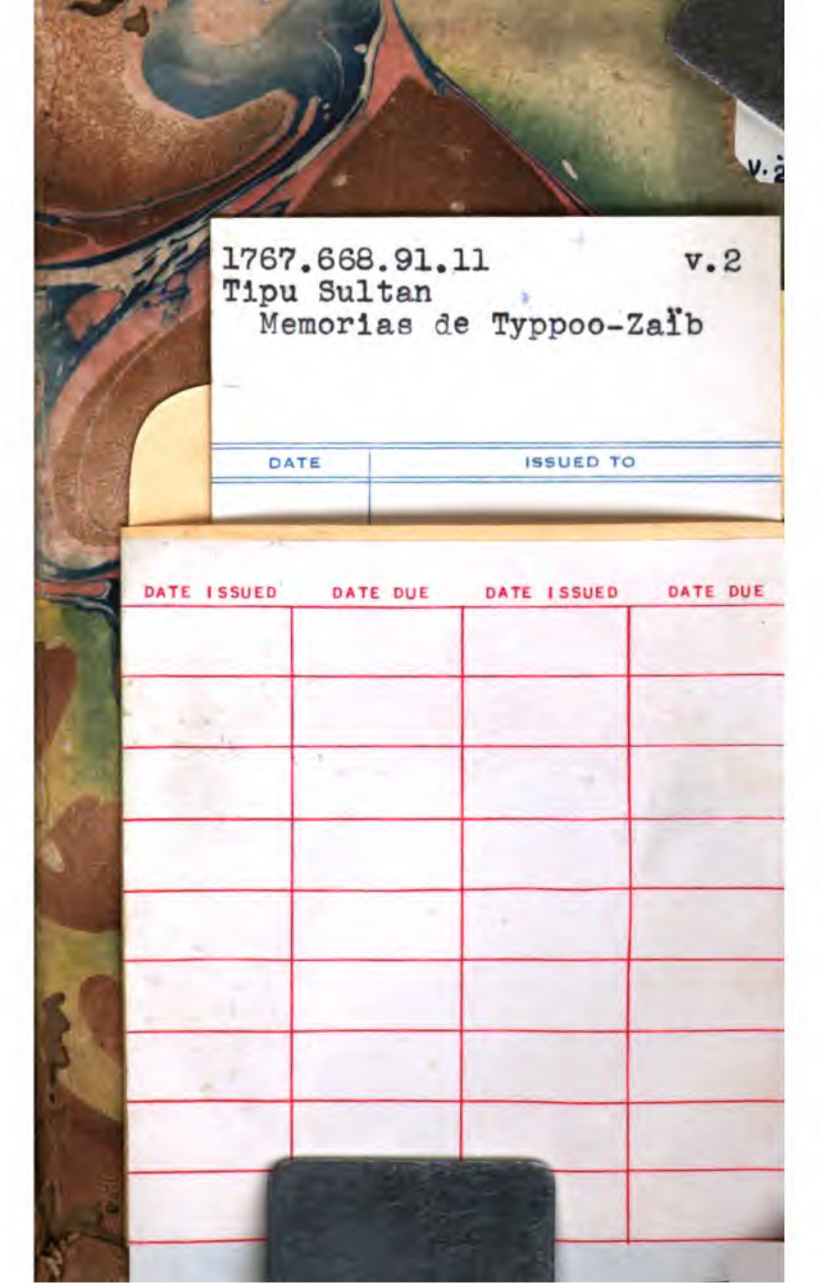
FIN DE LA PARTE QUARTA Y ULTIMA.

TABLA

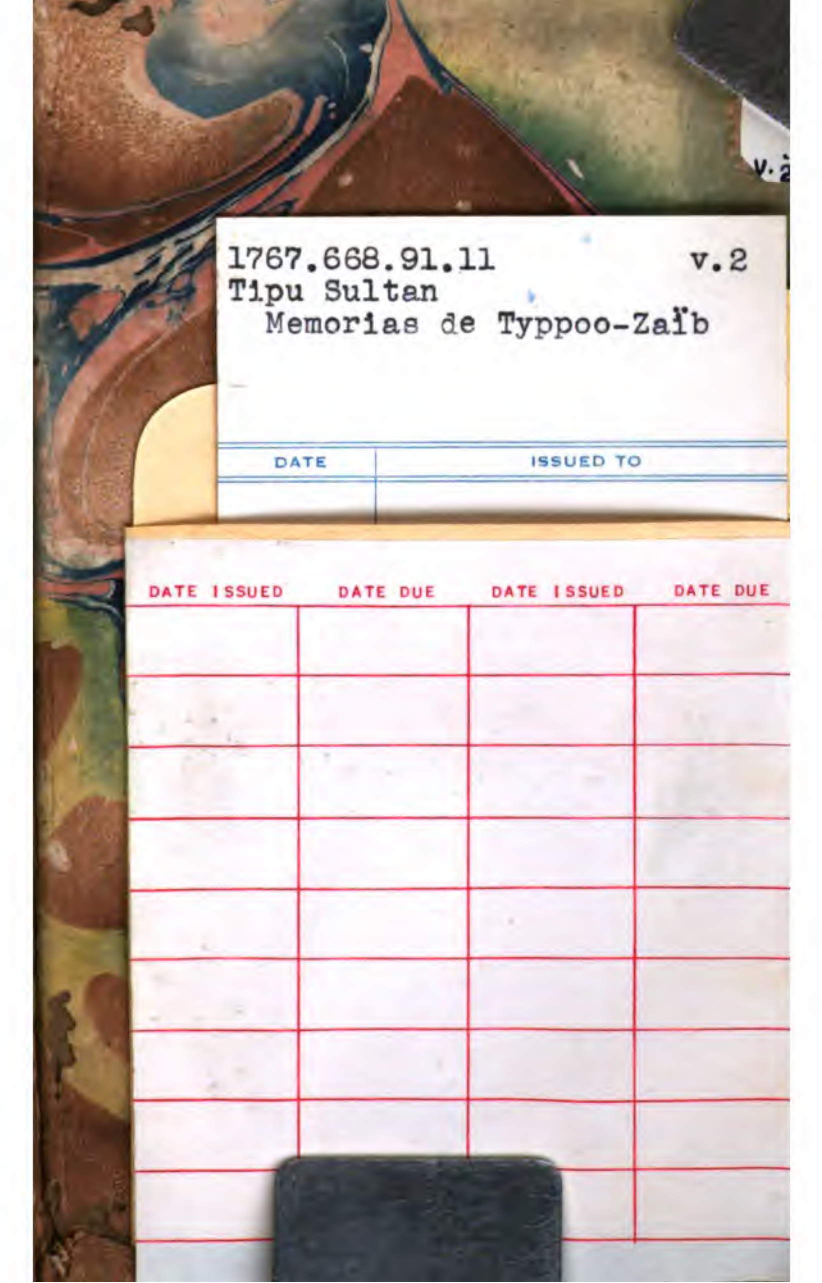
DE LA PARTE TERCERA.

PARTE QUARTA.

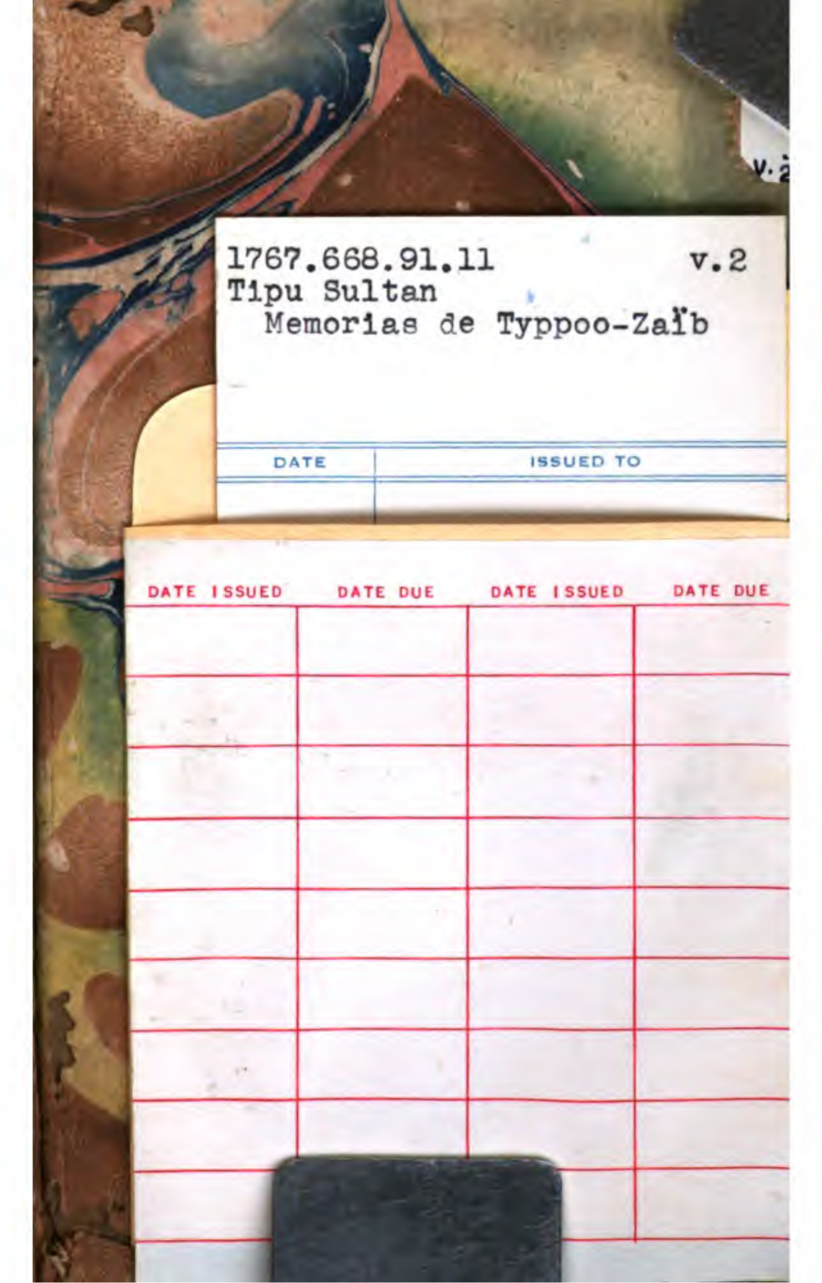

Princeton University Library
32101 063600082


v.2
1767.668.91.11 v.2
Tipu Sultan
Memorias de Typpoo-Zaïb
DATE
ISSUED TO
DATE ISSUED
DATE DUE
DATE ISSUED
DATE DUE

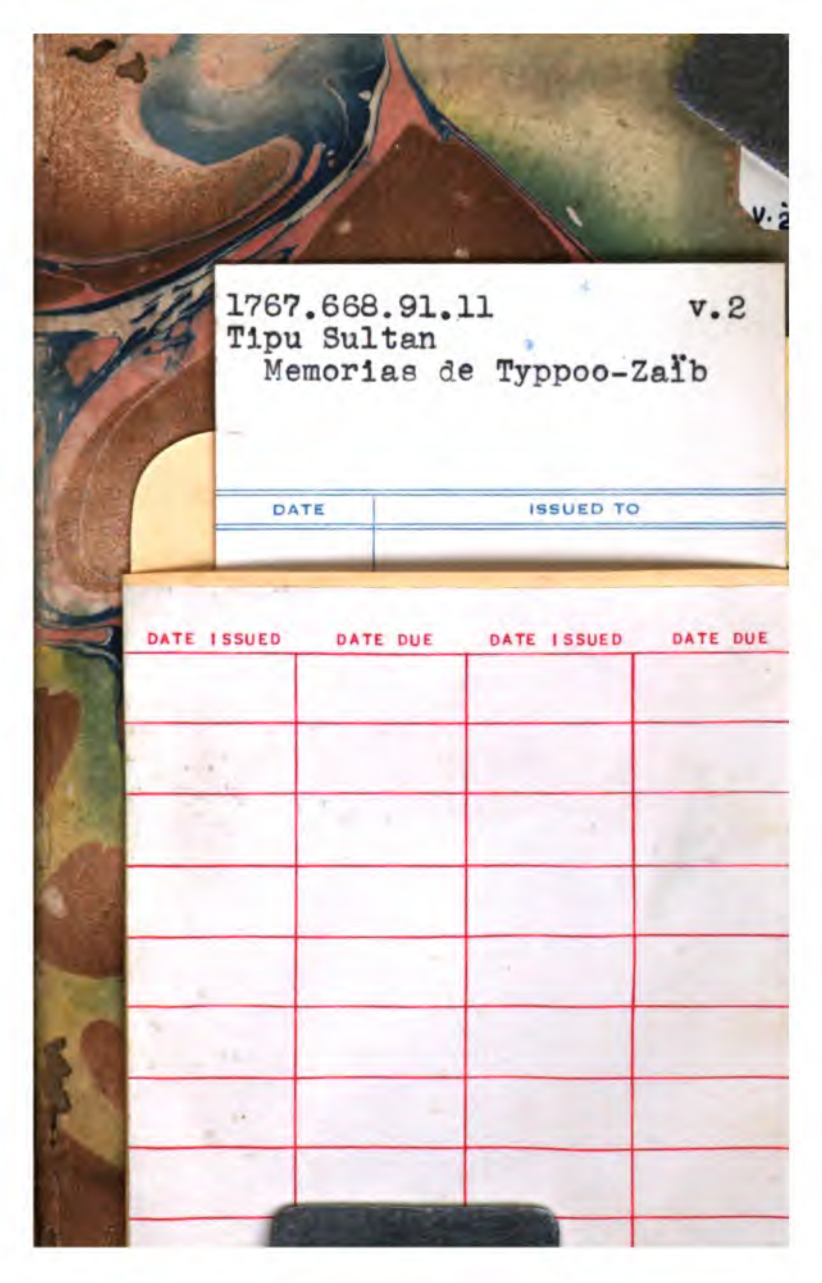

Princeton University Library
32101 063600082


v.2
1767.668.91.11 v.2
Tipu Sultan
Memorias de Typpoo-Zaïb
DATE
ISSUED TO
DATE ISSUED
DATE DUE
DATE ISSUED
DATE DUE

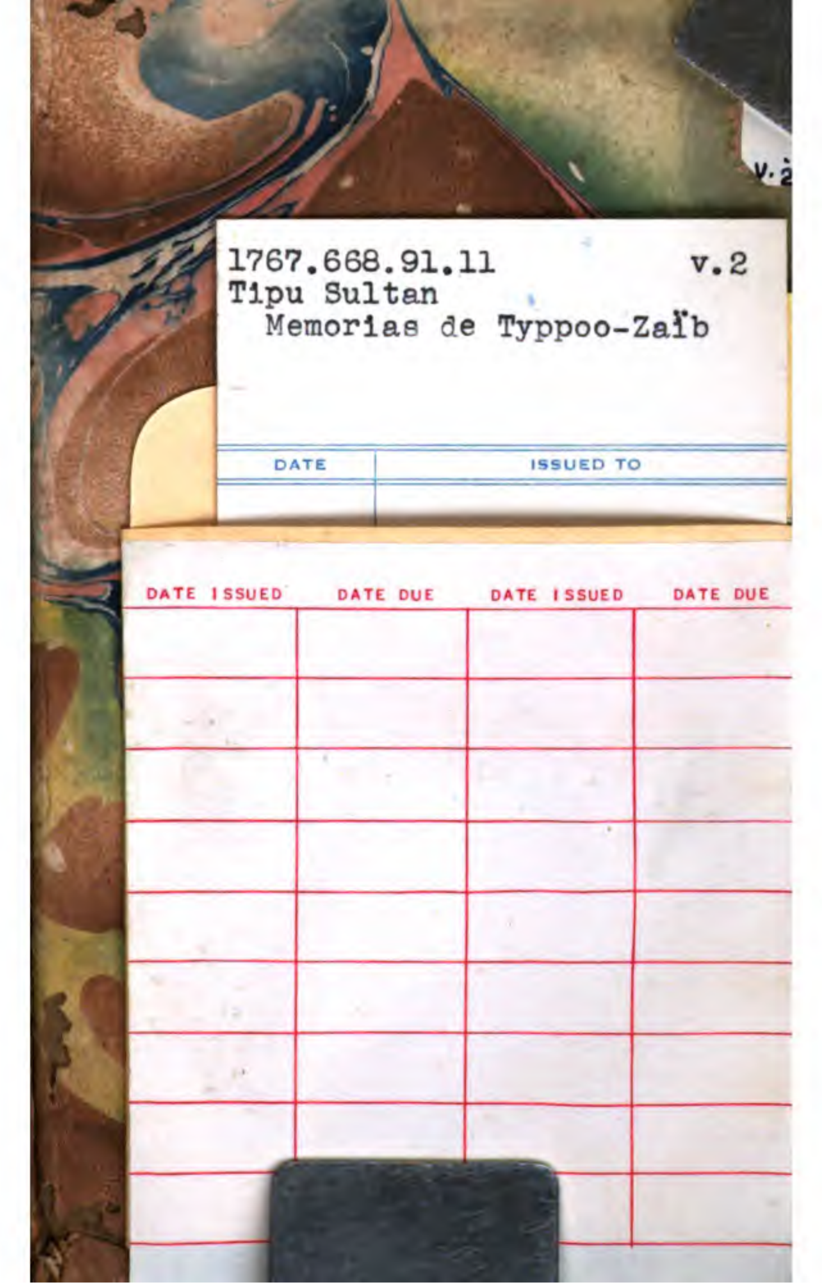

Princeton University Library
32101 063600082


v.2
1767.668.91.11 v.2
Tipu Sultan
Memorias de Typpoo-Zaïb
DATE
ISSUED TO
DATE ISSUED
DATE DUE
DATE ISSUED
DATE DUE


Princeton University Library
32101 063600082


V.2
1767.668.91.11 v.2
Tipu Sultan
Memorias de Typpoo-Zaïb
DATE
ISSUED TO
DATE ISSUED
DATE DUE
DATE ISSUED
DATE DUE


Princeton University Library
32101 063600082


v. 2
1767.668.91.11 v.2
Tipu Sultan
Memorias de Typpoo-Zaïb
DATE
ISSUED TO
DATE ISSUED
DATE DUE
DATE ISSUED
DATE DUE

